

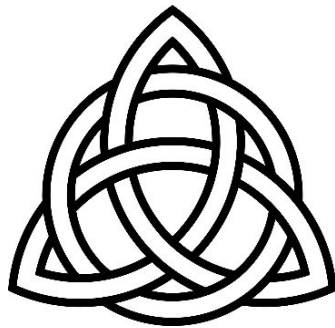
PUNTOROJO  
libros

*Cartas olor  
a lavanda*

CARMEN CALERO



# Cartas Olor a lavanda



PUNTOROJO  
libros

**Cartas Olor a lavanda**  
Carmen Calero Jiménez

Editado por:  
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.  
Cuesta del Rosario, 8  
Sevilla 41004  
España  
902.918.997  
info@punterojolibros.com

ISBN: 978-16-35034-58-5

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros  
© 2015 Carmen Calero Jiménez  
<http://cartasoloralavanda-com.webnode.es>  
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.



**Carmen Calero Jiménez**

**Cartas Olor a lavanda**

A Joan y Claudia.  
Ojalá tenga la capacidad y el conocimiento para ser la madre que os  
merecáis y necesitáis, porque sois únicos y maravillosos.  
Sois fuente inagotable de mi amor y mi risa.

# R

recuerdo como si fuera ayer la primera vez que vi a Antoine.

Era un mediodía caluroso, un mediodía de un julio en Andalucía cuando ni el pío de un pájaro ni el zumbido de un insecto, ni tan siquiera el ruido de coche alguno pasando a lo lejos rompía el bochorno de esa hora de la tarde.

Como cada mediodía yo estaba ayudando en el negocio de mi madre, y tres chicos castaño claro y espigados llegaron y se sentaron a esperar su turno detrás de mí, a mi espaldas, de frente a la cara de mi hermana pequeña que estaba sentada conmigo, esperando que yo terminara de mi trabajo y nos fuésemos juntas a casa a comer. Tal vez percibió mi mirada, o yo sentí la suya en mi nuca, porque de pronto, cuando miré hacia atrás, justo los dos cruzamos la mirada, y nos sonreímos, y enrojecida, aparté la vista rápidamente.

La floristería de mi madre, negocio familiar que ella heredó de su tía, un local pequeño, pero reformado con mucho gusto, con una parte amplia para atender a los clientes, y donde exponer todas las flores que con muy buen saber hacer y delicadeza, mi madre decoraba, solía estar en cualquier época del año con mucho bullicio de gente, comprando mantillo, algún jovenzuelo comprando un ramito de claveles para su madre o su novia, o alguna vecina comprando macetas nuevas para renovar el patio de la comunidad. Aunque julio y agosto eran meses bastante tranquilos en que la tienda a esas horas solía estar bastante silenciosa. Ellos dudaban entre un ramo bonito pero sencillo o una maceta de peonías, que era la flor favorita de la madre de uno de ellos, para regalar a la casera del hostel donde estaban parando, que había sido muy cariñosa con ellos, explicaron a mi madre. Aquella misma tarde marchaban para Sevilla y querían dejarle ese detalle. Estaban parando en un hostel cerca del río, donde por la noche les llegaba un gran olor a azahar por los naranjos que rodeaban la Ribera.

—La peonía es muy exigente en sus cuidados. Es de China —les dijo mi madre—. Requiere un clima templado y hay que plantarla entre sol y sombra, y regarla frecuentemente. Le cuesta mucho florecer, pero cuando lo hace, sus flores son impresionantes y preciosas, y con un aroma muy fino. Las hay en blanco, varios tonos de rosa y en rojo. La que a vosotros más os guste u os llame la atención.

Siempre fui una chica idealista. Tímida y me gustaba sumergirme en mi propio mundo, aunque tenía muy buena relación con mi hermana y mis padres. Creía en los cuentos, en las hadas, los duendes y las princesas. Y a toda mi vida ponía o intentaba poner algo de magia. Me gustaban las historias bonitas. Por las noches intentaba siempre fantasear antes de soñar, y de pequeña siempre imaginaba mi vida paso a paso hasta llegar a lo idílico que caracteriza a los sueños, aunque sabía de la realidad de las encrucijadas, los problemas y tristezas que nos iban viniendo sin buscar. Siempre fui una chica despierta y vivaz.



Mientras yo estaba acabando el centro de mesa siguiendo las instrucciones de mi madre, de espaldas a ellos, y mientras mi madre hacia el ramo por el que aquellos chicos rubios se decidieron, oía sus murmullos y sonrisas en lo que me pareció que era francés, y nuevamente aquellos ojos claros cruzándose con los míos.

Mi madre terminó y les entregó el ramo, ellos pagaron y marcharon. Yo me quedé con un poco de tristeza, o más bien decepción o de curiosidad porque me hubiera gustado saber algo más de aquel chico rubio y espigado que parecía debía ser el único que hablaba español porque había sido el que había hablado con mi madre en todo momento.

La puerta se abrió y el móvil colgado tras ella sonó avisando de un nuevo cliente. Era él. Se acercó a mí al rincón apartado donde yo seguía con lo mío, me preguntó mi nombre y si por favor podía darle mi dirección porque le gustaría escribirme.

—Mi nombre es Antoine. Me gustaría conocerte.

Le anoté mi nombre y la dirección de la floristería en una nota de papel de regalo que mi madre utilizaba para envolver los encargos. Se la di, y dándome un beso en mi mejilla de adolescente de 15 años salió por la puerta, dejándome en un estado de ilusión y asombro que siempre sentí cada vez que recordé aquellos mágicos instantes.

Los veranos en mi ciudad siempre pasaban más o menos de la misma forma, condicionándonos un poco, la intensa temperatura, para salir o entrar o divertirnos o descansar. Se aprovechaban mucho las mañanas y luego las tardes cuando el sol empezaba a esconderse, y las calles se habían enfriado. Yo pasaba los días ayudando a mi madre por la mañana y ocupándome un poco de mi hermana pequeña. Comer, descansar en la siesta y cuando el fresco ya se hacía presente salir con mis amigas a pasear, o al cine de verano, y algunos días a la piscina. Quedaba una semana para salir de vacaciones, al norte como cada año, alejándonos del calor que

tanto a mi madre como a mí, tan poco nos gustaba y además, según cómo, alguna vez sobretodo a ella, nos sentaba mal.

Adoraba el norte, con sus profundos y verdes valles, sus ríos de aguas bucólicas y cristalinas, playas de arena dorada y fina que contrastan con los suntuosos acantilados que emergen en sus pies. Tierra de valientes navegantes, de barquitos de madera, de grandes y plateadas olas, de ínfimos soñadores y hombres fuertes de metal. El mar es el verdadero dueño de estos lugares, los magnifica y los sella con su diseño, agota nuestra fantasía y nuestra voluntad. Tierra de pescadores y barquichuelas.

Cada verano desde que yo tenía unos 10 años pasábamos en el norte nuestras vacaciones, en las que me reencontraba con mis amigos de verano, y en dónde redescubriamos juntos la ciudad y así cargaba mi mente de recuerdos y planes de proyectos para realizar el verano del año siguiente. En el norte todo era diferente. Sentía volar, me elevaba sobre las casas de pescadores hasta llegar al mar, testigo de la historia, de amores de verano, de familias enteras bañándose al morir las tardes de agosto. El sol escribía en mi espalda mientras estaba tumbada en la playa con mis amigos, percutida por la arena que impactaba en mi piel, atizada por el viento. Allí en esas tierras tan verdes y frescas y tan diferentes a la mía, toda la familia cogíamos la energía y el descanso necesario para volver y seguir un año más. Nos encantaba visitar cada pueblecito de la zona, donde parece que la vida transcurre con tanta lentitud y sosiego. Montes verdes, de intenso y variado verde incluso en el fuerte verano, salpicado de montañas, con robles, castaños y abetos, y las maravillosas casas con sus tejas negras y verdes. Y ese mar Cantábrico, esas playas, que mueren en unos acantilados enormes altos y escarpados. Y también nos encantaba pasear por el puerto, viendo como los pescadores salían y entraban con sus barcos, algunos sin capturar nada, lamentándose de su mala suerte. Otros muy contentos con su marco lleno de arenques y alguna que otra buena pieza. Y relajada y con el alma renovada y limpia, y la mente llena de recuerdos e ilusiones, volvíamos a casa. Tocaba con los dedos la realidad de lo cotidiano, y volvía al día a día del verano de Andalucía con mis amigas.

Había pasado casi un mes desde aquel encuentro con aquellos chicos en la floristería y yo andaba ya absorta preparando las cosas para la vuelta a clase, casi olvidada de ese encuentro casual, pero tan bonito, inocente y espontáneo, cuando un medio día mi madre me llamó.

—María, tienes una carta.

La ilusión y la emoción que me recorrió el cuerpo al comprobar que la carta venía desde París es indescriptible. La incognita del contenido, la alegría al recordar los ojos de aquel chico. Mis manos jugaron un poco nerviosas con el sobre. La gran emoción hacía que el gesto de abrirla, que hubiera sido rutinario por la costumbre de recibir otras muchas cartas de muchos amigos que tenía fuera de mi ciudad, abrir aquella de aquel desconocido y ver qué me decía, en aquel momento fue algo sublime.

*“Paris, 10 de agosto del 1992*

*Querida María, no sé si te acordarás de mí, pero si eres en algo como yo enseguida que hayas visto esta carta que viene de Francia sabrás quien te escribe. Perdona que haya tardado en escribirte, pero no creas que me había olvidado de tí, de tu imagen de espaldas, trabajando en aquellas preciosas flores cuyos colores quedaban ensombrecidos al lado del brillo de tu pelo castaño, de la ternura de tu mirada que tímida se cruzaba con la mía, y tu sonrojo al sentir que yo te miraba...”*

Antoine Menard.

Antonie vivía en París. Era 3 años mayor que yo, y hablaba y entendía perfectamente español porque sus padres durante varios veranos desde que tenía 13 años lo habían enviado a Barcelona a pasar el verano con una familia para que aprendiese el idioma. Haciendo luego lo mismo con distintos países para que aprendiese

bien el inglés. “Qué avanzados, qué modernos” —pensaba yo. Estudiaba Ingeniería. Durante el curso vivía en el 6º piso de una casa junto a su colegio. Iba en bicicleta a estudiar cada día y a todos lados “así se descubren las pequeñas calles de la ciudad y los barrios más románticos” Y en sus cartas, además de contarme un poco sobre su día a día, sobre sus proyectos, me dejaba ver su poca simpatía por los propios franceses en general, o por cómo vivían en París más en particular, por sus miradas grises e impersonales cada mañana en el metro y por su carácter petulante y egocéntrico. Su puente favorito era el Port Alexandre III, le encantaba Simon y Garfunkel, Erik Satie, Chopin y Schubert, ir a los Jardines de Luxemburgo a sentarse por la mañana los fines de semana a leer, y le gustaba la pintura.

Un cartel escrito con letra de variado color, colgando de una cuerdecita de macramé, anunciaba el horario de

“Flores y Bouquets”  
Abierto de lunes a viernes  
de 10 de la mañana a 2 y de 5 a 8.30 de la tarde  
y sábados de 10 a 2

Aunque llegaban las 8.30 y mi madre nunca cerraba. Solían darle las 21h, anotando cifras sobre las ventas del día, tomando notas sobre los trabajos para el día siguiente o para largo de la semana. O paseaba por la tienda despacio, observando y oliendo lentamente las flores que allí inundaban todo con su olor, arreglándolas, acariciándolas... A veces estaba a esa hora allí con ella Julia, una amiga viuda, que en época de primavera y verano se iba algunas tardes allí a charlar con mi madre. A Julia le encantaban las plantas y entendía casi casi tanto como mi madre. Julia a veces ayudaba a Inés con las tareas cuando se quedaba en la tienda porque yo tenía algo concreto que hacer y no estaba en casa con ella. Mi madre le decía que no se preocupara, pero Julia le sonreía, decía que lo hacía con gusto y así satisfacía su espina de profesora frustrada mientras se sentaba junto a Inés, 6 años menor que yo. Las tardes que yo no tenía deberes o cuando ya los había terminado me iba a

ayudar a mi madre con los centros de flores o con los ramos que menos arreglo floral requerían. Julia se molestaba a veces cuando, pasada la hora del cierre y cuando ya íbamos a cerrar, alguna clienta o cliente apurado o sin aliento por haber venido corriendo decía “¿Puedo entrar por favor a hacer un encargo rápido?” Y mi madre siempre le dejaba pasar, por el cliente, y por la venta, aún sabiendo que aún le quedaban cosas por hacer en casa hasta sentarse con mi padre a ver alguna de su serie favorita, aunque cuando llegábamos, la cena la tenía preparada muchas noches mi padre, pero mi madre nunca dejó a ningún cliente con un no y cerrándole la puerta, nunca dejó a nadie que corriendo hubiese confiado en su segundo hogar que ella consideraba la floristería, desatendido, entendía que a veces los horarios de cada uno apremiaba y limitaban...

*“Paris 1 de septiembre del 1992*

*...recuerdo tu sonrisa, me parecías tan bonita cuando te vi con aquellas flores que si no hubiera estado por allí tu madre, aún delante de mis amigos, te hubiera dado... un beso. Un beso, pequeño, y me hubiera, escapado (?) Hubiera salido corriendo. En aquel momento me parecía conocerte sin saberlo ni tú ni yo. Quizás estoy buscando a alguien sin saberlo, quizás ese alguien eres tú y ninguno lo sabemos...”*

Todo el que haya mantenido una correspondencia personal e íntima con alguien sabrá que la impaciencia de esperar las cartas, el placer de recibirlas y la sensación de proximidad que sentimos cuando las contestamos, nunca queda exactamente plasmada en el texto que escribimos. Cada carta que enviamos son los pétalos de una flor deshojando pétalo a pétalo cada uno de nuestros sentimientos y pedazos de nuestra alma que entregamos entre las líneas y palabras. Buscando entre los renglones que recibimos lo que el otro es y lo que el otro siente. Las cartas son páginas en blanco aunque ya estén escritas, impregnadas de sentimiento, son nuestras manos intentando acariciar el alma de esa persona especial a quienes las

dirigimos. Llenas del aroma de nuestro sentimiento, ese que queremos que llegue al otro de la misma forma que lo estamos sintiendo, algo tan difícil que muchas veces no ocurre...

*“Paris, 27 de octubre de 1992*

*Querida María, me pediste que te escribiese algo en francés. Te propongo un poema de Verlaine, poeta que me gusta muchísimo:*

*Mon rêve familier*

*Je fais souvent ce rêve étrange et pénétrant  
D'une femme inconnue, et que j'aime, et qui m'aime,  
Et qui n'est, chaque fois, ni tout à fait la même  
Ni tout à fait une autre, et m'aime et me comprend.*

*Car elle me comprend, et mon cœur transparent  
Pour elle seule, hélas! Cesse d'être un problème  
Pour elle seule, et les moiteurs de mon front blême...*

*Tengo a menudo un sueño extraño y penetrante  
de una desconocida, a la que amo y que me ama  
y no es, a cada vez, ni la misma del todo,  
ni otra del todo, y que me ama y me comprende.*

*Pues ella me comprende, y mi alma, transparente  
para ella y ella sola, deja de ser cuestión, y  
todos los sudores de mi pálida frente ella  
sola lo sabe refrescar, con sus lágrimas.*

*¿Sera morena, o rubia, pelirroja? No sé.  
¿su nombre si recuerdo? que es dulce y es sonoro,  
tal como los de los amados que la vida exilio.*

*Su mirada recuerda la de las esculturas  
y para su voz, grave, calma y distante,  
tiene la inflexión de las voces queridas que callaron.*

*Hoy he estado paseando con unos amigos por el borde del Sena, pensé en tí. Tienes que venir absolutamente un día (un día es una expresión muy francesa, te hará sonreír)*

*Antoine.*

*Pd. Estoy preparándote algo especial para Navidad”*

Me envió un enorme paquete carta de regalo. Me hizo partícipe de sus gustos musicales, con cassettes grabadas y de sus cuadros favoritos enviándome postales de ellos. En especial le gustaba uno de Vicent Van Gogh, que años después casualmente, sin que él tuviese nada que ver, se convertiría en mi pintor favorito, Campo de trigo y cipreses, por sus colores, sus formas, su luz y su fantasía (...”en realidad se parece mucho a mi carácter”... decía) y La mujer del artista, de Egon Schiele, cuya reproducción la tenía en su pequeño apartamento de estudiante. Me hizo conocer *Ne me quitte pas*, que seguí poniendo una y otra vez todo el invierno. *Ne me quitte pas* es Antoine, es aquel invierno en que ya tenía 16 años, y no tengo duda que todo volvería a mi memoria aún cuando hubiese cumplido 60 o 70 como si fuera ayer cada vez que hubiese oído esta canción. Cada nota de esa canción, cada palabra, cada suspiro y lamento por ese amor en la canción, se incrustaba en mi alma haciéndome volar de la emoción que sentía.

Entre sus pares de cartas por mes y mis cartas de respuesta, y entre libros, mis clases y salidas con las amigas, propias de la edad, iba pasando el curso escolar. Instalé en la pequeña trastienda de la floristería una mesa para que Inés y yo pudiéramos estudiar juntas allí y no estar solas en casa, así además podía ayudar a mi madre. Mi padre a veces por su trabajo llegaba tarde, y prefería la compañía de mi madre y Julia, y el olor que se entremezclaba de las flores, a estar solas en casa. Era bonito estudiar entre ese olor y el ambiente que creaban las flores. Mis preferidas eran los tulipanes.

—Los tulipanes están clasificadas en el tercer lugar de las flores más apreciadas en el mundo —me explicaba mi madre una tarde—. Son originarias de Persia y Turquía desde hace miles de años y se les ha asociado con el verdadero amor. Pero a lo largo de los años, el tono de estas hermosas flores ha tenido muchos significados.

—En el curso de feng shui que he hecho, los tulipanes rojos son grandiosos para el hogar. También se dice que estas bellezas rojas ayudan a traer la fama a nuestra vida.

—¡Qué interesante, Julia! —le contesté— quizás sería interesante tener siempre tulipanes rojos, quizás sería fructífero para el negocio, ¿verdad mamá?

—jajaja, sabes que sólo creo en el éxito del trabajo, no creo en supersticiones, ni, perdóname Julia, las teorías del feng shui.

—¿Cómo sabes tanto sobre las flores? ¿Acaso estudiaste historia floral? —le replicó Julia burlona.

—Las flores no son sólo mi trabajo, sino que puse el negocio porque eran mi pasión desde jovencita, y he leído mucho sobre cada una de ellas. Tus preferidas eran los geranios, no Julia? sabías que tiene propiedades medicinales?

Y así continuamos aquella tarde de invierno aún, entre risas, hablando de flores, estudiando, y tomando bizcocho con café con leche que Julia había traído como regalo. Había estado varias semanas sin pasar por “Flores y Bouquets”, haciendo cursos de temas alternativos que tanto le gustaban. Era una adelantada de su tiempo, nos decía de sí misma, mientras sonreía, siempre sonreía, con un gesto amable.



*“París 25 de marzo de 1993*

*...lo que a mí me gustaría más que todo es que vinieras aquí a París, aunque sé y entiendo que convencer a tus padres sería difícil. Si ves alguna solución de algo que pudiera hacer dímelo. En mi casa tenemos una cama de sobra. Nos iríamos por París, por Versailles. Buscaríamos hippies, y joyas artesanales que te gustan. ¿Ves? yo (también) me imagino muchas cosas, y contigo, pero pienso a veces que quizás sólo serían sueños, y no quiero sufrir ni hacerte sufrir por mi culpa...”*

De nuevo llegó el verano, con su calor sofocante que condicionaba nuestro día a día. Este año no teníamos destino decidido. Iríamos para el norte como siempre, Andorra posiblemente y quizás San Sebastián de nuevo. El hotel en que pasamos nuestros primeros días de vacaciones en Andorra era estupendo, con una espectacular piscina donde mi hermana Inés aprendió a nadar aquel verano. Pasábamos un rato cada tarde antes de salir a pasear en la zona del café, que era una gran sala con una mesa de ping-pong en el fondo, algunos futbolines en el centro y unas mesas en la terraza llena de preciosas lavandas. Allí se vendía de todo: helados, café, licores, sellos caramelos y unos cigarrillos franceses muy olorosos. Todo el café estaba impregnado de ese olor que me gustaba tanto.

Aquella mañana después del desayuno mi padre se sentó en la terraza abrió el mapa y nos preguntó a las tres. “Hacia dónde ¿queréis que vayamos? María, ¿tú no tienes un amigo en París? ¿Queréis que vayamos a EuroDisney y de paso pasamos a saludar a tu amigo?” Y así fue como al día siguiente íbamos en el coche como si de un sueño se tratara rumbo al estiloso París. Mi padre siempre trataba de darnos gusto a cada una de nosotras en cada cosa que decidía o planificaba, aún en el simple día a día, y en aquella ocasión me tocó a mí. Tenía muchas ganas de visitar esa ciudad, aunque creo que lo que él sabía era de lo especial de la amistad con ese chico, debido a la frecuente correspondencia que manteníamos. No sabía mucho de la historia de París, su cultura, su arte, o su gastronomía... pero bueno, era París.

Yo sólo tenía la dirección de Antoine, y así fue como me presenté en su casa después de mucho callejear y preguntar a un señor y a otros varios. Llegué a su casa, preguntando por él, tímida, suerte que su padre entendía y sabía mi idioma, un poco lento y torpe, pero le entendía perfectamente y él a mí.

Los Menard era una familia tradicional y acomodada. Su padre, el señor Menard —un hombre muy espigado, vestido de negro con camisa de mangas subidas hasta el codo— era abogado y su madre, profesora de francés. Vivían en París, en una casa pequeña con un jardín. Era una casa de piedra, de dos plantas, formando un ángulo, y en el jardín crecían algunos frutales. No tenían flores sino frutales.

—Así que has venido de vacaciones. Nosotros a veces viajamos al sur de Francia —dijo el señor Menard—. Es más divertido que esto. Antoine está de excursión con los compañeros de la Universidad. Regresa en dos días. Dame los datos del hotel donde te alojas con tu familia y él se pondrá en contacto contigo cuando regrese. Le alegrará muchísimo esta sorpresa.

Los dos días siguientes lo pasamos en Eurodisney. Fantástico. Tuvimos un tiempo maravilloso. Y han pasado los años pero creo que no recuerdo a mis padres y a Inés tan felices como los dos días que pasamos allí. Y a mí misma. Esa ilusión y felicidad mágica de niño, de cuento, de que olvidas todas tus preocupaciones laborales o de estudiante. La ilusión y el brillo y una sonrisa permanente en la cara de mis padres de vernos tan contentas a nosotras, rodeadas de Princesas, de Mickey Mouse y el despliegue de luces, castillos y personajes Disney. Un día allí puede resultar agotador, pero es tanta la ilusión y las ganas de estar envueltos en un mundo tan de fantasía que no sentimos cansancio en ningún momento. Lo cierto es que terminamos de ver la cabalgata nocturna de Fantailusión y marchamos al hotel, donde en recepción había una nota esperando.

*Antoine has gone this evening  
Antoine est venu cet soir.*

La sensación que inundó mi cuerpo es difícil de explicar, y una oleada de mariposas recorrió mi estómago. Apenas dormí, imaginando cómo estaría, cómo reaccionaríamos los dos, qué nos diríamos, qué haríamos, cómo se habría tomado que me presentase así de improvisto, aunque era bastante optimista en todo lo que imaginaba.

Al día siguiente amaneció gris y lluvioso, algo que no me preocupó ya que yo estaba totalmente concentrada y un poco nerviosa por cómo sería ese encuentro con Antoine. Desayunamos un pastel que había hecho la señora del hotel y que estaba delicioso. Sabía a mantequilla y almendras como ningún otro pastel que yo hubiera probado antes. Antoine llamó al hotel y una hora después estaba allí con nosotros. El primer momento fue un poco, inusual, pero ayudó que ambos teníamos un carácter alegre y extrovertido en distancias cortas, aunque la sensación de hormigueo, calor en las mejillas y mariposas no me abandonaba. Descubrir la ciudad con él, junto a mi familia fue maravilloso. Nos llevó a Notre-Dame Media hora de cola para subir a la torre y disfrutar de sus fantásticas vistas rodeados de gárgolas, y luego una visita al espléndido interior. A mi madre le encantó. A pesar de estar muy reconstruida, realmente la catedral es una construcción preciosa, que te hace sentir los siglos de historia que han visto pasar sus muros, y un gran ejemplo de la belleza del gótico francés. El cielo gris y lluvioso parecía el marco perfecto para las misteriosas gárgolas que vigilan el cielo de París desde hace varios siglos. Descansamos y después de reposar un poco, dimos un buen paseo comenzando por el Jardín de las Tullerías, que arranca tras el Louvre. Un bonito y bien cuidado parque que en verano alberga en un lateral una pequeña feria con atracciones y diferentes puestos, además de la conocida Noria. Allí comimos los 5, en un restaurante al que Antoine solía ir con sus padres. Allí Antoine se ganó la simpatía de los míos, y de Inés también, no muy difícil porque era un chico cautivador, con facilidad de palabra y muy educado, algo que mis padres valoraban mucho, y después de comer y tras el buen paseo que habíamos hecho, nos

dijeron que querían descansar un poco y que si queríamos pasear y ver más cosas, que así lo hiciéramos, pero que cuando cenásemos que no volviera tarde al hotel. Marchamos y continuamos hasta la Plaza de la Concordia, donde se alza el famoso obelisco de Luxor que trajo Napoleón de Egipto. De ella parten los Campos Elíseos.

Escena tras escena aparecen secuencias en mi mente de aquel resto de precioso día, en que hice cosas que nunca había hecho como subir en metro, y comí cosas que antes ni conocía. Como los chouquettes. Los chouquettes son el camino a la felicidad y fue amor a la primera degustación. Son pequeños biscochitos redondos, cubiertos por azúcar, que como los M&M's se derriten en tu boca y no en tu mano. Fue mágico. Paseamos por rincones escondidos, visitamos tiendas con cositas especiales, y llegó un momento en que sin darnos cuenta y no sé cómo ocurrió en que me di cuenta que me llevaba de la mano. Era media tarde y empezó a lloviznar, y juntos de la mano corrimos calle abajo por el Boulevard Saint Germain, en el Barrio Latino, buscando la plaza de la Sorbonna para refugiarnos en un café. Las tímidas gotas de lluvia caían por mi rostro, mientras corríamos, mientras reíamos, mientras su mano sostenía la mía y yo era tan feliz. Y no me importaba nada más.

—¿Sabes por qué se llama esta zona así? El barrio debe su nombre a que durante la Edad Media los estudiantes hablaban el Latín como lengua académica, y ese era el distintivo ya que es un barrio eminentemente estudiantil. Aquí está aparte de la famosa Universidad de la Sorbonna, el Pantheon, un edificio neoclásico donde se encuentran las tumbas de muchos hombres ilustres: Voltaire, Rousseau, Víctor Hugo, Jean Moulin, Pierre y Marie Curie, etc.

Su conversación me embobaba, por su dominio del idioma, cómo podía pasar del inglés si le preguntaban por alguna calle, al español para seguir hablando conmigo, o al francés al entrar en alguna tienda, y por los conocimientos de su propia ciudad. Yo no sé si sabría ser tan buena guía de la mía. El café era muy bonito,

decorado con cuadros vintage, y pinturas de Toulour-latre, y colgando, en un rincón, farolillos rojos festivos. Tomamos unos crêpes, finas como el papel. El olor a mantequilla derritiéndose junto al fuego siempre me las trae a la memoria.

—A final de la semana que viene marchó con mis padres a Carnac.

—¿Qué es Carnac?

—Está hacia el sur de Bretaña. Allí está la mayor colección de megalitos del mundo occidental —sus ojos brillaban de emoción— es algo maravilloso. Me gusta mucho. Eran megalitos levantados por una civilización muy interesante. Hay un inglés, un vecino nuestro que está escribiendo un libro sobre dólmenes y todo eso. Por él me empecé a interesar en este tema. Si te quedaras más tiempo podrías venir con nosotros.

Salimos de allí y empezaba a anochecer. Fuimos hacia las pirámides del Louvre. No había visto un escenario igual, preciosísimo. Aquella plaza tan imponente, con esas dos pirámides cuidando de la entrada del Museo. Nos sentamos en uno de los bancos y seguimos conversando.

—Te he comprado esto —dijo Antoine sacando de su bandolera un paquete que por su forma presentí era un libro—. Me ha costado un poco encontrarlo en español, pero pensaba que te gustaría.

—¡Dios! ¡Me encanta! sabes que me encanta Kundera. Te he hablado muchas veces de La Insoportable levedad del ser, y tenía en mente comprarme este de la Inmortalidad.

—Sabes que al comprarte este para tí también me he comprado para mí La insoportable levedad del ser. Quiero ver por qué te gusta tanto y si a mi me parece tan bueno.

—¡Sí! ¡Genial! a mí me parece un libro muy filosófico, aunque él mismo no comparte esa opinión sobre el libro. Me parece muy existencial. Ya lo verás. A través de un hombre y una mujer relata

escenas de la vida cotidiana pero con un profundo sentido trascendental. Te gusta Nietzsche? señala muchas veces a Nietzsche. Y tiene frases buenísimas! Me encanta una que era... cómo era...más o menos dice: “El hombre nunca puede saber qué debe querer, porque vive sólo una vida y no tiene modo de compararla con sus vidas precedentes ni enmendarla en sus vidas posteriores”

Antoine me miraba sorprendido, y en el tiempo me sorprendí bastantes veces a mí misma que con esa edad ya estuviese interesándome por temas que luego vi que eran metafísica, y psicología y existencialidad pura y dura. Y me encantaba.

—Me encantaría ir a Praga. Kundera es de la República Checa. Me parece un país muy interesante y debe ser precioso. Algún día me gustaría ir.

Nos sonreímos. Nos miramos, él acercó su nariz fina hacia la mía y me la acarició. Yo cerré mis ojos. Y quedamos así unos segundos. Pasó su mano por mi pelo. Y luego nos fundimos en un tierno beso. Me sentí en otro lugar, cabalgando sobre las estrellas, rodeada del infinito universo, con una bella melodía que sonaba en mi mente una y otra vez.

*Moi je t'offrirai  
Les perles de pluie  
Venues de pays  
Où il ne pleut pas...*

Estábamos felices y eufóricos y permanecimos allí acariciándonos un buen rato más, besándonos, a veces sólo mirándonos o sonriéndonos. Sin darnos cuenta cuánto había anochecido y que debía volver rápidamente al hotel con mi familia.

Encontramos una cabina, y fue Antoine quien quiso llamar directamente a mis padres y disculparse por no haberme llevado antes.

—Señor Fernández, rápidamente llevo a María al hotel. Espero que no se hayan preocupado y lo siento —y dirigiéndose a mí me dijo—. María, dice tu padre que quiere hablar contigo.

Mi abuela había fallecido. Salíamos para casa a la mañana siguiente.

Un desgarró que me partió el alma.

Mi abuela había fallecido... marchábamos al día siguiente.

¿Qué era aquello? ¿Una mala jugada del destino? ¿Una broma del universo? ¿Qué tristísima noticia era aquella en mitad de un momento tan dulce y delicioso?

Mi abuela se encontraba mal últimamente, se encontraba con frecuencia con unas anginas de pecho que obligaban a ingresarla. Mi madre alguna vez comentó que estaba preocupada, pero no como para imaginar este desenlace tan rápido. Mi abuela era una muy dulce mujer, que de niña acariciaba mi pelo cuando me lo desenredaba al salir del baño. Llevaba un par de años viviendo con unos tíos míos. Me dolió, claro que me dolió. Me partió el alma.

Y además, no me podía creer que aquello había acabado allí y que no habría día siguiente en París.

Y lloré, y lloré y no podía parar de llorar cuando en el jardín recepción del hotel Antoine me abrazó fuertemente para despedirse. Y vi sus ojos también enrojecidos.

—María, tienes una carta de Antoine.

Era la primera carta después de nuestro día juntos.

En un acto que en los meses atrás hubiera sido tan de rutina, hoy, ese acto era sublime. Existía en ese acto de abrir aquella esperada carta una sensación de embrujo, de calidez del recuerdo guardado, de necesidad de medir y analizar cada palabra que contuviese

aquella carta, palabras que mis dedos acariciarían con una nostalgia infinita. Abro el sobre con una cierta solemnidad que merece el hecho, mis manos inconscientemente busca el mejor ángulo para abrir, con las preguntas que pasan por la mente a borbotones, contengo la respiración, con gran deseo de conocer el contenido de aquella misiva redactada, escrita con el pensamiento de quien está lejos para llevar un poco del afecto que no podemos entregar debido a la distancia.

*“París 29 de septiembre de 1993*

*Querida María*

*Pienso mucho en ti, en esos momentos que pasamos juntos en Las Pirámides, y en tu urgente partida.*

*El viento me trae cada noche tu sonrisa, y la lluvia pasa por mis dedos de la misma forma que peinaban y acariciaban tu cabello. Espero no haberte dejado como en una jaula encerrada, encerrada en los recuerdos de nuestra noche con las Pirámides del Louvre como testigos, iluminando nuestros sentimientos, porque es así como me siento yo ahora realmente. El romanticismo es algo que duele, mucho a pensar de lo bonito de las emociones y de los sueños. Duele nuestra distancia, duele nuestras posibles diferencias, pero embargan mi corazón el recuerdo de ese día compartido contigo, como una serie de polaroids pasando una tras otra, como una película francesa...*

*...Cae lluvia sobre mi ventana, y estoy escuchando Bridge Over Troubled Water. Qué pena que no estés. Pienso en tí.*

*Antoine “*

Leyendo aquella carta no podía ni respirar de la emoción, de la fuerza de mi sentimiento. De la tristeza e impotencia que me



producía la distancia, mezclado con la seguridad y tranquilidad que da que la otra persona siente como tú en ese momento.

Ese año tuve que estudiar mucho, tuve que estar muy centrada en lo que quería hacer ya que se decidía mi futura vida académica. No sabía muy bien a qué quería dedicar mi vida, ya que no tenía una vocación definida y es cierto que dudaba entre varias titulaciones, aunque la que más me llamaba la atención eran Ciencias Empresariales, porque se me daban bien los números, me gustaban los negocios, y pensaba que tendría mucha salida, algo muy importante que por supuesto había que tener en cuenta. Me ponía nerviosa también pensar que todo también dependía de la nota que sacase en selectividad, pero no le dedicaba muchos pensamientos insanos de preocupación a ello ya que no servían de nada.

“Menos preocupación y más ocupación”, me decía mi madre cuando me veía embobada pensando en ello.

*“París, 1 de abril de 1994*

*Querida María, perdona por haber tardado tanto esta vez en escribirte. Es de locos, las pruebas para el Colegio son del 10 de abril y las acabaré el 15 de junio, y en julio agosto y septiembre trabajaré en un banco. Estoy muy contento pero este tipo de estudios requieren mucha atención y trabajo. Apenas puedes salir ni ir al cine, ni hacer casi nada, es terrible. En París está haciendo bastante calor. La pena aquí es que es una ciudad gigantesca, llena de coches, de gases de coche y bus, con bastante polvo y ruido. Cuando vienes por primera vez imagino que no lo notas, pero cuando vives aquí, sobretodo un verano no tienes ganas de quedarte más.*

*Tengo una semana de vacación durante el trabajo en el banco. Me gustaría saber si te parece bien a tí y a tu familia, y a donde fueseis a pasar las vacaciones este verano, acompañaros unos días y sobretodo compartir contigo un poco de tiempo...*

*Pienso en tí*  
*Antoine”*

Fuímos a Francia de nuevo. A Biarritz esta vez. Para mí, Francia olía de un modo diferente, original, a mantequilla, a croissanes, a lavanda. Ibamos cada día a la playa, y yo me sentaba a veces con un un par de chicas que cada día se sentaban en el mismo lugar, y con las que al cuarto día me atreví a entablar conversación, en inglés, porque yo por aquel entonces no tenía ni idea del idioma francés. Alizé y Mari Claire se llamaban, de 17 y 15 años respectivamente. Alizé que tenía mi edad me gustaba, llevaba las uñas perfectamente arregladas y el pelo sacado de un anuncio de moda, largo y rubio y ligeramente ondulado, hasta sus enemigos además de sus amigos tendrían que admitir que su cabello era algo especial. “Pero estoy demasiado gorda” —se decía de sí misma, quizás para la constitución de las chicas francesas lo estuviera, pero para mí no lo era en absoluto— “aunque mis tías dicen que tengo una cara agradable, porque seguro que piensan que mi gordura es algo definitivo y me dicen eso para animarme.”

Nosotros estábamos en un hotel, pequeño y acogedor, con suelo de madera que crujía al pasar, pero ellas dos que eran primas tenían dos casas de vacaciones pequeñas con jardín, pegando allí mismo a la playa, una de las casitas era muy pequeña, Mari Claire que era quien pasaba allí el verano con sus padres profesores dijo que en tiempos atrás quizás era un granero o un establo, pero estaba coquetamente acomodada y decorada. Ibamos a pasar allí 15 días, con lo que esperaba que en cualquier momento Antoine me llamase para decirme cuál era la fecha de su llegada, que vendría para 4 o 5 días. Me emocionaba al pensar en ello, me ponía incluso nerviosa.

Desde el día que entablé conversación con las chicas, cada mañana, después de desayunar en el hotel, al aire libre, en una mesa de zinc un zumo de naranja y croissanes con mantequilla y jamon yok, y mi café con leche, iba corriendo a la playa, cuando mis padres no tenían planeada una excursión. El agua estaba un poco fría comparada con las playas a las que yo estaba acostumbrada,

pero era divertido. Tan temprano la marea estaba alta, y el agua verde y cristalina. Estaba muerta de hambre cuando llegué al hotel aquel día. La comida del hotel era excelente, tres platos, yo no era delgada pero no hacía miramientos por la comida, porque siempre me encantó comer y sobretodo probar platos nuevos. Después de comer mis padres a veces hacían la siesta, e Inés y yo íbamos de tiendas por Biarritz, sólo por ojear y mirar la ropa que era distinta a la nuestra.

Cuando íbamos a cruzar la recepción del hotel, la amable señora que estaba como recepcionista durante el día me llamó. Tenía una llamada.

—María, perdóname pero no estoy tranquilo como me gustaría estar, y cada momento que tengo libre que es poquísimo lo estoy aprovechando en descansar —era Antoine, su voz sonaba cansada.

—¿Qué ocurre, cómo va el trabajo? cuándo tienes tus días libres?

—El cansancio del final de los exámenes, y el trabajo, que está siendo una desgracia de lo cansado que termino cada día, ha terminado en que tengo infección urinaria y tengo “un calcul”, así que ya no puedo andar ni levantarme en cuatro días me ha dicho el doctor, con lo que las vacaciones las voy a gastar en curarme.

—Entiendo —le dije, terriblemente decepcionada y apenada.

—Perdóname mucho, pero estos días de atrás han sido dolorosos, porque además, no podía pasar más de dos horas de pie o caminando seguidas, y tenía muchas cosas que hacer. ¿Cómo estás tú y tu familia en Biarritz?

Y continuamos hablando unos minutos más, minutos que yo creo que en algún momento dejé de escuchar pensando que qué decepción y mala jugada de nuevo del destino, que se proponía entrometerse en nuestro deseado encuentro.

—María —continuaba diciendo— lo que ha pasado no lo tomes a mal, por favor. Quizás no tengo buenas expresiones o vocabulario para hacerte entender como yo me siento también. No quiero que te

molestes conmigo, así que te prometo que la próxima vez que nos podamos ver, yo haré, intentaré hacer todo lo que tú quieras. Llámame cuando vuelvas a casa, o yo te llamaré.

Quise llorar, el nudo de la garganta lo que me pedía era llorar, pero no podía hacerlo ni allí en la recepción, ni delante de Inés. Con lo que le sonreí, con tristeza, pero le sonreí, y aunque me sentía trastornada, continué con el plan de salir a ver tiendas.

Y por la noche, después de contarles a mis padres lo sucedido y de cenar, no podía ir a dormir porque no tenía sueño, de modo que mi padre, como algunas veces hacíamos sobretodo cuando me veía triste o preocupada por algo, se puso a jugar conmigo una partida de cartas, en el sofá. Mi padre era un hombre cariñoso, aunque poco hablador, que solía acercarse a nosotras con artimañas sutiles buscando que la diversión alejara la tristeza o aquello que nos preocupaba, ya que es cierto que momentos tristes esos días, sobre todo mi hermana pequeña, teníamos pocos, pero sí momentos en que quizás algo nos nublaba nuestra continua sonrisa. Esa noche tardé horas en quedarme dormida mientras en mi walkman sonaba una y otra vez. Ne me quitte pas. Me daba cuenta que apenas podía recordar exactamente su rostro, pero aún tenía en mis oídos en tono de su tranquila voz. Y me preguntaba cómo se estaría sintiendo él en aquel momento.

El último día de vacaciones cené con las chicas.

—Estás engordando —le decía Mari Claire a su prima, ante mi sorprendida mirada, aunque era notable que se querían mucho, me parecía cruel, y quizás ella una de las silenciosas enemigas que envidiaban su bella melena.

—Ya lo sé, respondió Alizé, como si se sintiese satisfecha.

—Pues deberías adelgazar. A los hombres no le gustan las gordas —qué sabría de hombres una chica 15 años, me reía yo y pensaba para mis adentros. Ni yo misma sabía qué querían o buscaban

exactamente los chicos, pero seguro que Alizé les encantaba con sus curvas.

—Déjame ya Mari Claire, de todas formas lo de adelgazar es un problema, porque los demás parece que conspiran contra una, sobretodo los padres, que siempre están metiendo la comida por los ojos.

Nos reímos las tres, mientras terminábamos aquellos crêpes de chocolate y nata.

Y aquella quincena de vacaciones pasó suavemente, enlazando una bonita historia y amistad entre nosotras tres, Alizé, Mari Claire y yo, diciéndonos que nos escribiríamos y que quién sabía si tal vez el verano siguiente volveríamos a vernos, ya que mi familia había descansado y disfrutado mucho de aquella zona.

Tras el stress del curso de COU y los nervios de la selectividad y el relax que provoca conocer que has aprobado, y después de saber que había entrado en la Facultad que quería, llegó uno de los momentos que marcan nuestra vida: el primer año en la Universidad. El inicio de una etapa que se recuerda para siempre, porque ser universitario implica muchos cambios y, sobre todo uno, que afecta de manera muy personal: comenzar a adquirir poco a poco más responsabilidades y madurar. Ir decidiendo que haremos con nuestra vida.

Comenzó la facultad. Me habían aceptado el ingreso en la facultad de Informática. Y empezó una nueva vida para mí. Qué distinto era todo aquello, el modo de dar las clases, lo que se estudiaba, la libertad y flexibilidad de horarios, de cómo presentar los trabajos, cuántos compañeros y compañeras tan perdidos como yo, que no sabíamos ni entendíamos mucho de la profundidad de las bases de datos, software y hardware. Pero me encantaba.

Compaginaba mis estudios con otras cosas, como ayudante oficial de la floristería de mi madre. Hice un curso para ello, ya que me encantaba, siempre me ha gustado mucho todo lo que significase

crear, y trabajar manualmente. Y las flores cómo no, me resultaba algo bello.

El amor no es una flor, pero es lo más parecido que quizás podamos encontrar para compararlo. Si cuidamos una flor, o una planta, crece, se hace bella, y luce ante nosotras regalándonos sus preciosos colores y dulces aromas. Si la descuidamos se va apagando, apagando y puede llegar a morir, o lo más probable es que muera, seca.

Tenía claro que mi éxito en la universidad dependía de cómo manejase de bien mi tiempo. Faltar a las clases, hacer las tareas justo antes de su entrega y estudiar la noche antes de un examen me conducirían a estrés y malas calificaciones. Debía ser organizada y comprometida poniendo mis exámenes por encima de todo. Allí conocí a Pilar y Eva, que asistían como yo a las clases de la mañana, y también a Adrián y Luis, grandes estusiastas del ciclismo y buenos jugadores de ping pong como quedó demostrado en las tardes de invierno, cuando quedábamos para estudiar o explicarnos algún tema y ellos alternaban ratos de estudio con momentos despejándose con las paletas. Adrián y Luis estudiaban Ciencias Empresariales, pero coincidíamos mucho en la biblioteca o en cafetería a veces. Había una gran mesa a la derecha de la cafetería común del Campus Universitario, que no sé de quién sería aquella buena idea que distraía a los estudiantes que dudaban si meterse en la biblioteca o en las clases, o tomar una coca cola tras otra mientras se entretenían con el ping pong.

Así conocí una tarde a Adrián, estudiante de 2º, que era amigo de Eva, porque ella anteriormente había estado matriculada de Empresariales, y habían sido compañeros de la asignatura de Micro.

—Voy a jugar al ping pong, venís alguna de vosotras, chicas? —dijo dirigiéndose a mí.

—Tengo que estudiar. ¿Tú no tienes que presentar un trabajo ha dicho Luis? —le contestó Eva.

—Oh, bah, lo terminaré luego a última hora. Trabajaré esta noche en ello y lo presentaré mañana.

—¿Te atreves tú a una partida?

Cuando llegamos a la cafetería vimos que él no era el único que había tenido esa idea. Era indudable que pasaría un buen rato hasta que nos tocase nuestro turno, con lo que decidí volverme a la biblioteca a seguir con mi trabajo.

Cuando salía para irme a casa, a ayudar a mi madre con sus encargos, él estaba al lado de mi coche, allí esperándome con aquella graciosa sonrisa que mostraba su hoyuelo en la mejilla izquierda.

Adrián, Pilar, Eva y yo nos convertimos en buenos amigos y compañeros. Cada uno de nosotros seguía manteniendo las amistades de toda la vida, pero hacíamos un buen equipo. Teníamos gustos en común como el cine, me fui aficionando a la bicicleta con Adrián, y los cuatro nos adentramos en el mundo de la pintura y el arte y acudíamos de cuando en cuando a las exposiciones que se iban poniendo en la ciudad. Por supuesto también salíamos por la noche, a bailar y a tomar algunas copas. No solía ir a las fiestas que hacían en la facultad, aunque no faltaba al concurso de tortilla y pastel que hacían cada año antes de las vacaciones de semana santa.

En semana santa no hacíamos nada especial. Vivíamos la semana santa en sí, el ambiente de la ciudad, las procesiones por cada una de las calles con tanto encanto. El olor a incienso mezclado con el olor a azahar que ya era tan notable siempre en estas fechas. En pocos sitios se vive tan intensamente la Semana Santa como en Andalucía. Es una semana tras la que hay muchas horas de trabajo durante todo el año. Según cuando caía, suele ser el inicio de las terrazas, de los puestos de caracoles. Me encantaba la semana santa, y ver las procesiones que sentía como mías, y si en algún rinconcito de la Judería alguien desde la oscuridad empezaba una saeta, más que más. Una de las sensaciones más estremecedoras de la Semana Santa andaluza es oír esa quebrada voz que, desde la soledad que se tiene que sentir en el alma en ese momento y el

anonimato, brota de las alturas para orar a la imagen determinada a la que se tenga tanta devoción como para cantarle.

Las cartas con Antoine cada vez eran más separadas en el tiempo, y posiblemente también más distantes emocionalmente. Ya no hablábamos de reencontrarnos ni de nuestra noche en las Pirámides. A veces pasaban meses entre carta y carta.

*“Grenoble, Alpes, Francia 1 de abril de 1995*

*Querida María.*

*Después de pasar en París en esta escuela que se parece a “Ingenieros de caminos” de Madrid (tenemos intercambios entre ambas) ahora estoy en Grenoble, en los Alpes. ¡Qué maravilla! Puedo esquiar cada fin de semana. No sabes cuántos deportes y qué paisajes más maravillosos hay por aquí!! Sigo corriendo casi cada día, nado cada viernes por la tarde y cada domingo en una piscina que tengo frente al apartamento donde vivo. Y casi todos los fines vamos a esquiar los sábados. Estoy haciendo una práctica en Hewlett-Packard, ya sabes, cosas de computadoras, printers etc. Trabajo para una organización europea llamada Support Materials for Europe...”*

Llegaron los parciales y los finales, y el gran esfuerzo se iba viendo más o menos recompensado en las notas. Y decidí que quería aprovechar el verano y empezar a ir viendo lo que era el ambiente laboral del sector que estudiaba. Me apunté a hacer prácticas. Aunque era difícil, aun siendo estas primeras sin remunerar era complicado porque eran muchos los estudiantes que las solicitaban, y muchos los que tendríamos que pasar las cribas de los currículums y luego las entrevistas pertinentes. Yo me encontraba aún muy descolocada pero quería probar. Lo compaginaría con la floristería. Durante el curso Pilar hizo un poco de lazo con un par de profesores. Los visitaba durante su horario de oficina porque



siempre le quedaban dudas de su asignatura cuando en casa luego las estudiaba.

—Conocer a tu profesor fuera de la clase regular también es bueno para mí ya que les hago saber a ellos que estoy prestando atención durante la clase y haciendo mis trabajos, lo cual puede ser una ventaja, incluso después de finalizar la clase. Estos profesores quizás me podrían echar un cable a la hora de más adelante pedir unas prácticas o solicitar un trabajo. —Me decía en la ventanilla de secretaría donde se cursaba la bolsa de prácticas—. Tú deberías hacer lo mismo María.

—¿Qué dices? —le replicó Adrián— eso es pelotearles Pilar. Tú vas allí, les pestañas seguro y ellos después de mirar tu canalillo quedan encantados y hacen lo que les pidas que hagan.

—Uy Pilar, a mí no me sale hacer eso, aunque no tenga ni busque ningún interés en ello. Yo no he ido nunca a un despacho ni para consultar ni para revisar un examen.

Y era cierto. Era muy independiente, hasta para las dudas que me quedaban, me las buscaba y me las resolvía sola o mediante otros compañeros. Nunca fui de buscar despacho ni ayuda en los profesores.

Finalmente fui seleccionada para hacer prácticas junio julio y agosto en una Consultoría bastante grande que querían cambiar su sistema informático y estuve de ayudante del Responsable de todo el sistema y los programas de informática. Me vino muy bien la experiencia que tenía de tratar a los clientes en la floristería, aunque aún me quedaba mucho por aprender porque se dejaba ver la inseguridad y mi timidez.

Cuando terminé las prácticas, los días que quedaron hasta empezar de nuevo las clases Adrián y yo salimos varias veces con las bicicletas. Alguna vez venía también Luis, pero parecía no tener paciencia ni gustarle tener que ir más despacio o un poco a mi ritmo,

ya que aunque a mí se me daba bien, yo no tenía la práctica de ellos, ni la fuerza ni el entrenamiento y sobretodo la resistencia. Además, según porqué caminos o carreteras, también me daba un poco de miedo.

—No hace ni tres años que tengo bicicleta. —Empezó a comentarme Adrián mientras hacíamos un descanso y picoteábamos algo sentados en unas piedras.

—Venga ya, es una broma Adrián —le respondí— pero si podrías pasar por medio profesional, le dije medio burlona.

—Es cierto. Y no había vuelto a montar desde pequeño y siempre que pensaba comprarme una, lo acababa descartando por un motivo u otro. Por fin, unas navidades pasadas cogí mis ahorros y dije de hoy no pasa, y desde entonces no he dejado de salir a dar una vuelta en bicicleta a diario o, al menos, siempre que el tiempo me lo permite, pero ya te digo, dos años y pico hace.

—¿Tu tiempo? o el tiempo atmosférico?

—Jajaja, ambos —me dijo sonrojándose—. ¿Qué haces este fin de semana? ¿Quieres que quedemos?

—No sé qué hacen las chicas, tengo que preguntarles.

—No, digo tú y yo, salir a cenar tú y yo.

Y así fue como Adrián y yo iniciamos nuestra relación, tranquila y serena. Intimando poco a poco, teniendo muchas cosas en común, los estudios, la bici, el gusto por el cine y la pintura, y su sonrisa encantadora, con unos hoyuelos que iluminaban su cara. Adrián era alto, muy alto, de piel morena y pelo también oscuro. De carácter fresco y simpático, muy amigo de sus amigos, tenía muchísimos amigos. Y aunque no descuidaba sus estudios le gustaba mucho la juerga y las fiestas, contrastando un poco en esto conmigo. Y aún así nos iba bien.

Adrián también inició unas prácticas en un banco. Estuvo tres meses, pero no acabó de gustarle el trabajo, sin embargo resultó

interesante aunque sólo fuese para eso, para dirigir su carrera cuando terminásemos los estudios y orientarlos hacia otra dirección. Aunque aún quedaba un poco para ello. Nos veíamos en el Campus, nos buscábamos si estábamos por la biblioteca y desayunábamos y hacíamos alguna partida de ping pong. Por las tardes yo seguía la mayor parte del tiempo yendo a “Flores y Bouquets”

Me gustaba pasar las tardes con Inés, mi madre y Julia las veces que ella venía.

—Me he apuntado a un curso de lana—nos contaba Julia. Siempre estaba metida en algo, era un culo inquieto. Pero era algo fantástico ya que así conocía a gente y no se sentía sola. Además, era su forma de ser, curiosa por naturaleza— De joven hice lana, pero lo olvidé totalmente ya que cuando me casé y tuve a mi hijo no tenía tiempo de nada.

—Es muy bonito hacer lana, también es un trabajo muy creativo, como la floristería, es parecido verdad

—Síi, me parece muy parecido. Me gusta mucho entrar a la tienda de lanas, ese olor casero, como a café, a invierno, elegir los ovillos, tocar y sentir la suavidad del hilo, elegir el color, lavanda, azul...luego buscar el tipo de aguja, metal o madera, el que mejor se adapte a tus dedos. Por cierto —continuaba —La chica que nos enseña hace maravillas!! Es un arte en vías de extinción, un arte que esto de las cosas de lana hechas a mano llegará un día que la gente pagará carísimo por estas artesanías.

—Tu eres buena con las manos, Julia —le dije yo— Sólo para demostrártelo que confío en ti ya te digo que te compraré la primera bufanda que hagas, o si me haces un jersey mejor, te lo pagaré. Me gustan mucho las cosas artesanas.

—pues te lo haré de cachemir, primero debo hacer alguno que me sirva de práctica.

—Trato hecho, seguro que puedes crear algo bueno que contenga algo de ti y de mí.

*“Pekin*

*Querida Maria*

*Te escribo esta postal desde China, desde la Universidad donde acabo de pasar un mes. Gracias por tu carta, justo la recibí antes de venirme. Me he traído la cinta variada que me enviaste hace un par de años por Navidad, te acuerdas? la tengo aqui porque me encanta y me recuerda a ti. Me voy de Pekin justo dentro de una semana para visitar el sur de China y acabar en Hong Kong. La gente es muy reservada, aunque muchos tienen una educación exquisita. Te gustarían, estoy convencido, ellos, el paisaje, la comida ya lo sé(aunque es muy diferente a como la comemos en los restaurantes en nuestros países) , y su forma de ser.*

*Muchos besos Antoine”.*

“Pekin. Antoine en China... Desde luego qué vida más diferente hacen en Europa” pensaba yo. Ninguno de mis amigos ni compañeros estudiantes tenía en mente salir de España, ni a estudiar ni a trabajar. Y él iba y venía solo. Me parecía tan valiente y tan interesante... Antoine en China, y aunque no había pensamientos de amor ni planes ni mucho menos y Adrián y yo nos habíamos enamorado, no podía evitar que una sonrisa aflorase en mi cara, y que un leve hormigueo pasara por mi barriga. Antoine me escribía desde China porque se acordaba de mí.

También iba recibiendo noticias de Alize, que seguía tan divertida como aquel verano. Y de mi mejor amigo del norte: Agustín. Hacía unos años que no nos veíamos, pero era una amistad muy especial, amistad noble sin intereses ocultos de amor ni por su parte ni por la mía. Sólo amigos. Agustín, un chico culto, muy tranquilo, compañero de aventuras veraniegas. A veces nos llamábamos, o lo llamaba, siendo estas llamadas pesadilla para mis padres cuando aún eran “conferencias” y engordaban tanto la factura del teléfono.

Vino a verme Agustín con un buen amigo suyo. Adrián, Pilar y yo hicimos de guía, de buenos guías pienso yo, y disfrutamos mucho

de la compañía mutua. Les hicimos conocer nuestro rabo de toro, el salmorejo, y el domingo que partían por la tarde, mi madre nos invitó a comer a todos, haciendo sus famosos flamenquines y una tortilla de patatas que fue una delicia comer. Mis padres estaban encantados de tener en casa a Agustín, ya que le tenían gran aprecio desde ese primer verano que nos conocimos.

Yo seguía manteniendo contacto con algunas amigas de Bup, cada cierto tiempo quedábamos, tomábamos un café, nos poníamos al día, pero es cierto que mi relación amistosa giraba más en torno a mis compañeros de facultad, Adrián y también sus amigos, pero me gustaba esa independencia, y porque siempre he pensado que la amistades, aunque no fuese a diario, había que conservarlas si eran buenas. Y mis amigas de Bup y yo, éramos amigas desde niña.

La que iba dejando de ser una niña e iba creciendo sin que nos diésemos cuenta era mi hermana Inés. Mi adorada Inés. Éramos hermanas y buenas amigas, a pesar de esos 6 años de diferencia que un día se dejarían de notar. Le caía bien Adrián, aunque ella sabía qué decepción supuso para mi el distanciamiento con Antoine. Inés era buena estudiante y buena niña, de carácter muy extrovertido nunca dió quebraderos a mis padres. Se acercaba el final del curso y se iba de intercambio a Francia. Tenía francés de primer idioma e inglés de segundo. Se iba 3 semanas a la Bretaña, a un pueblo llamado Rennes. Era la primera vez que viajaba sola, y la primera vez que nos separábamos, pero estábamos muy orgullosos de ella.

A su regreso vino cargada de regalos, de dulces de allí y de anécdotas divertidas.

—Son curiosos estos franceses... a todas horas ponen mantequilla. Estoy harta de mantequilla jajaja. En el desayuno, mantequilla, con el almuerzo, sea lo que sea, ahí estaba la mantequilla.

—Lo típico es el queso —la interrumpió mi padre.

—Sí, también el queso, pero es que la mantequilla, siempre está la mantequilla! qué hace la mantequilla ahí cuando vamos a comer guiso de ternera, pues ala, toma mantequilla.

La mirábamos mientras comíamos y ella con los ojos llenos de ilusión nos detallaba lo que había vivido.

—¿Y el baño? tienen una habitación sólo con un váter.

—¿Cómo??— le dije sorprendida

—Sí, sí tienen un baño como nosotros, pero sin el váter, y en otra habitación, muy estrechita, está allí el váter solo.

Y así nos fue contando cómo pasó los días de esas vacaciones intercambio, en las que la señora de la casa donde compartió familia le decía que no señalase y que pidiese las cosas hablando, y así fue como poco a poco, fue soltándose en el idioma y vino muy contenta con lo aprendido y con la experiencia adquirida.

Y mis padres y yo tranquilos de tenerla de nuevo en casa.

Esa noche mientras cenábamos y totalmente de sorpresa, mis padres se pusieron a preguntarme por mi relación con Adrián. Mis padres eran personas tolerantes, y respetuosas, que no se solían inmiscuir en mis relaciones ni amorosas ni amistosas, sino que dejaban que las cosas fueran tomando su camino y fluyesen. Nunca me preguntaron nada acerca de Antoine, ni sobre otros chicos con los que esporádicamente alguna vez salí. Por lo que esto me cogió por sorpresa.

—¿Qué tal tú y Adrián? ¿Vais en serio? —empezó mi padre. El trozo de carne que estaba comiendo casi se me atraganta.

—¿Cómo? ¿En serio cómo?

—Sí, si sois novios, o simplemente os lleváis bien como amigos.

—No sé papá. La palabra novio me parece un poco, anticuada o seria, pero sí, supongo que vamos en serio, o que somos pareja, sí. Luego el tiempo dirá.

—¿Qué vais a hacer este verano? sabes algo de la solicitud de las practicas que has pedido? estamos empezando a planear las

vacaciones, y si quieres, puede venir este año Adrián con nosotros.

Había solicitado como el año anterior todas las prácticas de la bolsa en las que cuadraba con los requisitos que solicitaban, pero esta vez no me habían llamado para ninguna. Y estaba desanimada. Adrián sin embargo pensaba en más altos vuelos y había empezado a echar curriculum en la bolsa de trabajo. Era un chico muy inteligente y muy ambicioso, ambas cualidades me hacían admirarle y como estaba acabando 4º pensaba que había que empezar a mirar por su futuro. En esos momentos el trabajo más interesante lo ofrecía una empresa auditora. Y sorprendentemente fue pasando las entrevistas hasta que el puesto fue suyo. Mientras que yo aquel verano me quedé sin prácticas, consolándome con la idea de prepararme bien la asignatura que me había quedado, con ir de vacaciones, hacer deporte y trabajar en la floristería. Y me apunté animada por mi hermana Inés a un curso de francés por las mañanas. Los idiomas siempre se me dieron bastante bien.

Me puse en contacto con Alizé porque mis padres pensaban ir de nuevo a Biarritz a final de agosto, y como ella y su familia tenían casa allí era muy probable que nos pudiéramos volver a ver. Y así fue.

—Este verano me estaba aburriendo aquí. Menos mal que habéis venido, al menos estos diez días serán divertidos —me decía. Estaba preciosa. Seguía sin ser una chica delgada, pero tenía un cuerpo muy bonito y era alta y su pelo... más corto, pero seguía siendo una delicia. —Me alegro mucho tu iniciativa con el francés. Te será muy útil teniendo en cuenta que viajáis mucho por aquí.

—¿Y tu prima, y Mari Claire, no ha venido este año?

—¿Sabes qué le dijo a sus padres este año? que ya era muy mayor para este tipo de vacaciones. Esa chica se da demasiada importancia. No sé qué cree que es. Toma —me dijo dándome un paquete.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Tenía unos ahorros de este invierno que he trabajado como te conté por carta y quería hacerte un regalo.

Lo abrí y era una camiseta de rayas marineras, un short blanco y unas bailarinas negras preciosas, sencillas negras y me pareció todo precioso.

—¡¡Alizé...!! ¿¿Pero por qué??... yo no te traje nada —le dije un poco avergonzada.

—Ya tienes el pack de chica francesa completo —dijo riéndose satisfecha de verme tan contenta— tu has traído tu compañía. Estos días estaban resultando tediosos. Sabía que te encantaría.

Pasaron unos días en los que no parábamos y Alizé estaba contentísima. E Inés también porque practicaba con ella su francés y yo estaba gratamente sorprendida de oír a mi hermana. Me sentía orgullosa de ella, y en ese momento fue justo cuando vi que se estaba haciendo una mujer. Nos despedimos quedando para la mañana siguiente que íbamos a hacer una excursión con mis padres a la Aquitaine francesa. Estábamos cenando tranquilamente en la terraza del hotel cuando sentí unos golpecitos en mi hombro. Allí estaba Adrián, y su sonrisa fue como si el sol hubiera salido para mí. Tras él venían Luis Y Pilar. Todos nos levantamos de la mesa y hubo besos y apretones de manos. Me saludó con un fuerte y cálido abrazo y un par de besos en las mejillas. También a él le temblaban las manos.

—¿¿Pero bueno, qué hacéis aquí?? —dije totalmente sorprendida.

—Es fantástico —dijo mi madre sorprendida también.

—Hemos venido en mi coche nuevo.

—No tenía ni idea que habías comprado un coche Luis.

Se hizo sitio en la mesa y se arrimaron unas sillas para ellos. Aunque habían cenado ya. Adrián había pedido dos días libres y junto con el fin de semana serían lo que pasarían allí con nosotros. Me emocionada muchísimo la sorpresa y me hacía mucha ilusión



tener allí a Pilar, que se había convertido en una buena amiga y confidente.

Al día siguiente hicimos la excursión que teníamos planeada, mucho más animados si cabía puesto que teníamos la ilusión de visitar cosas nuevas con los chicos.

Siempre hay algo especial en un paseo en coche bajo el sol y el sol aquella mañana madrugó para nosotros y nos enseñó su mejor rostro. Sol y música en los oídos, la mejor receta para la felicidad, felicidad de vacaciones que nos hace olvidar nuestra rutina. Me sentí incluso con exceso de emoción y me pregunté para mis adentros si momentos aquellos tan radiantes y tan mágicos ocurrían con mucha frecuencia. Mientras pensaba aquello, cambió la canción en el coche de mi padre y se iniciaron las primeras notas de la canción siguiente, que anunciaban Ne Me quitte pas.

Aunque no es una canción para cantar, mi padre y mi hermana se pusieron a tararearla suavemente. Sonaba extraño, me embargó una extraña sensación de melancolía, del recuerdo de Antoine y la última vez que hablamos por teléfono, que fue aquellas vacaciones en que iba a venir y no pudo. Sin embargo no esperaba a Adrián y estaba allí y era lo que tenía que pensar porque era lo que merecía la pena y yo ciertamente lo quería.

Alizé coqueteaba con Luis, o Luis con ella. No sé cómo fue, pero nos pareció divertido. Trajo una caja de plástico enorme llena de croquetas y pastelillos rellenos hechos por su madre. Y fue divertido porque podías encontrar de todo en ellos a modo sorpresa, unos de arroz, o salchichas o atún. Su madre la pobre se había pasado toda la tarde del día anterior haciéndolos. Y parecía que ella conocía la sorpresa de que mis amigos vendrían porque hizo para un campamento, aunque no sobró ni uno solo.

Fueron unos días muy bonitos, y aún cuando ya marcharon Adrián, Luis y Pilar, los días que fueron pasando, han quedado grabados en mi recuerdo con gran nostalgia. Fue la última vez que vi a Alizé. Nunca perdimos el contacto. Aprendió a tocar el piano, se casó con un abogado y no tuvieron hijos. Pero era feliz, y yo con ella y con su recuerdo. Pilar que era tan curiosa como yo quedó encantada con

esos 4 días compartidos en Biarritz. Con Alizé, que le pareció muy sofisticada y encantada con los paisajes y la comida francesa.

Adrián estaba feliz con su trabajo. Pasados los 3 meses del contrato inicial le renovaron para otros 6. Y aún así no bajó su nivel de estudios. Y a mí sorprendentemente me llamaron para unas prácticas de 6 meses en Telefónica.

—María, llegó esta mañana una carta de tu amigo de París. A ver donde está —dijo mi madre buscando entre unos papeles en la trastienda de “Flores y Bouquets”

—¿Aún te escribe ese chico? —dijo sorprendida Julia—. No se molesta tu novio ?

—No seas antigua Julia, es un amigo de siempre, se conocieron muy jóvenes. Y es bonito que las amistades se mantengan.—le aclaró mi madre haciéndome un guiño.

*“Shanghai, 12 Noviembre*

*Querida María*

*Te escribo desde Shanghai, donde estoy hoy y mañana para el trabajo. Estoy a 40 min. en dirección al sur de Shanghai, cerca del mar. Me han puesto en seguida a trabajar en un proyecto muy complejo y casi no tengo tiempo ni para descansar, con lo cansado que estaba ya antes de venir de Francia. Todo va muy bien, el chino cada vez va mejorando más con la práctica. En el sobre tienes mi dirección para que me escribas aquí. No sé si he acertado pero quería que la postal llegase para tu cumpleaños.*

*Con cariño, con mucho cariño tu amigo Antoine”*

Adrián no se molestaba por aquellas cartas. Sabía de Antoine y de que era alguien especial para mí, pero nunca le vi que se sintiese

amenazado o inseguro por él.

Acabó la carrera. La empresa cuando acabó el contrato de los 6 meses lo hizo indefinido.

Y a mí al finalizar las prácticas sorprendentemente me hicieron también un contrato. El ambiente en la oficina era muy bueno, y me gustaba el horario, que podía compaginar con las clases. Una vez a la semana seguí dando clases de francés. Y todos los domingos por la mañana hacíamos rutas en la bicicleta. Cada quince días nos reuníamos mis amigas del colegio y yo para un café o para merendar en casa de alguna de nosotras o para conocer alguna cafetería nueva que hubieran abierto. Yo no era muy de postres, pero era general el interés por el dulce, sobretodo en invierno que parecía como si el cuerpo necesitase más calorías.

Eva no fue superando los exámenes como ella hubiera querido o como debiera haber sido y cambió de carrera matriculándose a la vez que empezaba a trabajar de dependienta en una tienda de moda en Historia del Arte. Nos encantaba verla y hablar de arte con ella. Al poco de empezar a trabajar se independizó. Se fue a vivir a un pequeño apartamento decorado con mucho gusto.

—sí, en mi podéis descubrir cómo es posible vivir de forma estilosa en 45 mts cuadrados y ya puestos, hasta desarrollar alguna actividad aunque sea estudiar en tan poco espacio. Ahora os enseñaré mi mesa del dormitorio. No me digáis que mi casa no tiene su aquél... —decía divertida.

En nuestra ciudad no había muchas exposiciones nuevas, pero ella nos avisaba cuando había algo interesante y nos volvíamos a reunir los 5.

—La semana próxima tenemos que ir a la exposición de Jose Luis Muñoz.

—No me suena.

—Ya. Es de aquí. Es muy bueno —aclaró Eva

—¿Qué estilo tiene? ¿Qué hace? —Preguntó sin interés Luis.

—Mezcla pintura y cómic, y está influenciado de la pintura del renacimiento. Busca símbolos de la mitología y de la literatura clásica. Es un autor muy interesante.

Esa noche después de ir a la exposición, salimos a cenar y yo, y después fuimos a bailar. Adrián me miraba raro durante toda la cena, muy dulcemente. Y me gustaba mucho. Jamás había pasado una velada tan agradable. Adrián bailaba de maravilla, tenía algo especial, no era vacío ni superficial como los otros chicos de la facultad.

Me sacó a la bailar un par de veces al medio de la pista. Y en uno de los giros me besó en el cuello y me susurró “Te quiero. María Te quiero. Cásate conmigo.”

En el guión sin escribir ideado por algún ser sin existencia para esa noche tan especial cada instrumento, cada actor entraba en escena justo en el tiempo esperado, seguido de nubes de algodón y fantasía. Y yo sentía que volaba a ras del suelo.

Nos casamos 6 meses más tarde.

En una ceremonia tradicional, con ciento y pico invitados, tradicional, pero sencillo, acorde a mi forma de ser. Fuimos de crucero por los Fiordos Noruegos. Quince maravillosos días contemplando unos espectaculares paisajes y en los que nos sentíamos muy unidos y haciendo muchísimos planes de futuro. Escribí a todos mis amigos de fuera dándoles la noticia. Antoine se alegró mucho.

Nos fuimos a vivir de alquiler. Alquilamos un piso cerca del centro para que a ambos nos pillase cerca del trabajo y así poder evitar el coche ni parkings diariamente. No pensábamos en comprar piso ni casa aún porque Adrián seguía con sus planes de futuro y estaba barajando la opción de irnos a vivir a Madrid, cambiar de compañía auditora ya que le habían hablando de una muy importante que estaba buscando auditores junior allí en Madrid. Cabía la posibilidad

de que yo pudiese pedir traslado a las Oficinas Centrales de Telefónica en Madrid también. Pero eran ideas que él iba teniendo. Mientras nos íbamos acostumbrándonos a la convivencia, a la forma de hacer las cosas de uno y otro. Vivir con alguien por primera vez no es fácil. Pero ambos teníamos tanta ilusión y éramos responsables como para que nuestra pareja fuese bien.

Los días pasaban tranquilos, armoniosos, entre el trabajo los amigos y la familia y las aficiones de ambos. Adrián se aficionó a la fotografía. A veces íbamos en bicicleta hasta algún paraje que a él le parecía interesante y paseábamos por allí mientras él fotografiaba el paisaje y a mí. Le gustaba salir cuando no hacía viento, cuando la hierba estaba inmóvil y las nubes paseaban sosegadamente por el cielo. Así podía controlar la naturaleza. Verde, marrón, el azul intenso de los arroyos, un, dos, tres, flash, y captaba la esencia de ese momento. Nos encantaba luego mirar el resultado de ese trabajo de aficionado. Y si no teníamos nada que hacer, parábamos y comíamos en plan picnic por el campo, que es algo que hacía de niña con mi familia y me gustaba mucho.

Como tenía muchas tardes libres a menudo me seguía yendo a la floristería. Julia venía de tarde en tarde. La habían operado de la rodilla y no se encontraba con mucho ánimo. Pero entre rato y rato me enseñó a hacer punto, afición que me entretenía mucho en las largas tardes de invierno.

—Tienes que hacer siempre una muestra antes de empezar María. Comprobar que la muestra se ajusta a la medida del patrón de lo que quieras hacer.

—Uff, es que me aburre muchísimo tener que hacer primero la muestra. Me gusta hacerlo directamente. Me basta guiarme de tus labores Julia.

—No María, porque dos personas pueden usar agujas iguales, y la misma lana pero pueden hacer los puntos de distinto tamaño y apretando de forma distinta ya no saldrá igual. El punto es algo muy personal y distinto de persona a persona.

Ambas estábamos inmersas en esa conversación cuando oímos el móvil de la tienda y a mi madre atender alguien. Teníamos siempre la puerta entreabierta de manera que veíamos de refilón los clientes que iban entrando y cuando se acumulaban salíamos a ayudar.

El corazón entró en conmoción. Se me paró la respiración y hasta la vida en ese momento porque no me lo podía creer. No podía ser y me quedé inmóvil esperando...

—María, me dijo mi madre con un sonrisa entrando a llamarle. Sal, mira quien hay aquí que ha venido a verte.

Y allí estaba él, Antoine. Acompañado de una chica china, o japonesa o qué se yo.

—¡Dios mío, Antoine! —dije yo saliendo de donde quisiera que tuviera mi cabeza y mi cuerpo inmóvil de lo inesperado de la situación— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo no me has avisado de que venías?

—Hemos venido haciendo una pequeña ruta por Andalucía, y quería darte una sorpresa. Hemos llegado hasta aquí, hasta la floristería sin preguntar, siguiendo la intuición de mi orientación por las calles que me iban sonando —dijo todo ilusionado—. Te presento a Shui, mi novia.

Era la primera vez que sabía de ella. Era china, aunque vivía en París, donde se habían conocido. La chica no hablaba ni entendía nada de español, con lo que todo fue un poco extraño, ella sólo nos miraba y pocas veces sonreía. Y yo me sentía incapaz de articular palabra de francés, ya que además me sentiría muy ridícula delante de él haciéndolo. Shui era muy bajita, contrastando con la altura de él, con un largo pelo negro lacio, como sus ojos también negros, muy grandes.

Fuimos a un café que había al lado de “Flores y Bouquets” Tomamos té y café y hablamos de todo un poco, alargando el encuentro casi hasta la hora de cenar por sugerencia mía, a pesar de encontrarme un poco desubicada y contrariada en mi interior,

para que pudieran conocerse Adrián y él. Nos intercambiamos direcciones de correo electrónico.

—Ya no uso la carta tradicional apenas, sólo para cosas concretas personales —dijo Antoine.

—Sí, yo tampoco, pero nada como enviar y recibir una carta en papel, me parece tan evocador y sentimental... —le contesté.

Llegó Inés, que se alegró muchísimo de verle, ya que ambos se tenían mucho aprecio.

—Así que este es tu amigo Antoine —dijo Adrián sonriente dirigiéndose a mí—. Tus postales ponen de muy buen humor a María. Te tiene gran aprecio. Pero no me había dicho nada de que fueseis a hacernos una visita.

—No lo sabía —dije cabizbaja— también para mí ha sido una sorpresa.

La cena estuvo silenciosa en casa. Adrián mirando la tele, riéndose de los chistes del programa y yo inmersa en mi mundo y en mis pensamientos.

Si esa tarde no llego a estar en la floristería no nos hubiésemos visto. ¿Cómo ha podido Antoine venir sin avisarme? No me importaba si tenía novia o no, era lógico, nos escribíamos un par de veces al año solamente. Yo le avisé que me casaba y cuando él me dió la enhorabuena quizás no estaba con ella aún. No me importaba que tuviera novia, aunque sentía un leve resquemor sin saber exactamente porque ya que yo estaba enamorada de Adrián. Pero lo que me tenía aturdida fue la frialdad por lo espontáneo del encuentro. Llevaba en Andalucía varios días, podía haberme llamado, concretar y asegurarse de que nos veríamos. Haber hecho algo ese día juntos. Porque si no hubiera estado allí en la floristería se hubieran marchado a la mañana siguiente sin más. Una nostalgia silenciosa me oprimió el corazón. No era sólo nostalgia del Antoine de mis cartas, del Antoine de las pirámides del Louvre, sino también quizás de la oportunidad perdida. Pensé que probablemente me

había quedado enamorada del recuerdo, de la magia de Paris. Sentía tristeza por la distancia que tuvimos en aquellos momentos iniciales, cómo las circunstancias y nuestra joven edad hicieron que poco a poco cada uno fuésemos haciendo nuestras vidas en direcciones diferentes. Circunstancias externas, al fin y al cabo, no nosotros ni nuestros deseos. Aquella noche no pude dormir bien.

Pero todo pasó.

Volvió a amanecer, fuimos a trabajar y el mal sabor de boca y el desánimo fueron desapareciendo.

Al cabo de un mes recibí una carta de Antoine dándome explicaciones de aquel encuentro así tan fortuito y poco preparado, ya que había notado en mi actitud cierta tristeza o decepción.

Hace dos meses, me explicó que, por motivos de trabajo suyo fueron a Barcelona, y Shui le acompañó. Y pasaron a visitar a la familia con la que él hacía los intercambios de idioma cuando era adolescente, con quienes seguía manteniendo relación. Estuvieron dos días completos visitando Barcelona y comiendo y cenando y como ella no sabía español ni la familia nada de francés ni inglés ella se agobió bastante e incluso se molestó. No se atrevió a decirle de quedar conmigo, no quería molestarla, aunque estando en mi misma ciudad le pareció impensable no pasar a verme, le parecía deshonesto hacia mí, y eran además tantas las ganas e ilusión que tenía él mismo que el día anterior le dijo que esperaba que no le molestase pero que tenían que pasar a ver a una muy buena amiga.

Adrián envió el curriculum a la compañía auditora en Madrid que buscaba auditores con experiencia. Yo me sentía animada a cambiar a un lugar como aquel, aunque me asustaba estar lejos de mi familia y mi entorno. Pero pensaba que era una muy buena oportunidad para él y para ambos. Sorprendentemente pasó una primera entrevista y la semana siguiente tenía que ir de nuevo a hacerle la segunda junto con unos test psicotécnicos.



Luis se encontraba últimamente desanimado ya que eran muy buenos amigos. Seguían compartiendo muchos momentos juntos, y era buen apoyo para él, ya que no acababa de encontrar su lugar ni personal ni laboral.

Días antes de ir a Madrid quedaron. Hablaron de cosas sin importancia entre ratos de silencio.

—¿Qué te pasa? —Le pregunto Adrián casi como al pasar.

—Nada y todo —contesto Luis, y prosiguió hablando, mientras su mirada se dirigía a como sus manos jugaban con un pedazo de servilleta. —Es que me siento tan poca cosa que no tengo fuerzas de nada. No sé qué hacer. No me siento a gusto en el trabajo, pero supongo que debo seguir ahí hasta encontrar otra cosa. Y ahora te irás. No es que no tenga más amigos, como es lógico, pero eres al único que siento cerca y al que siento auténtico para contarle mis preocupaciones.

—Luis, anda, tío sabes que el contacto será continuo. Vendremos a menudo. Madrid está ahí. ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué estás así?

—No lo sé. No me hagas caso, quizás es el sentimiento de la despedida, que nunca me gustó. Quizás sólo tengo que poner en orden las cosas que quiero y tomar decisiones e ir a por ellas.

Adrián pasó las siguientes pruebas y efectivamente fue elegido para el puesto. Yo me eché a temblar. Sabía que podía pasar, claro, pero ver que realmente estaba pasando era distinto, o al menos a mí me lo parecía distinto. Para mis padres también fue duro, aunque ellos valoraban nuestra decisión y sobretodo el sentimiento de Adrián de prosperar y poder crecer en su profesión. Los días siguientes fueron de locura, idas y venidas a Madrid a buscar casa para alquilar, la solicitud de traslado de oficina de mi trabajo, la cual tardaría algunas semanas en aprobarse y hacerse efectivo el cambio, y la mudanza y la despedida familiar y de nuestras amistades más allegadas.

Hoy en día las despedidas no son como las de antaño. Las despedidas en realidad no son tan tristes como todo el mundo las describe o sí lo son a veces, qué sabía yo. En aquellos momentos

no me encontraba triste porque la partida no significaba ausencia, sino la conciencia de una huella.

Poco a poco todo fue fluyendo de nuevo. Nos instalamos en Madrid, en un ático también pequeño pero muy bien situado, cerca de la Estación de Atocha, a sólo dos paradas del cercanías de mi oficina de trabajo, y a 15 minutos caminando a las oficinas de la empresa auditora de Adrián. Su empresa era nada menos que la importante **PricewaterhouseCoopers**, una de las firmas de servicios profesionales más importantes del mundo y segunda por volumen de facturación. Adrián trabajaba en su sede principal, en la Torre PwC, en el Paseo de la Castellana. Tanto como él como yo conectamos bien con el nuevo equipo de trabajo, si bien lo que yo sentía cada día era que no nos veíamos como lo hacíamos antes, ya que cada vez más los días que él no venía a casa a comer.

Mi hermana Inés llevaba un poco regular la ausencia, y yo es cierto que también la echaba mucho de menos a ella.

Había crecido Inés. Y estudiaba Filología francesa. Después de aquel primer intercambio le sucedieron otro par, en los que tuvo claro que quería dedicarse al francés, y aunque no quería ser profesora, quería tener la llave del idioma para luego enlazar con algo en lo que tuviera que practicarlo.

Últimamente ambas compartíamos aficiones, aparte de la buena relación que habíamos tenido siempre. Nos acompañaba cuando íbamos a alguna de las exposiciones que nos recomendaba Eva. Venía conmigo cuando hacían algún concierto de Bach que tanto me gustaba y a Adrián le ponía tan nervioso, y después, nos parábamos a charlar sobre nuestras cosas. Me divertía Inés, con ese sentido del humor tan satírico. Le gustaba Klimt, sobretodo el Beso, cuya réplica se trajo de uno de sus intercambios, y lo tenía colgado encima de su cama. Yo ya me había aficionado mucho a la pintura, y había descubierto a Johannes Vermeer, y aunque mi pintor favorito era Van Gogh y el estilo impresionista, cuadros como La Mujer con una jarra de agua, La lechera o La joven de la perla, me emocionaban considerablemente cuando los veía.

Uno de los fines de semana que bajamos a ver a la familia me traje mi bicicleta. Como Adrián estaba centrado tanto en el trabajo tenía tiempo libre para ello. Desde mi punto de vista, pasear en bicicleta era un disfrute, un viaje, una diversión como lo era subir al tiovivo en nuestra infancia. Me apetecía muchísimo y muchos días llegaba a casa deseando montarme sobre mis dos ruedas y salir a recorrer una de las rutas cercanas. Me encantaba. Lo haría aunque no supusiese ningún ejercicio ni me ayudase a mantenerme en buena forma física, aunque era cierto que sentía que además del bienestar que me proporcionaba la descarga de adrenalina, me daba salud. Me encantaba pasear en ella por el Retiro. Era capaz alguna tarde de pasar un par de horas recorriendo los distintos y casi infinitos caminos que tiene este maravilloso parque. Me resultaba muy agradable coger los senderos de manera sin pensarlo, cada vez elegía uno, paseando bajo la sombra de altos árboles, y parar a comer algo sentada sobre la hierba, con una bonita mochila que me había comprado exclusivamente para esto. El Retiro, que a pesar de no estar especialmente acondicionado para montar en bici, permitía pasear tranquilamente a cualquier persona de cualquier edad.

—Hay mil cosas para hacer en Madrid —me decía entusiasmado Adrián— bueno, quizás no tantas, pero muchísimas. Vamos a invitar un fin de semana que vengan Luis por ejemplo y si quieres, Eva o Pilar, o ambas si quieres.

—¿Estaremos un poco apretados no crees?

—Quizás así ayudemos a Luis a que se anime un poco si se arrima a alguna de las dos.

—Por favor Adrián, ya han tenido tiempo desde que nos conocemos todos si hubieran querido algo. Aunque es cierto que yo pensé, que él intentaría algo con Eva. Salen mucho a escuchar música.

—Sí, por esto te digo, y se han aficionado al vino, parece que entienden y todo. El vino tinto sobretodo —dijo sonriendo.

Y vino Luis un fin de semana, pero con Marta, una chica que le había presentado Eva en la última galería que fueron a ver. Con lo que definitivamente no había nada entre nuestros dos amigos.

—Hay mil cosas para hacer en Madrid —dijo Luis mientras subíamos al coche tras recogerlos del Ave.

Adrián y yo nos miramos divertidos, observando claramente de dónde había venido esa expresión.

—Y una de ellas que, si no os importa, podríamos hacer esta noche es comernos un bocata de calamares en la Plaza Mayor.

—Y si queréis tapeamos en el recién reformado Mercado de San Miguel. Mañana habíamos pensado llevaros al Prado. Me dijo Luis ayer que te encantaba y hacía muchos años que no habías vuelto, ¿no Marta?

—Sí, así es —dijo, dejando a relucir una preciosa sonrisa y unos blanquísimos dientes—. Fue por una visita al Museo del Prado por lo que estudié Bellas Artes y me hice galerista, aunque en nuestra ciudad es una profesión muy dura.

—La verdad es que es un negocio que debe ser arriesgado —comenté.

—Sí. No es una tarea sencilla: requiere de mucha dedicación para estudiar el mercado del arte, buscar el lugar ideal donde abrirla, encontrar empleados con habilidades para el arte y los negocios y, sobre todo, tener dinero para todo eso —dijo con un gesto muy divertido.

—¿Qué tipo de galería tienes?

—La mía es de arte contemporáneo y suelo exponer muestras, tanto individuales como colectivas. Las muestras suelen durar quince o treinta días, según la importancia del artista o los trabajos a exhibir.

—Y no se puede quejar —le interrumpió enamorado Luis— porque suele tener muchos visitantes y compradores. Es muy buena Marta.

Y entre paseos, cañas y tapas, y cuadros de Goya y Velázquez que eran los favoritos de Marta pasaron los cuatro días que Luis y ella

estuvieron en casa. Y de nuevo lunes, y de nuevo la rutina semanal de trabajo, hogar y pareja.

Estaba feliz, me sentía muy equilibrada con mi vida. Cuando era adolescente muchas veces tenía la sensación de que la vida estaba por comenzar, siempre andaba esperando algo que diera el pistoletazo de salida, cuando fuese mayor de edad, cuando empezase la facultad, cuando encontrase trabajo, nunca tuve ningún problema pero era como si estuviese esperando para comenzar a vivir de verdad. Entonces la vida comenzaría. Finalmente me di cuenta de que ya estaba viviendo, porque ya estaba viva. La vida era aquello que ya estaba sucediendo. Esta perspectiva me ayudó a ver cuando aún era una adolescente que no hay camino a la felicidad. La felicidad es el camino. Así que, me encontraba atesorando cada momento que tenía. Y ahora lo valoraba aún más porque lo compartía con alguien especial, lo suficientemente especial como para invertir mi tiempo, mi vida con él.

No son las circunstancias lo que pueden hacernos felices o infelices. La felicidad es de cada quien. Te pertenece. Está en ti conectarte con ese estado de ser. Es derecho y obligación a la vez de cada uno buscar y encontrar su felicidad. Y yo me encontraba tremendamente feliz. Quizás Adrián no era lo suficientemente cariñoso o detallista como a mí me gustase, quizás no bañaba nuestro día a día de la magia que yo esperaba en la vida de pareja, a veces era demasiado práctico, pero nos queríamos, y era leal y divertido.

Inés se fue a Lyon. Solicitó una beca para unas prácticas en su facultad y se fue dos meses durante el verano. Se alojó con una familia cuidadosamente seleccionada por la empresa que concedía la beca, una opción ideal para quienes buscan una experiencia de aprendizaje total en la lengua francesa ya que le permitía descubrir la cultura y el ritmo de vida "a la francesa", y da lugar a avanzar más rápidamente en los conocimientos del idioma. Marchó sin saber exactamente cuál sería el trabajo que realizaría pero la organización la colocaría después de unas entrevistas en un puesto lo más adecuado posible a su perfil, en función de su formación,

experiencia e intereses. Ella estaba muy feliz. Hablábamos a menudo. Y en cuanto terminase sus dos meses de prácticas vendría un par de semanas a casa. Mi corazón iba atesorando muchos y grandes afectos de las personas que iban pasando por mi vida. Unas pasaban y marchaban y muchas otras se quedaban al menos un poquito. No todos obviamente permanecerían siempre a mi lado, exceptuando mi marido si permaneciéramos siempre juntos, mis padres y mis hijos si en un futuro llegaban, ya que ni nos habíamos planteado el tema. Los amigos van y vienen no porque no seamos importantes mutuamente sino porque quizás en algún momento ellos o yo podamos elegir un camino diferente, distintos intereses y porque la vida nos aleje, pero sentía en lo más profundo de mí que Inés estaría siempre en mi vida. ¡Era mi hermana! Desde que nació, desde que le vi su cara sonrosada fue muy grande el amor hacia ella, ya que yo la deseaba con todo mi corazón. Nunca eché de menos un hermano, pero lejos de sentir celos o rechazo cuando ella llegó a casa, a partir de entonces fue una fiesta, su sonrisa, su pelo castaño, sus vivaces ojos iluminaban las habitaciones de donde estuviera. Inés siempre estaba, y así lo sentía yo, y creo que ella sabía que era recíproco. Más allá de las diferencias que pudiésemos tener, de las eventuales distancias, de los 6 años que nos separaban, su presencia era miel, era dulce y azúcar para mí, bálsamo en mis dudas, en mis melancolías, y era risa y apoyo, y más risa de color violeta por su sentido del humor inteligente y mordaz.

Cuando bajábamos a nuestra ciudad, solíamos quedarnos en casa de mis padres casi siempre, aunque alternábamos y también nos quedábamos en casa de los padres de Adrián. En casa de mis padres teníamos habitación propia y nos sabía muy mal que cuando íbamos a casa de Adrián su hermano dormía en el sofá. Nuria, su madre, nos recibía siempre con un variado menú de pasteles y dulces, o al menos los ingredientes para hacerlos y pasar la mañana o la tarde cocinando juntas, sabiendo que a mi sin entusiasmarme demasiado los dulces me encantaban los suyos, dulces y salados, y pensaba que era una buena y bonita forma de pasar un rato juntas..

Nuestra relación era muy buena, más estrecha que la normal entre suegra y nuera, ya que quizás suplía conmigo conversaciones e intimidades que le gustarían haber compartido con una hija propia.

Era sábado y amaneció lluvioso. Adrián y Luis habían quedado para salir en bicicleta, aprovechando esa mañana para ayudar a Nuria, esa vez, para hacer cookies de plátano y chocolate. Se habían ido muy temprano. Por la tarde había quedado con mi madre para ayudarle en el almacén de la tienda y merendar con ella y Julia.

—Pelamos los plátanos y hacemos un pure —me iba indicando Nuria—. Tienes que ponerle unas gotas de limón para que no se pongan negros.

—¿Qué bol cojo para batir la mantequilla y el azúcar?

—Ese mismo color naranja. Cuando lo hayas batido incorpora los huevos uno a uno sin dejar de batir.

—Cocinar me recuerda a cuando tejo, o también cuando ayudo a mi madre a hacer los adornos florales. Hay que poner amor, ¿verdad Nuria?

—A todo en la vida hay que poner amor para que salga rico y bonito. Todo con amor es más auténtico además. Amor y paciencia.

Y sonó el teléfono.

Habían tenido un accidente con las bicicletas.

—No sé qué pudo pasar. Nunca sentimos una advertencia, ninguna señal de algo extraño, de ningún peligro. No oímos ningún ruido de coche porque de repente estaba ya encima nuestra. Yo podría haberme dado cuenta que iba un poco más atrás, haberlo oído, y tal vez esto no hubiese pasado, pero oímos al coche que ya estaba encima nuestro —nos contó Adrián muy aturdido y con la cara destrozada—. Luis salió volando, quedé impactado, no podía creer lo que había pasado, estaba tirado en el suelo. El golpe que se dio

fue tremendo contra el suelo. No me dió tiempo a ver si a él tampoco lo atropelló.

—Pero qué ha pasado Adrián, ¿cómo ha pasado? —le lloraba su madre.

—Como siempre, como otras veces, subíamos por la carretera de la Ermita. Íbamos uno tras el otro, porque es complicado en esos tramos ir juntos ni hablar. En ese mismo momento y por el mismo sitio, venía subiendo rápido un coche, Mazda creo, blanco. Debido a que mis zapatos de ciclismo estaban enganchados a los pedales, el impacto recibido por la bicicleta me catapultó varios metros hacia arriba, con tan buena suerte que el coche pasó por debajo y no me atropelló directamente. También le dió a Luis, pero él no se movía, no hablaba. Yo le gritaba y me arrastré un poco hasta él pero no llegaba. Pero un señor que pasaba en moto había visto el accidente y paró y llamó a la guardia civil.

Y así fue y así había sido. Un mazda color blanco conducido por un señor que iba borracho e iba huyendo de la policía por haber chocado con una furgoneta unos minutos antes atropelló la bicicleta de Adrián, sin pasarle por encima. Cayó pesadamente sobre su hombro derecho y se hizo varias heridas en la cabeza y se destrozó el hombro al caer sobre una cerca de alambres de puas que delimitaba zona de reses, toros y vacas, tenía la cara destrozada, y también atropelló a la de Luis, pero teniendo menos suerte él porque lo atropelló también a él. Y estaba muy grave.

Como decía Kundera, y me deleitaba recreándome en ese pensamiento a menudo, La vida humana sólo acontece una vez, sólo la vivimos en el estreno de la obra, no hay ensayos para cambiar qué nos gusta y quitar lo que sale mal. Por eso nunca podremos averiguar cuáles de nuestras decisiones fueron correctas y cuáles fueron incorrectas. Vivimos, y podemos decidir los hechos una vez, no tenemos oportunidades de la misma elección o decisión una segunda vez, y una tercera, o incluso una cuarta vida para



poder comparar y finalmente elegir lo que más nos convenga y nos guste.

Esa mañana amaneció lluviosa, y aunque habían quedado la noche anterior, siempre se llamaban los días así malos para confirmar. Luis estaba indeciso, las carreteras así son más peligrosas, pero Adrián le insistió, “otro fin de semana más perdido sin entreno, tío” —le dijo— “anda y colócate el chubasquero si quieres, pero salgamos, ¿vale?”

Luis murió el domingo.

Esta es la noticia que nunca deseamos escuchar en las horas en que sabiendo que estaba tan grave, no esperábamos ni queríamos oír pronunciar de nadie. La vida de nuestro amigo se había apagado. El mundo se movía debajo de mis pies, se me desgarró el alma. Por Luis, por mí y sobretodo por Adrián, que se encontraba muy débil, esperando que lo operasen del hombro y se sentía anímicamente hundido por un sentimiento de culpabilidad. Me daba miedo y pena pensar cómo reaccionaría. Y preferí que no lo supiera hasta que lo hubieran operado.

Temprano al día siguiente levantaron a Adrián y lo prepararon para operarle. Tenía prohibido comer desde las 2am de la noche anterior. Poco más tarde llegaron sus padres también y yo aproveché para arreglar todas las cuestiones administrativas con el hospital. Momentos más tarde llegaron por él y en un instante le llevaban rumbo a la sala de operaciones.

Después de un cambio de camilla al fin entró al área esterilizada donde se llevaría a cabo la operación. Allí estaba el anesthesiólogo quien le prepararía para la operación y le explicaba brevemente el procedimiento. Le conectaron a una de esas máquinas donde pueden monitorear tus latidos de corazón. Le pusieron la anestesia mientras el doctor le explicaba que se empezaría a sentir un poco mareado. Y como tal, en unos segundos todo le comenzaba a dar vueltas.

En principio nos habían dicho que la operación tardaría unas dos horas. Pero cuando habían transcurrido ya casi cuatro todos estábamos con toda razón preocupados y ninguna de las enfermeras nos podía dar noticia de lo que estaba ocurriendo. Hasta que al fin nos pudieron decir que la operación había salido bien, y que sólo esperaban a que despertara de la anestesia.

La muerte pone al ser humano en contacto con su propia fragilidad interior con nuestros más oscuros pensamientos y miedos. Pero además, superar la muerte de un ser querido es un proceso lento que requiere fuerza de voluntad, querer hacerlo, esfuerzo y cariño para los que rodeamos junto al que sufre esa pérdida. En definitiva, la muerte de un ser querido requiere de un proceso de duelo, un proceso que implica un tiempo de adaptación a la ausencia de dicha persona. No es fácil decir adiós a un amigo puesto que la rutina que hacíamos con él y nuestro interior se percibe vacía y diferente cuando un ser querido importante y especial se marcha para siempre. Además, este proceso de duelo también puede adquirir matices diferentes en función de cómo se produjo dicha muerte. Y eso fue lo terrible, aparte de lo terrible del accidente y de haber perdido a Luis, que Adrián sentía muy hondo una culpabilidad que no era tal, ya que hay cosas que escapan de nuestras manos y es el destino quien juega el papel en nuestras vidas. Adrián se sentía culpable por seguir viviendo. Yo trataba de hacerle entender cada día que lo mejor que podía hacer por él era aprovechar esta segunda oportunidad que le brindaba la vida y vivir el presente que él no estaba pudiendo tener. Pensaba que quizás se encontraba en un momento en que necesitaba encontrar un nuevo motivo para vivir, es decir, una nueva motivación que le hiciese de bálsamo en esos momentos.

Nos trasladamos a Madrid donde él empezó la rehabilitación mientras yo continuaba en mi trabajo. Su madre se mudó con nosotros a nuestro pequeño apartamento y pasaba algunas temporadas cortas lo cuál me sirvió de mucha gran ayuda. Adrián se

volvió taciturno y se pasaba el día desde después de comer en el salón mirando a través de las cortinas que daban a un patio donde los niños jugaban después del colegio. Comenzó a perder peso, porque había perdido también el interés en la comida. Y yo a pesar de ser una persona paciente y comprensiva, aquella situación a veces me superaba, porque a pesar de entender la gravedad de la situación y de entender los demonios que debían estar habitando el interior de mi marido, me costaba entender que se estuviera abandonando a todo aquello y no fuese capaz de reencontrar en su interior su capacidad de lucha y su capacidad de no dejarse hundir totalmente por aquello. Llamaba algunas tardes a los padres de Luis, lo cuál yo le reprochaba, ya que no creía que hiciera bien ni para él ni para esas personas, ya que la pérdida de un hijo creo que debe ser lo más desesperanzador y terrible que pudiera pasar a una persona. Así se lo señalaba también Nuria, su madre. Ella como madre entendía perfectamente y podía ponerse en la situación de esas personas. Sabía y pensaba que aunque no les desearan ningún mal a Adrián, sabía que en el fondo estarían terriblemente enfadados con el destino por no haber sido él el que hubiera muerto en lugar de Luis. Nos dijeron que su madre andaba totalmente ausente, medicada y su marido lidiaba con la pena de haber perdido a su hijo y la tristeza y la soledad de tener a su mujer en ese estado continuamente.

Adrián no avanzaba, no ponía interés en la rehabilitación y la recuperación estaba siendo dificultosa. Y no quería ayuda a través de tratamiento psicológico. Inés terminó sus prácticas en Francia y vino un par de semanas a casa, y fue una gran brisa, un gran golpe de aire fresco en medio de tanto ahogo. No hacíamos nada especial esos días, pero su sentido del humor, y su apoyo y simplemente su compañía endulzaba un poco mi angustiosa rutina y creo que hasta los silencios de Adrián, que aunque rara vez participaba en nuestras conversaciones, alguna vez lo veía que prestaba atención a las bromas de Inés. Hasta un sorprendente día pasados cuatro oscuros meses en que el mismo la pidió. Y todo fue mejorando poco a poco, y todos empezamos a ver un poquito de luz y tener un poquito de respiro. Mi vida esos meses se habían limitado a ir a trabajar, sin ánimo ni ganas, aunque encontraba en ese espacio de tiempo en

que pasaba entre los sistemas y los programas un paréntesis en que mi mente olvidaba un poco la situación de casa. Me hundía con los ojos perdidos en el horizonte de Adrián, y ese total desinterés cuando le hablaba o le preguntaba o por darle un poco de fe e ilusión le hablaba de planes para cuando estuviese recuperado. Y del trabajo, volvía a casa, y me ocupaba por dar un ambiente de normalidad y tranquilidad a todo, a nuestra relación, a sus visitas médicas y poco más, porque rechazaba cualquier contacto con la calle o con cualquiera de nuestros amigos.

Pero semanas después, el tratamiento con el psicólogo empezó a hacerle reaccionar y tomarse con más interés las sesiones de rehabilitación y empezar a tener ganas por fin de salir de esa cueva de tristeza y culpabilidad que había convertido en su hogar y en él mismo.

Llegó el invierno de nuevo. Y Adrián se incorporó a su trabajo. Intenté crear unas rutinas nuevas en nuestros fines de semana. Y en el día a día general. Pensé que colocar rutinas nuevas sobre las antiguas le darían alivio y haría olvidar un poco su antiguo presente. Pensaba que le daría sentido tener un horizonte lleno de novedades y de futuro más allá de tanto dolor pasado. Le convencí para que se apuntara a un gimnasio que tenía cerca del trabajo, él que nunca había sido amigo del ejercicio entre cuatro paredes, pero él también pensó que necesitaba ponerse en forma después de tantos meses abandonado, en los que había perdido totalmente el tono de sus músculos. Y decretamos los “miércoles de cine” en casa, comenzando por el cine de autor, y por el francés, que a mí tanto me gustaba. Eric Rohmer y “Pauline en la Playa” fue la encargada de abrir nuestro casero ciclo. Me encantaba. Hay algo del verano, de la tristeza del verano, en esta película, algo de la nostalgia por el cinismo a la hora de vivir el romanticismo de unos y la candidez de otros, por la ingenuidad perdida, por nuestra manía de engañarnos, de aburrirnos unos de otros, por obsesionarnos con alguien que no podemos tener, por poseernos en lugar de disfrutarlos. Un fresco de las relaciones humanas. La espontaneidad y sensación de cercanía, que molesta a tantos críticos de Rohmer, yo pensaba que era su mayor encanto. Y sobre todo el gusto por las palabras, por

los diálogos. Llevábamos mucho tiempo sin bajar a nuestra ciudad. Durante la convalecencia de Adrián ni se me ocurrió sugerirlo, aunque ciertamente seguro que para su ánimo hubiera venido muy bien, pero sabía que se negaría. El primer fin de semana que bajamos teníamos preparada totalmente a escondidas una preciosa fiesta cena sorpresa, entre los amigos y la familia. Cerca de 40 personas en total. Me sorprendió ver entre los asistentes a Marta, la amiga de Luis que estuvo en casa aquel fin de semana en Madrid. Fue acompañada de Eva, pero no tenía relación al fin y al cabo de amistad con nosotros como para acompañarnos en aquel momento que yo consideraba íntimo. Aunque la chica estuvo tan encantadora aquellos días que compartimos los cuatro su luz no brillaba igual. Su presencia removi6 en mí muchos sentimientos evocados de los recuerdos de aquellos días del puente.

—¿Qué tal Marta? Me alegro mucho de verte de nuevo, a pesar de lo que han cambiado las circunstancias desde la vez que nos conocimos.

—Sí, es cierto —contestó ella, con un cierto aire triste en su cara—. He estado muchas veces a punto de llamarte para preguntar cómo estabais, pero yo también me he encontrado mal estos meses, muy afectada, y la falta de confianza me hacía dudar y no quería molestaros. Han sido momentos muy duros para todos. Luis y yo empezábamos a tener planes de futuro. El trabajo ha sido mi terapia. Me volqué totalmente en la galería

—Ya imagino. Lo siento mucho. Cómo va la galería? Me encantaría pasar a verla

Su luz no brillaba igual porque parece que había algo serio entre Luis y ella, se entendían y se querían, y estaban haciendo planes de futuro los dos, viajar, quizás irse a vivir juntos. Adrián se entristeció mucho cuando le comenté esto, ya que sintió furia de que se le apagasen las ilusiones y los planes a su amigo en un momento en que parecía remontar y poner letra a las páginas en blanco que parecía que estaba siendo su vida en los últimos meses.

Vino a Madrid cuatro días, para unas negociaciones con unas galerías.

—Lo cierto es que hay una falta de conexión entre el arte actual y el público general, que tal vez se deba a una falta de compromiso político y social. Con “político” no me refiero a partidos, parlamentos, etc, sino a lo que al público le gusta. Cada artista es libre de plantear en sus trabajos los temas que crea más convenientes, pero, en mi opinión, no tiene mucho sentido hablar de algo que no interesa a casi nadie o esforzarse por reflexionar sobre asuntos que no tienen ningún alcance.

—Supongo que tanto las galerías de arte como los museos tienen sus propios intereses, comerciales en el primer caso e institucionales en el segundo, que en la mayoría de los casos no coinciden con los propósitos artísticos del autor, ¿no? — exponía yo— Yo no entiendo mucho del negocio, sólo admiro la belleza del arte en sí, lo que me puede emocionar un cuadro, que quizás no es un cuadro destacado o importante, pero esconde unas sombras o unas luces o unos trazos que a mí me parecen maravilloso. ¿Cuál crees tú que es la solución?

—Tal vez la opción puede estar en cambiar radicalmente de escenario y buscar otra manera de que los artistas puedan realizar sus propuestas sin tener que ampararse en estos espacios ni depender de su apoyo. No lo sé, pero creo que es necesario buscar alternativas porque estas fórmulas parecen estar gastadas para muchos de los artistas y no les funcionan bien.

Habíamos quedado para cenar su última noche los 3 juntos. Y Adrián llegó con mucho retraso. Había quedado para jugar un partido de tenis con unos compañeros y habiendo olvidado nuestra cena, se paró a tomarse algo.

No me lo tomé a mal, pero aquello fue el principio de una serie de retrasos en los que fue anteponiendo a sus amigos o compañeros, o el tenis o unas copas en el bar al tiempo libre que podíamos ir compartiendo.

No me daba cuenta de lo que iba pasando, ni creo que él tampoco lo fuese haciendo con ninguna intención, ni iba ocurriendo nada que tuviese que llamar la atención o ponerme en alerta.

Me apunté a bailes de salón. Los jueves, de 21.30 a 23h. Lo habíamos hablado alguna vez, sería divertido ya que a ambos nos gustaba bailar, relacionarnos, y teníamos libertad de tiempo libre al no tener hijos. Adrián vino conmigo a las dos primeras clases. La siguiente clase le coincidió con una cena que organizaron y no le dió importancia a las clases como para decir de cambiar la fecha de la cena. La siguiente clase, tenía mal cuerpo y no le apetecía venir y luego simplemente decía que prefería quedarse en casa. Una pareja puede empezar a distanciarse de una manera sutil, poco a poco, casi sin darse cuenta.

Quedábamos algunas veces con compañeras mías de trabajo y sus parejas, para cenar o ir a tomar algo y esas citas se iban espaciando porque él no tenía ganas, mientras él que nunca solía pararse al salir del trabajo, cada vez lo hacía más a menudo. Empezamos a discutir, sutilmente, de vez en cuando, pero empezamos a quejarnos, a reclamarnos cosas, empecé a quejarme, y a reclamar cosas, porque era yo, porque para él parecía que todo seguía bien, como siempre, porque yo seguía con mis rutinas de siempre, no había cambiado nada. Mientras que él sí.

Llegó un día en que fui plenamente consciente de que nuestra relación ya no era como antes del accidente. Pasábamos menos tiempo juntos, hablábamos menos, compartíamos menos cosas.

Era Adrián quien se había distanciado de mí, cuando estábamos juntos todo estaba bien, pero cada vez sentía que a él no le interesaba pasar tanto tiempo conmigo. Ya no compartía conmigo cosas que antes compartía, no me mostraba tanto afecto como antes. Yo me sentía vacía, continuamente buscando señales de su afecto, reclamando su tiempo, y muy a menudo enfadados, o acaso era yo realmente la que estaba muy a menudo enfadada, y me sentía sola. No lográbamos ponernos de acuerdo en nada, el modo de gastar el dinero, cómo pasar el tiempo libre que teníamos juntos,

etc No encontrábamos una solución y cada uno intentábamos salirse con la nuestra, y nuestras discusiones frecuentes creaban una sensación de malestar que acaba distanciándonos aún más.

Quizás yo pude hacer lo mismo, reaccionar de igual forma, y que el distanciamiento acabase siendo mutuo. Pero no fue así. Yo me aferraba, porque cuando nos reconciliábamos y estábamos juntos parecía que no ocurría nada entre nosotros.

—¿Acaso no tengo derecho a pararme y tomarme algo con mis amigos?

—Claro que si Adrián, no me digas tonterías, pero antepones a tus amigos a nuestros planes juntos. ¿Y desde cuando te gusta salir tanto por la noche?

—No hago nada malo, lo que deberías hacer es acompañarme.

— Me conoces de sobra que no me gusta salir por la noche. A tí nunca te ha gustado la noche, ni estar tanto de bares. No entiendo tu cambio. ¿Qué te ocurre?

Pero no llegábamos a ningún acuerdo. O a veces me daba la razón se disculpaba y al cabo de una semana de tregua o dos, volvía a las andadas. Nunca comenté nada en casa de lo que nos estaba sucediendo. Pensaba que era una crisis circunstancial. Pero una de esas noches en que llegaba tarde y me avisó para decirme que no venía a cenar, discutimos. Era viernes. Me acosté. Me dolía la cabeza. Me dolía el estómago. Algo me despertó a las 2 de la mañana, quizás solo la sensación de intranquilidad, el inconsciente. Adrián no había llegado. No había llegado aún. Lo llamé al móvil muy enfadada, tremendamente enfadada y asombrada porque aquello ya me parecía una insolencia. Cortó la llamada. Lo llamé una segunda vez, y cuál fue mi sorpresa, que acrecentó mi enfado más aún, que apagó el móvil. Luego una tercera, una cuarta...sin sentido. Porque el móvil estaba apagado.

La palabra divorcio hizo aparición en mi vocabulario y en nuestras discusiones. Y fueron más de una vez las que hice mis maletas o las



de él, sin saber luego a dónde ir en realidad o a dónde pudiera ir él, porque en el fondo no quería hacerle daño y no quería que aquello fuese a más. No sabía que hacer para que de una vez se rompiera la dinámica que ambos habíamos cogido, pero sabía que no quería porque no podía continuar así.

Fueron pasando los días, las semanas, el tiempo. Y continuaba ese distanciamiento. Me sentía totalmente sola, y vacía, y miles de pensamientos cruzaban cada día mi mente. Me costaba concentrarme en el trabajo, y empecé a barajar cambiar a otra empresa, como quienes nos cortamos el pelo en período de crisis existenciales. No me lo podía creer pero empecé a acordarme de Antoine y de sus cartas, y de nuestra historia. Nuestro “lo que pudo haber sido y no fue” por no sé yo qué cosas. La edad de cuando todo ocurrió, quizás todo hubiera sido diferente si hubiésemos sido dos adultos y hubiéramos tenido nuestras vidas más centradas. La distancia, las diferencias culturales, qué sé yo... pero había sido todo tan especial como nos conocimos, cómo nuestra amistad se fue haciendo y como nacieron nuestros sentimientos. Una casualidad tras otra que había dado lugar a una preciosa historia de “amor”?

La casualidad, siempre llena de encantos. Si el amor debe ser inolvidable, las casualidades deben volar hacia él desde el primer momento. Y no era acaso esto lo que había ocurrido con Antoine??

Pero hacía tiempo que no sabía de él, que no nos escribíamos. Estaría haciendo una feliz vida con aquella chica, o quizás con otra, quizás fuese padre. Había estado tan absorta en mis cosas que no había pensado en escribirle este tiempo, quizás por apuro de dar el primer paso. Qué sé yo. Pero siempre que la cosa fue yendo mal con Adrián me acordaba de él, de las Pirámides del Louvre, de los dulcecillos, de ir apresurados bajo la lluvia corriendo para resguardarnos en algún portal... Paris.

Pero quería a Adrián, y quería que nuestra relación se arreglase. Aunque empecé a sentir que no había nada que satisficiera mis

necesidades de amor, afecto o intimidad y empecé a buscar otros modos de satisfacer esas necesidades supliéndolas con otros quehaceres que no necesitasen de nadie. Teníamos días buenos, días mejores, tranquilos, pero nuestros corazones estaban totalmente distanciados, convivíamos tranquilamente a veces, otras las discusiones eran continuas.

Empecé a salir más con mis amigos, y no hacer planes de pareja con ellos porque siempre acababa anulando la cita, ya que era imposible salir a cenar o tomar café cruzándonos acusaciones o ironías. A veces me quedaba a comer con alguna compañera de trabajo y continuaba el trabajo hasta tarde, así adelantaba y así mantenía la cabeza ocupada en cosas distintas. Y también le dedicaba más tiempo al deporte y a leer. Leer, adorable placer. Sumergirme entre páginas llenas de historias. Me dediqué a leer y leer mucho. Con la lectura pasa algo parecido a lo que nos ocurre con el amor, con los amigos entrañables y a lo que también sentimos con algunos lugares y recuerdos que nos acompañan a lo largo de toda la vida. Esos que van cambiando con nosotros, que se van transformando y adquiriendo nuevos significados, pero que permanecen. Porque la lectura estuvo siempre. Desde muy pequeña. Con aquellos primeros libros que guardaban historias que queríamos escuchar una y mil veces sin cansarnos de oírlas y de leerlas adivinando los misterios que escondían las letras, las imágenes, la modulación de la voz de mi madre, la mirada, los gestos, los silencios. Todo aquello era una ceremonia de emociones y de intensa comunicación; un encuentro con el placer, un placer sensitivo, humano, transformador que nos dibujaba sonrisas o gestos de miedo, tristeza, intriga, amor, enojo, impaciencia, desilusión. Siempre leía, cuentos de princesas, de amor, de chicas que montaban el periódico de su instituto, historias de un grupo de amigos que jugaban a detectives privados en su barrio, etc, etc. Me montaba mi propio mundo a través de los cuentos y libros que leía. Luego vino Kundera, Bret Easton Ellis, y su escandaloso American Psycho.

En este punto no sabía qué hacer, si acabar definitivamente con la relación o no, pero no tenía ganas de luchar mucho más por

salvarla, porque pensaba que no sabía si merecía la pena luchar por alguien que yo no sabía hasta qué punto me quería. No sentía que me amara lo suficiente. Otras veces pensaba que quizás mi pensamiento estaba muy lejos de la realidad y Adrián después del accidente y su depresión sólo estaba pasando una mala racha. Y sentía que si yo abandonaba el barco lo estaba hundiendo sin oportunidad ninguna.

Me puse a ojear ofertas de trabajo. Necesitaba un cambio en mí misma. Google estaba irrumpiendo fuerte y ofrecía bastantes puestos de trabajo en Madrid. Pedía fuertes requisitos de currículum, pero ni corta ni perezosa aposté por mí y por ello. Eché mi currículum y a esperar.

Mi hermana volvía a Francia, a París nada menos esta vez. Con un contrato de trabajo de un año. Y yo después de pasar varias noches sin dormir, dándole vueltas a la cabeza, con mi dilema, si/no, divorcio, continuo, pensé que a aquello había que romperlo de alguna forma. No el matrimonio, pero si la dinámica que había cogido. Adrián no iba a dar ningún paso, ni cumplía sus compromisos a los que accedía cuando nos reconciliábamos. Me llamaron de Google, había que pasar inicialmente un período de prácticas fuera de España con un aprendizaje, en París o Londres. Me pareció revelador. Sabía que al aceptar el cambio, y volver a unas prácticas iniciaba inferior y de menor salario, pero no me importaba. Iban a ser sólo tres meses. Necesitaba aquello, nos vendría genial y era una oportunidad de negocio también en una empresa que apretaba muy fuerte. Así que me despedí de Telefónica. Pensaba que tres meses separados él vería la seriedad y gravedad que tomaba el asunto. Lo decidida que yo estaba, y se haría replantear toda la situación. A la vuelta, o la relación mejoraba y asumía su compromiso o nos divorciábamos. También deberíamos replantearnos cómo se encontraban nuestros sentimientos después de dos meses sin vernos, con nuevas rutinas, y en mi caso, nuevos amigos y nuevas relaciones sociales. La noticia le sorprendió, pero en ningún momento me pidió que no marchase. Simplemente cuando volviese hablaríamos...

En un mes me iba a vivir tres meses a París. Qué sería de Antoine? Mi hermana lo nombró para que nos ayudase a buscar alojamiento para las dos en una buena zona, algo interesante. Sería mejor y más seguro si él nos pudiese aconsejar u orientar donde buscar o preguntar. Y le escribí un mail, primero de tanteo, para saludarlo y ver cómo le iban las cosas.

*“Querida María,*

*Hace tiempo que pienso en darte noticias pero, como no serían muy buenas, no tengo muchas ganas de escribirte. La verdad es que las cosas no van muy bien en mi vida en estos momentos y no tengo muchas ganas de contarlo. Espero que me entiendas. Las cosas se arreglarán seguramente y espero que al fin del año ya todo este mejor. Gracias por pensar en mí. Tengo vergüenza al no haberte escrito antes. Si puedes, dame noticias tuyas. Un gran beso”*

Ese mes estuve recibiendo clases de francés de conversación e intensivas, para mejorar la calidad de mi idioma y para dirigir el aprendizaje a temas más especializados y técnicos de mi trabajo. Haciendo compras de lo que creí necesitaría allí y analizando cada paso que Adrián daba, sin observar ningún cambio. Verdaderamente frustrante.

*“...María, para que sepas más o menos lo que me ocurre: me case este año con mi novia china, Shui. Creo que yo no lo quería mucho porque solíamos pasar periodos difíciles. Durante la preparación de la boda, las cosas no pasaron muy bien y ahora que la boda ha pasado las cosas no van bien tampoco... O sea que tengo la impresión de haber hecho una gran tontería... E influye, claro, sobre todo: mi trabajo, mi moral, mi cansancio... Pero estoy encantado y espero que esto no impida que aceptéis mi ayuda. Te mando un gran beso.”*

Parpadeé, respiré hondo, y volví a releer cada palabra de su mail. Y volví a pensar en casualidades, coincidencias y destino. ¿Destino? ¿Qué significaba para mí el destino?

Volver a convivir con Inés, y un cambio de aires a una ciudad como Paris fueron el bálsamo que necesitaba. Inés, mi hermana, alguien con quien las risas cómplices esconden códigos indescifrables para los extraños, la persona de quien mejor acepto la crítica, junto con mis padres, porque sé que sólo la impulsa su amor, mi opuesto y mi complemento. Tan diferente a mí y también mi alma gemela.

Antoine nos había puesto en contacto con una familia que alquilaba un apartamento en una buena zona. Estaba situado en la rue Sant Jacques, una calle larguísima, una de las más antiguas de Paris, a lo largo de la cual podemos encontrar la famosa Facultad de la Sorbona. Estábamos muy bien situadas, en la orilla izquierda del Sena. Mi hermana se encargó del contrato, la fianza y todos los términos burocráticos ya que era ella quien realmente dominaba el idioma. Antoine nos recibió en el aeropuerto y nos llevó hasta el lugar. El reencuentro después de tanto tiempo fue emotivo, cariñoso y... emotivo. Amistosamente hablando. Había mucho cariño entre nosotros. Entre los tres, porque se notaba ternura entre Inés y él. Se hacían gracia entre ellos dos compartiendo confidencias y frases en francés. Cuando se conocieron, Inés era casi una niña. Y ya era una mujer, independiente, y curiosamente era ella la que me llevaba hasta allí. Yo iba de su mano. Nos llevó hasta el apartamento y nos acompañó hasta la casa del señor propietario del mismo, donde firmamos los documentos. El apartamento era un precioso pequeño piso, pequeñito, pero precioso. Decorado con un bonito y sencillo estilo francés. Yo estaba encantadísima. Antoine bajó y pasado un ratito subió con unas bolsas llenas de fruta, diferentes quesos, foigras, galletas bretonas y un par de botellas de vino. Me pareció un detalle exquisito, yo que era tan amante del buen comer y me encantaba y disfrutaba probándolo todo.

—Bueno, aquí estáis —dijo de pie, frente a mí, comenzando lo que yo veía que era al inicio de un adiós, momentáneo, temporal, pero

un adiós. O un hasta luego. Mientras Inés, ojeaba los cajones y huecos de la cocina mirando qué podíamos necesitar.

—Sí, aquí estamos —dije yo tímidamente—. Muchísimas gracias por todo Antoine, de corazón. Sé que no estás pasando muy buen momento y lo que menos quiero y necesitas es complicarte la vida. Nos quiero que te sientas responsable de nosotras. Sabes nuestros teléfonos y correos y cuando quieras, nos avisas y hacemos algo si tienes y te apetece cualquier plan. Sin compromiso. Hay confianza.

—Lo sé. Hay confianza —me dijo, con una tierna sonrisa, y cara de cansado—. Te llamaré, estoy verdaderamente agobiado con mi situación.

Vi en su cara cariño, ninguna muestra de coqueteo, ni de nada interesado, sólo pura y sincera amistad. Tampoco era lo que yo buscaba de cualquier modo, pero no podía tener ese hormigueo en el estómago al mirarlo. Quizás sólo por lo que pudo ser y no fue o por lo que tuvimos y quizás para mí se acabó de una forma injusta, obligada por la distancia. Pero yo no había elegido Paris pensando en él, sino todo lo contrario. Mi sentimiento hacia Adrián era sincero, y quería que en estos meses se solucionase lo nuestro. No sé qué esperaba, sí que quizás fuese a buscarme allí a Paris, que me llamase diciendo que no podía vivir sin mí, o no sé qué otras tonterías podrían suceder según el guión que yo tenía montado en mi cabeza...

Pasamos el resto del día ordenando nuestro apartamentito. Desde luego la escasez de metros no era excusa para decorar con encanto. Nuestro nuevo hogar tenía 40mts, y estaba decorado con mucha funcionalidad. Había dos pequeños dormitorios separados de la zona de estar por una pared a media altura, dándole mucha luminosidad. La cocina y el baño estaba decorados en blanco y negro, mientras que el resto de la decoración le dijo el propietario a Inés cuando alabó el buen gusto de la persona que lo había decorado, la mayoría de lo que había procedía del Mercado de las Pulgas. Le habían dado un bonito estilo parisino muy femenino, que

nos encantaba a las dos. Lo que más nos gustaba sin duda era una composición que habían hecho con espejos en la pared del salón.

Al día siguiente yo ya estaba trabajando. Las oficinas de Google no me quedaban muy cerca, en Rue de Londres Tenía que coger el metro, aunque no me importaba porque era una buena oportunidad para estudiar el idioma por el camino, o de leer. Los primeros días estaba apuradísima. Los compañeros eran muy correctos y amables y me trataban estupendamente pero me apuraba de notarme falta de fluidez al hablar, no así para enterderles, pero si para desenvolverme. Aunque me hacía entender bien, y poco a poco esa sensación de inseguridad fue desapareciendo. Estaba impresionadísima y contentísima con aquel lugar. Era todo muy divertido, las oficinas llenas de color. Me explicaron que no hay dos oficinas Google iguales. Aquello estaba lleno de cubículos, salas de videojuegos, mesas de billar, varias cafeterías y “micrococinas” llenas de comida saludable, gratis, las clásicas pizarras en pared o portátiles para las sesiones improvisadas de lluvias de ideas. Y hasta tiendas de campaña gigantes que se usaban para reuniones. Me encantó.

Los días fueron transcurriendo tranquilos, salíamos a pasear Inés y yo, a descubrir rincones escondidos, plazas, callejitas, y lugares importantes. Algunos días cenábamos fuera y otros en casa. Me aficioné a la fruta. Me encantaba ver esos puestos en las calles hasta tan tarde, por todos lados, no importaba la zona, tan típicos, llenos de colores y manzanas con tanto brillo, las piñas, los plátanos. Y ambas nos aficionamos rápidamente a los quesos, hummmm, qué variedad de quesos, y qué ricos todos. Mi hermana trajo un día queso “abondance”, se lo trajo una compañera de su trabajo, Aline, compañera adorable para mí desde ese día... Queso francés, extraordinario.

—Se elabora en la Alta Saboya, muy cerca de la frontera con Suiza, región montañosa, con muchos pastos, ideal para la alimentación de

las vacas —me explicaba Inés mientras comíamos, que le había explicado su compañera de trabajo.

—Pues está delicioso, tiene un sabor riquísimo.

—Sí, tiene un aroma especial como a mantequilla, ¿verdad?

—Delicioso por favor. No sabía que me gustaba tanto el queso hasta que he venido aquí, jaja.

—Se lo he comentado a Aline un par de veces, creo que por eso me ha traído este, para que lo probásemos. Ella va el fin de semana a una cata de quesos franceses. Me ha dicho si queríamos acompañarle, pero esperé para hablar contigo.

—Uf, me da cosa, pero sí, si no nunca me acabaré de soltar. Debo hablar más francés también en mi tiempo libre. Dile que de acuerdo.

Así fue como conocí a Aline. Y así fuimos a “Les fromages de France, La Sélection des Crémiers”, donde nada más llegar colgaba de la tienda-restaurant donde lo hacían, un cartel que decía: *Hay tantos días del año como variedades de quesos en Francia*” Fue una velada divertida. Aline hablaba sin parar, y aunque a veces me costaba seguir su ritmo, en general me reí mucho. El local estaba llenísimo de gente, normal, decía Aline, cuando hacían presentación de quesos nuevos, o abrían tiendas gourmets como esa noche, especializadas en queso. Llegamos a casa, nos cambiamos, y me asomé por la ventana. Me gustaba mirar por la ventana un ratito a veces, ver los tejados de la ciudad, mirar el patio de vecinos al que daba mi dormitorio, ver las lucecitas de las ventanas de los vecinos. Pensar. Mirar la luna, o las estrellas si se veía algo según como estuviese la noche. Había un chico también asomado a una de las ventanas. Frente a mi ventana, pero en la planta de arriba. No veía muy bien, sólo su silueta. Estaba fumando. Y entre las sombras vi que me saludaba con la mano.

—Ça va-oi a lo lejos.

—Ça va —contesté, alzando también mi mano saludando. Y me entré para dentro. Y sin darle importancia se lo conté a Inés.



A los 5 minutos estaba alguien llamando a nuestra puerta. Me asusté. Era tarde. ¿Quién podría ser? no conocíamos a nadie, y nadie sabía dónde vivíamos, excepto Antoine.

—El vecino, el chico de arriba —dijo Inés.

—¿¿Qué dices?? Pero si no le he dicho nada, y no nos conoce. Pero si no han pasado más de 5 minutos. No abras.

—Abre María, que no para de llamar y sabe que hay gente.

Y abrí. Y era el chico de arriba, al que reconocí por la silueta de su pelo rizado y su voz, con otro chico más alto que él. Ambos sonriendo.

—¿Hola? —dije tímidamente—. Dime.

—Me has saludado —me dijo el chico

—Sí, tú me has dicho hola por la ventana, y yo te respondí —dije totalmente sorprendida, riéndome por dentro de lo inusual de la situación, porque no me lo podía creer. Y a pesar de ello me parecía muy divertido —¿Necesitais algo?

—Me llamo Fabio, y él es Ahmed. Tú eres...

—María, je m'appelle María, pero si te parece nos vemos otro día. Il est très tard. Y no nos conocemos. Es muy tarde —dije cerrandoles la puerta de casa.

Al llegar a casa del trabajo al día siguiente estaba ya Inés en casa y me enseñó una nota que habían dejado debajo de la puerta.

“Bienvenidas. Sería de vuestro agrado un café a las 18h arriba en el 3ºC? Siento si os asustamos ayer.”

Me pareció cortés y simpática la nota, pero así de pronto me dió un poco de reparo o vergüenza. Los chicos parecían algo menores que yo, y quizás un par de años mayores que Inés.

—¿Qué te parece? ¿Qué hacemos? —le dije a ella, también tenía opinión en aquello, y me parecía divertido, la verdad.

—Yo lo que tú digas, si te da vergüenza lo dejamos para otra vez.

—¿Otra vez?

—Sí —contestó riéndose—. Contestémosle con otra nota o esta misma debajo de su puerta también.

Y en la misma nota, que deslizamos debajo de su puerta, les contestamos que muy agradecidas, pero justamente hoy y mañana teníamos planes con unos compañeros de trabajo. Que otra vez sería.

Llevábamos allí 10 días y no había tenido noticias de Adrián. Habíamos quedado en no forzar las cosas. No llamarnos, a no ser que ocurriese algo que lo requiriese, o que nuestros sentimientos, añoranza o el corazón se nos hinchase de repente de amor o temor y necesitásemos confirmar algo con una llamada, quizás tranquilizar nuestra mente, o simplemente oír la voz del otro. Pensaba que quizás para mí sería más fácil porque la vida, el día a día que estaba llevando era todo totalmente novedoso, y tenía muchas distracciones, pero las noches, cuando me metía en la soledad de mi dormitorio, de mi cama, mis pensamientos eran todos para él. Quizás en un día ajetreado de trabajo y de planes, podría pasar casi el día sin pensar en él, pero en el misterio de la noche, todos los minutos y las horas hasta que quedaba dormida, y a veces hasta tarde de la preocupación, mis pensamientos eran para él. Y conforme veía que pasaban los días y no recibía nada, ni un sms, o llamada o postal o algo que me señalase algo sobre sus sentimientos, una extraña ansiedad me oprimía el estómago y el pecho temiendo lo peor. Pero al día siguiente amanecía en París, todo lleno de luz y esa luz me inundaba para pasar alegremente un nuevo día, cada día.

Al cabo de tres o cuatro días recibimos una nota de nuevo debajo de la puerta.

“Mañana es mi cumpleaños. Posiblemente es un buen momento para conocernos y tomar ese café.

Fabio”

Y esta vez sí fuimos.

Fabio era italiano, y tal como había pensado, era dos años mayor que Inés. Ahmed era marroquí, y era un año mayor que Fabio, y también mucho más tímido. “Habrá más gente en casa” detallaba la nota, nada menos que 3 chicos más y una chica. Me llenó una sensación de mucha vergüenza. Jules, Arnaud y Hassan y Cecile. Me invadió la vergüenza por la inseguridad del idioma, porque no conocíamos absolutamente a nadie y me encontré fuera de lugar. Pero afortunadamente ese sentimiento fue desapareciendo poco a poco ya que el ambiente era muy distendido y los chicos bastante espontáneos y naturales con nosotras dos. Tomamos café, pastas árabes, y pastel de chocolate.

Eran todos ingenieros, compañeros de facultad, los seis, aunque Jules y Arnaud aún no habían terminado la carrera. Y menos Arnaud y Jules, ninguno era de París. Fue una tarde, noche divertida, en la que hablamos en español con Fabio, que hablaba un divertido castellano mezclado con italiano. Y ellos no dejaban de contar cosas cómicas, anécdotas de trabajo o de estudios y no paraban de reír. A mí las bromas, al contrario que a Inés, me costaba entenderlas, y a veces se me quedaba una cara de boba que intentaba disimular.

Esa tarde fue el inicio de una bonita amistad. Fabio y Ahmed siempre nos incluyeron en sus planes, en sus excursiones, y en sus cenas en casa. Y nosotras dos los incluimos a ellos en nuestros corazones.

—Mañana por la noche voy al cine con Ahmed. ¿Te vienes?— me dijo Inés

—¿Al cine? ¿Yo? me quedo en casa mejor. No me apetece. ¿Vais solos?

—Sí, pero a la salida viene también Fabio con Yves, el conserje del edificio para que cenemos juntos.

—¿El conserje? es amigo vuestro? de Fabio?

—Sí, dijo divertida —dice que algunas veces sale con ellos. Es de Camerún, y aunque lleva aquí tiempo no suele salir con mucha

gente.

Yo prefería quedarme en casa. Cuando volvía del trabajo muchas tardes me iba a los Jardines de Luxemburgo a leer, allí tranquilamente, sola, admirando la belleza del entorno. Me estaba aficionando a leer historia francesa y estaba encantada de revivir y pensar y analizar esos acontecimientos desde un lugar tan cercano y privilegiado de París y de la historia de ese momento. Me había comprado y estaba entusiasmada con un libro de La Revolución francesa. Siempre he pensado que de elegir un momento histórico que me gustaría vivir en primera persona, sería ese. La construcción del palacio y los jardines de Luxemburgo tuvo lugar entre los años 1615 y 1617 cuando María de Médicis, la reina de Francia, cansada de la vida en el Louvre, decidió ordenar la construcción de un palacio a la italiana. Luego se fueron adquiriendo los terrenos más próximos al palacio para la ampliación de los jardines. Con el estallido de la Revolución Francesa el Palacio acabó convertido en una prisión, mientras que durante la Segunda Guerra Mundial fue utilizado como cuartel por los alemanes, que construyeron un bunker en el jardín. Y absorbida en la Historia y en aquellos preciosos jardines con su gran fuente, intentaba imaginar cómo sería la vida en Palacio, en la Corte y pensaba en María Antonieta, hasta que descubrí un poco decepcionada, que allí nunca vivió la famosa reina.

Sin noticias de Adrián otro día más.

Antoine me envió sms. Era martes. Me preguntaba si querríamos comer con él Inés y yo el jueves. Tenía ganas de enseñarnos el Restaurante de La Mezquita de París.

—¿En la Mezquita? —dijo Inés— aquí también hay mezquita? Estaría bien conocerla. Aunque donde vayamos con él estará bien.

Con lo que acepté la invitación. El lugar era precioso.

—La Mezquita se hizo para agradecer y honrar la ayuda recibida por los países del norte de África durante la 2ª Guerra Mundial. Es espectacular como edificio. Creo que os gustará— me explicaba Antoine mientras íbamos de camino.

Y así fue, era un edificio precioso. Con preciosos jardines y un patio, no era solo lugar de oración para los musulmanes, sino que también tenía un Hamman, y la tetería y el restaurante.

—En invierno se puede venir a los baños turcos. Shui y yo hemos venido alguna vez, cuando vinieron mis amigos de intercambio juvenil de Barcelona, por ejemplo. Me lo recomendaron, y disfrutar un te a la menta y el cuscús dulce como lo hacen aquí es una delicia si aprecias la cocina.

Y yo la apreciaba, y nos gustó mucho a las dos. Hablamos animadamente, nos reímos, nos pusimos más o menos al corriente sin entrar en detalle ni en problemas de nuestras vidas y de estos años en que apenas estuvimos en contacto, y en un momento en que Inés fue al servicio, y nos quedamos en un suave silencio le pregunté:

—¿Cómo está todo? estás bien?

—Está todo muy revuelto. No sé qué ocurrirá ni como saldremos. Pero estoy muy contento de que estéis aquí. Me alegra mucho poder verte.

Creo que me sonrojé y aparté la mirada de sus ojos.

Lo encontré cansado, como desanimado y como vi volver a Inés cambié de tema.

No fue hasta dos semanas después que volvió a enviarme un mensaje para quedar. Esta vez no vino Inés. Habíamos quedado para cenar en un Restaurante Libanés que habían abierto nuevo en los Campos Eliseos.

—Shui y yo tuvimos problemas casi desde el principio de la relación. Es una mujer muy temperamental con un carácter muy fuerte. Pero hay muchísima complicidad, mucho cariño, mucha historia, muchas cosas... pero quedan diferencias tan concretas que, me parece que no las superaremos nunca y esas cosas vienen mucho de cultura, de educación, de modo de vida durante la adolescencia y de los países tan diferentes de los que venimos. Vamos alternando momentos tranquilos en los que disfrutamos mucho con otros en los que nuestro pequeño piso se convierte en una auténtica batalla campal y yo eso no es lo que quiero para mi vida. Pero tampoco sé cómo solucionarlo. Pero no quiero aburrirte, ¿qué pasa contigo y con Adrián? estabais muy bien, se ve un hombre tranquilo.

—Sí, si nos iba muy bien, es que no me puedo explicar lo que ha ido pasando.

Y poco a poco fui explicándole cómo había ido todo cambiando desde el accidente y la muerte de Luis. Le conté de la depresión que pasó Adrián, la terapia y la recuperación, y su paulatino cambio. Como cada vez estaba más interesado en sus amigos o compañeros y en salir por la noche y en pasar tiempo en los bares o haciendo deporte sin incluirme a mí en sus planes.

—¿Crees que hay otra mujer? —me preguntó directamente.

—No, sinceramente que no. No voy a decir lo típico de si la hubiera me habría dado cuenta, pero, no hay muestras, ni Adrián ha sido nunca un hombre que se pierda por unas faldas. La infidelidad aunque no se vea, creo que se siente si es algo mantenido durante tiempo, si la pareja se estuviese rompiendo por otra persona. La cosa es que, si yo asimilase ese cambio, o me gustase o yo hubiera cambiado como él ha ido haciendo, en su misma dirección, posiblemente no estaríamos en esta encrucijada. Pero primero, es que yo siento que no conectamos, que estamos muy distantes emocionalmente, al menos por mi parte, porque el modo de vida que ha ido adquiriendo no tiene nada que ver conmigo, ni con el plan de vida que teníamos. Llega tarde muchos días, y encima me miente. Algunas veces me ha dicho que aún estaba trabajando y en realidad estaba tomando algo con sus amigos, e incluso ha faltado a dormir alguna noche a casa. Y bueno, discusiones y discusiones y yo no

soporto tantas discusiones tan continuamente, y mucho menos la mentira. Esto no entra en mi plan de lo que quiero para mí, no es mi idea de pareja además, es total inestabilidad de cara a un futuro con posibles hijos.

—¿Y qué quieres para tu vida?—me preguntó, y de nuevo noté que me sonrojaba y le aparté disimuladamente la mirada.

—Pues no sé —dije como para mí— armonía para empezar. Vivir tranquilamente con la otra persona, compartir cosas con ella, las cosas que tengamos en común. Una persona en quien confías y que te trasmite lo que siente por tí y tú también. No sé. Vivir algo bonito, no? una historia bonita con alguien que cuida de tí y te ama y al contrario. No sé.

—Una historia bonita —repitió mirándome.

—Sí, bonita.

Y así pasamos un buen rato hablando de nuestros matrimonios, y problemas y cómo no sabíamos cómo resolverlos.

—Tú al menos estás haciendo algo. Estás aquí, dando un tiempo, un margen, una separación temporal buscando cambios. Yo no me atrevo a hacer nada.

—Porque aún no ha llegado tu momento, o tu decisión de qué hacer, no tienes una estrategia.

—¿Qué haces este largo fin de semana?—me preguntó, trayéndome a la tierra desde los pensamientos en los que estaba sumergida.

—Ah, pues ni me había acordado. No sé, quizás vayamos a Montparnasse uno de los días a comer crêpes bretones. No tenemos nada.

Y así fue como el destino volvía a unirnos, en unas circunstancias tan parecidas que yo la anoté en mi mente como otra casualidad. Fantaseaba y me gustaba fantasear pensando que quizás todo eran señales de que al final del camino mi bonita historia estaría

interpretada con él como actor principal. Que finalmente nuestros destinos se volverían a unir, porque las estrellas nos habían ido cruzando en diferentes momentos de nuestras vidas, y que aún después de haber dado un paso tan importante como casarnos, no sé qué extraño suceso o motivo provocaba que ambos estuviéramos pasando verdaderas crisis matrimoniales a la vez, y aquí estábamos de nuevo. Juntos, años y risas y lágrimas después.

Si el amor debe ser inolvidable, las casualidades deben volar hacia él desde el primer momento

Llegué a casa y estaban Fabio, Ahmed e Inés viendo una película.

—El fin de semana nos vamos a Montpellier, hemos contado contigo. —Me dijo Fabio que se veía claramente que se caía de sueño.

—¿¿Cómo?? —le dije sorprendida

—Sí, jajaja, nos vamos a Montpellier, todos, en coche.

Y así sin más, llegó el fin de semana, que era puente, y como no tenía ningún plan, marché con ellos y con toda mi ilusión a Montpellier. A mí me gustaban las aventuras, y me gustaba ir viviendo las cosas según iban saliendo, me dejaba llevar. Me gustaba mucho la sensación que tenía casi desde que llegué de que la vida me iba sorprendiendo y me traía cosas emocionantes y yo estaba receptiva para aceptarlas y disfrutarlas. En ese momento cuando me lo dijeron no sabía bien ni donde colocar a Montpellier en el mapa, e ir en coche con quien nunca había visto conducir también me daba un poco de inseguridad por lo que pudiera ocurrir. Así como pensaba en las casualidades en positivo también me cruzaban por la cabeza las casualidades de que por manos del demonio por una tontería de fin de semana nos ocurriese algo en la carretera, pero el ver a Inés tan animosa y la confianza de que lo que tuviera que ocurrir en cualquier lugar nos iba a ocurrir me hizo decir que sí.



Arnaud, Jules, Hassan, Fabio, Ahmed, Riad, nosotras dos y Charles.

¡¡Cuánta vida parecía tener Montpellier!! “Chic” es la palabra que mejor describía a mi parecer a esta ciudad. Construcciones majestuosas con fachadas de preciosos acabados, bordeadas de cafés llenos de gente, hasta en las calles más pequeñas... Esto es Montpellier. Al menos así la conocí yo y ese es mi recuerdo. Sus grandes áreas verdes, como el parque de “l’Esplanade” o el “Jardin des Plantes” parecía que se encargaban de llamarnos a descansar en sus céspedes o bancos a cada paso. Disfrutamos totalmente sus jardines, sus plazas abarrotadas de gente, las terrazas en las calles... Pero, de repente, el reloj marcaba las 19h y todos los negocios cerraban y la ciudad se apagó poco a poco y casi totalmente, dejando una tímida iluminación de la ciudad. Disfrutamos de paseos viendo sus calles bastante anchas e interminables, de las que no ves nunca el final, y en las que el arquitecto que las diseñó se empeñó en plantar árboles gigantescos en medio de la acera y poner las farolas entre ellos, sin apenas dejar visibilidad por la noche. Paseamos por La Place de la Comédie donde está la Belle Opéra Comédie y la fuente de Les Trois Grâces. Y subiendo por una de sus calles en una calle paralela, una calle estrecha repleta de postales, ideales para enviar a quienes recordemos en ese justo momento familiares, que hemos pensado en él. Para mí, esa calle es Montpellier, claro que yo me emocionaba con cualquier cosa, pero de verdad que esa calle, esas imágenes y la música que se escucha de fondo en las tiendas son mi recuerdo de Montpellier ciudad, esas imágenes y esa música callejera que sonaba de fondo te transportaba a donde tú quieras y como quieras estar.

No conocíamos al resto de chicos, pero fueron momentos muy divertidos, muy entrañables, en los que éramos unos más de ellos, sin distinción de si chicos o chicas, más que en los detalles galantes de dejarnos pasar primero, o servirnos el vino por ejemplo. Eramos un grupo de amigos pasando unos días fuera, conociendo una ciudad, contándonos cosas, nosotras de España, ellos de sus respectivas ciudades, tomándonos el pelo y riéndonos y alejándonos, yo al menos, de aquello que nos quitaba el sueño por

la noche, o los que nos quitaba la sonrisa en algún momento durante el día.

En esa calle de las postales compré una y no pude evitar enviársela a Adrián. En unos días sería nuestro aniversario de novios, el día en que empezamos a salir. Llevaba días acordándome de la fecha. Y no sabía que hacer, si llamarlo, o esperar y ver si lo hacía él. Compré una postal y se la envié. Sólo con unas líneas.

*“Pienso en ti cada día. No sé cómo resolveremos nuestra situación, y aunque mi día a día aquí es tranquilo y estoy bien, quiero seguir compartiendo mi vida contigo.*

*Te quiero, María”*

El último día antes de marchar fuimos a la playa, la Playa de l’Espiguette cerca de Le Grau-du-Roi, un poco retirado de la ciudad de Montpellier, una enorme playa de arena desierta, muy cerca del Parque Nacional Camargue. Pero mereció la pena, por sus dunas y la cantidad de espacio que ofrecía, y por el hecho de que los únicos edificios en la zona eran los faros. Estábamos muy poca gente. Ahmed no podía bañarse, tenía una enfermedad rara en la piel que no era bueno que le diese el sol fuerte directamente en el cuerpo. Cuando Fabio se quedó en bañador todos nos reímos a carcajada a la vez. No podía estar más blanco, parecía que su piel desprendía reflejo de claridad. Se sonrojó, parecía un niño de pelo rizado, preciosos ojos verdes y una pícara sonrisa, y se sonrojó.

Después de comer me alejé un poco del grupo.

“Quiero estar un poquito relajada tumbada en la toalla”—le dije a Inés.

Me senté muy cerca de la orilla, contemplando el horizonte, que se me antojaba azul petróleo, azul eléctrico, y me perdí en la plata de las rizadas olas del mar, de un mar que me susurraba que mi vida estaba llena de posibilidades y senderos verdes, y que aún había mucho tiempo para ser feliz. Lo quería creer. Lo creía.

Mi playa no era de arena dorada fina, la playa de mi corazón en aquellos momentos era de cantos rodados, piedras rugosas, y conchas partidas en mil trozos, siempre fue así y me parecía bien. Tumbada sobre esos cantos notaba cómo mi corazón se iba relajando poco a poco hasta latir a un ritmo acompasado y tranquilo. Y así me tumbé y me dormí.

El día de nuestro aniversario Adrián me llamó. Conversación normal, corta, me contó que las cosas estaban tranquilas, el trabajo continuaba bien. No sentí en sus palabras ni un ápice de sentimiento, aunque lo cierto, y siempre me quejaba de eso, es que era bastante parco a la hora de expresar explícitamente sus sentimientos, era más bien de demostrar con sentido del humor. Pero creo que las circunstancias, el día, y el momento requería algo más que una llamada de cortesía aunque fuese sincera.

En la calle donde vivíamos, en Sant Jacques, había una tienda que me tenía enamorada “La Sensitive” Cada vez que pasaba me quedaba embobada en su escaparate. Había cosas deliciosas, deliciosas era la palabra. Ropa japonesa, detalles y complementos japoneses , piezas muy originales, de mucho estilo y comodidad, y telas escogidas cuidadosamente de manera que eran verdaderamente agradables al tacto y se dejaban caer sobre el cuerpo con gran delicadeza mostrando una preciosa figura femenina. Esa tarde, después de sentirme tan triste, o decepcionada o simplemente vacía o confundida, después de haber hablado con Adrián me dije que era mi tarde, y me fui a la tienda. Después de pasar mis dedos por sus foulares, de acariciar los guantes de cashemere, y probarme un par de preciosos collares hice varias compras para mí y para Inés. Subí al apartamento de Fabio y le dije que esa noche haríamos una cena típica en casa, con varios platos variados españoles, que estaban invitados él y Ahmed y si quería que bajara a ver si estaba Yves y lo invitase también o que lo llamase.

“Traed vosotros vino” —le dije.

Hice tortilla de patatas, ensaladilla y un poco de picoteo. Quedaron encantados. Y bebimos mucho, o bebí... Fabio, Ahmed y yo bebimos mucho, la botella del vino que trajeron, un Cabernet Franc, y las cervezas que yo tenía en el frigo. Y estuvimos hablando un poco de todo un poco. Yves aunque era ya un poco mayor, camino de los 50 estaba muy ilusionado con unos cursos que había solicitado, uno de electrónica y otro de idiomas. Le daba igual uno que otro. Fabio tenía previsto hacer un mes de vacaciones con unos amigos en Calabria. Tenía una amiga de la infancia que sus padres tenían casa allí y lo había invitado a él y a unos cuantos amigos más. Estaba emocionadísimo. Fabio era muy independiente, tenía muchísimos amigos, y entraba y salía con unos u otros en función del mejor plan que se le presentaba. La verdad es que me sorprendió y me despistó aquella escena en que, casi segundos después de saludarnos por la ventana aquella primera noche, ambos bajaron a llamar a nuestra puerta, ya que pensé, durante ese momento y los días posteriores que quizás fuesen unos oportunistas ligones. La verdad es que desde primera hora descubrimos que no estaban interesados en nosotras simplemente por ser mujeres, ni que tuvieran ningún interés más allá de lo amistoso que nos demostraban. Ahmed sí parecía más emocional. Lo observaba descuidado muchas veces mirando de reojo a Inés, y quitando la mirada sonrojado disimulando, pero nunca tampoco dijo ni hizo nada que comprometiese esa amistad que se estaba haciendo.

Yves nos invitó la semana siguiente a cenar en su casa pollo al estilo picante de Camerún.

“Mi casa es pequeña, y tendré que reorganizarla para que podamos comer todos juntos, pero bien merecerá la pena. Estoy disfrutando mucho con vosotros. Hacía tiempo que no tenía este sentimiento de hermandad con nadie”—nos dijo al irse. Y me dió sentimiento porque vi en sus ojos y en el tono de sus palabras que eran sinceras.

Esa noche tuve un mal sueño. Llevaba algunas noches teniendo unos sueños extraños, que quizás querían decirme algo. Soñaba y soñaba que volaba, en el tumulto de un gran viento feroz, agarrada

a blancas nubes volaba hacia Praga. Desde cuándo las nubes o una tormenta de viento se consideran medio de transporte? y no se me ha perdido nada en Praga, a no ser que estuviera interesada en encontrar a Kundera, con Teresa y Tomás. Pero ese era el sueño y yo volaba en mis nubes, con el pelo loco ondeando al viento... feroz... brutal. Y despertaba totalmente angustiada, como si no pudiera salir de esa maraña del sueño, y mi propio pelo se hubiera convertido en una trampa que me enredaba las piernas y brazos.

Amanecí con resaca, un zumbido casi imperceptible pero molesto en los oídos y la sensación de que a las piernas les costaba llevarme al lugar al que quería ir. Abri la nevera tras coger un paquete de galletas de la despensa las atacué una a una mirando por la ventana mientras se hacía mi café. Cómo me gustaba el olor a café, me pareció siempre tan cálido y hogareño ese olor... Olor a otoño.

El día fue trascurriendo con total normalidad y tranquilidad en el trabajo.

En casa de nuestros padres todo iba también como siempre. Andaban muy preocupados por mí, decían que encontraban mi voz triste, aunque yo siempre les bromeaba diciendo que me encontraba allí tan bien y tan cómoda que pensaba definitivamente instalarme allí para siempre.

—¿Qué vais a hacer? ya queda como un mes para que vuelvas a España. ¿Cómo estáis tú y Adrián? —me decía mi madre por teléfono.

—No sé mamá, sólo hemos hablado una vez desde que estoy aquí. Supongo que hasta que no vuelva a casa y veamos los dos cómo nos sentimos y cómo vamos reaccionando no podremos tomar ninguna decisión.

—Tu padre está muy preocupado. Yo también hija, pero sabes que te apoyamos en cualquier decisión que tomes.

—Ya lo sé mamá. ¿Qué tal Julia?

—A Julia la operan de la cadera el mes que viene por fin. Le implantan una prótesis. Está muy venida abajo por los dolores que ha ido pasando. A ver si una vez operada se recupera y recobra también su alegría. Pero no deja de preguntar por vosotras constantemente.

Me encantaban las tormentas de agosto. Me encantaban. Colgué y me puse con el ordenador a enviar unos mails del trabajo, y se empezó a desatar una tormenta al otro lado de mi ventana abierta. Me senté en el borde y dejé que la suave brisa que estaba apretando acariciase mi rostro. Me quedé allí parada unos segundos, segundos en que asomé mi cara y las gotas salpicaban mi mejilla, mis ojos, fueron unos segundos, quizás un par de minutos, con los ojos cerrados, disfrutando del momento, de paz... Y continué trabajando. El sonido de los truenos acompañaba al de las teclas del ordenador y el olor fabuloso de la lluvia lo impregnaba todo. Relámpagos, de momento no había ninguno. El mes de agosto siempre me había parecido especial, días largos hasta que se cansan y se apagan despacio, calor, brisa alegre y esa sensación de que lo mejor está por venir, que aún tenemos tanto por delante para vivir... Primer relámpago.

Empezó a llover con una fuerza que podría dar miedo. Parecía como si limpiara el ambiente de la carta de grises del invierno y diera la bienvenida a la luz y a la magia y el brillo del color. O quizá no hubiera noche, ni tormenta, ni rimas, ni poemas inspirados... y todo eso fuera un sueño difícil de descifrar. Otro sueño raro más.

Me sentía muy confundida. Las noches se me hacían algunas veces eternas. ¿Qué o quién hace que una pareja marche bien para siempre? A veces tú, a veces la otra persona, la mayoría de las veces ninguno de los dos. Entonces, todo depende de las circunstancias? Depende de que las dos personas crezcan en el mismo sentido y dirección. Tenía claro que si Adrián continuase con ese tipo de vida que estaba llevando lo dejaría, muchas veces sentía que no estaba enamorada de él. Sentía que mi corazón se iba endureciendo por momentos, hasta convertirse en piedra. Y eso

no me gustaba. Prefería notarlo relajado, bombeando tranquilo. Parecía una locura pero lo vivía así.

Antoine me envió un mail que vi en el trabajo. Shui pasaba dos días fuera y se preguntaba si querríamos ir con él a cenar a pasear o lo que nos apeteciera. Y por supuesto le dije que sí, pasaban los días y las semanas y sólo nos habíamos visto una vez. Yo no esperaba más debido a su situación, para nada quería que se sintiese obligado o forzado a tener que quedar conmigo, o sintiera que tenía que protegernos ni nada parecido. Inés declinó el ofrecimiento.

—Así podréis hablar de vuestras cosas. Yo me quedo aquí más tiempo cuando tú marches. Ya tendré tiempo de que nos veamos, de hacer algo con él.

—Sí, tienes razón. Está muy perdido, y ella realmente le importa.

—A ti Adrián también, ¿no?

—Sí, pero creo que yo me hago la idea mejor de que puede que esto acabe. Me gustaría levantarme una mañana y darme cuenta que mi vida es junto a la persona con que deseo estar y amo, sentirme amada y enamorada, seguir con mis proyectos y que todo fluya fácil. Me siento muy vacía gran parte del tiempo Inés. —Le dije casi a punto de llorar—. Pienso muchas veces, de acuerdo, las cosas han cambiado, asimílalo, confórmate, pero siento cuando pienso eso durante dos días que me he derrotado a mí misma, que es un error. ¿Este es el camino que de verdad quiero seguir? No quiero que pase el tiempo, seguir con mis cosas y mi vida así, sintiéndome así y por supuesto no quiero levantarme un día y mirarme al espejo para darme cuenta que todo ha sido un error y que no soy feliz.

Quedamos a las 20.30. Antoine me recogió en la Plaza de la Sorbonne.

—Vamos a ir a un sitio espectacular. Espero que no hayas ido aún en estos días.

—Humm, me encantan los lugares nuevos, y me gustan las sorpresas.

—Está en Montparnasse, habéis paseado por allí?

—Sí, fuimos a dar una vuelta, por curiosidad de ver La Closerie des Lilas, que según la guía allí hacían tertulias interesantes Modigliani o Kandisky, que le gusta mucho a Inés. Y a visitar el cementerio.

—Es pequeño el de Montparnass. El verdaderamente bonito es el Cementerio de Montmartre. ¿Habéis ido?

—Sí bueno, pero también es bonito y hay personas interesantes, nada menos que Boudelaire está enterrado ahí. Y Sartre. Es que el de Montmartre es como dices preciosísimo. Me encantó y me impresionó. Me impresionó ver la tumba de Alphonsine Duplesis, que por cierto me costó un poco encontrarla.

—¿Duplesis? No sé quién es.

—Sí, la cortesana que sirvió de inspiración a Alejandro Dumas para la Dama de las Camelias. Me encanta esa obra, y ese personaje, desde que acabé 8ª curso, imagínate.

Y llegamos allí, aparcamos y me señaló el sitio.

—*Voilà. Le Ciel de París.*

Y vi una altísima torre frente a nosotros. Posiblemente la había visto cuando estuvimos paseando por allí Inés y yo, pero tenía aspecto de un centro de negocios. Impresionante por la altura, pero un centro de negocios.

Una torre de 220 metros de altura con un restaurante en la cima del piso 56 que ofrece una vista a 360° sobre todo Paris y sobre la Torre Eiffel. Impresionante. E impresionada estaba yo, sintiendo en el corazón aún sin querer sentirlo que “¿y si fuera él? ¿Me está indicando el destino que es él?”

Era un lugar precioso, serio y elegante donde sin duda estaba claro que se intentaba buscar el romanticismo y donde había muchas mesas de dos personas. La iluminación jugaba mucho con las vistas para intentar dar una sensación de oscuridad en su interior. Moqueta en el suelo, buena altura de los techos y una gran barra en el centro, y el piano bar le daba un toque extra de especial al lugar.



—Yo nunca he venido aquí a cenar, es la primera vez, pero un compañero del trabajo me ha recomendado los espárragos verdes de la Provenza, y la langosta con ensalada de manzana. —Me dijo Antoine antes de que el camarero nos tomase nota

—También le recomendamos la mousse de trufa, el foie gras con gelatina de higo, el lenguado Meunière con setas, espinacas y salsa de vino o la paloma horneada con nabos tiernos. —Nos sugirió el camarero.

Nos sirvieron los platos con mucho gusto y atención. Y la comida estaba deliciosa, aunque eso viniendo de mí no tiene mucho mérito porque soy buena degustadora de platos.

—Nadie tiene la culpa de que las relaciones empiecen y acaben. La vida debemos asumir que son ciclos, movimiento, un camino que nunca va en línea recta y en el que se cruzan personas; siempre ha sido así desde que somos niños, las personas entran y salen, algunas se quedan mucho tiempo, años, toda la vida, y otras desaparecen antes de que te haya dado tiempo a fijarte siquiera en que están ahí. Lo difícil es asumir cuando ha llegado el momento, asumir el fracaso también. Aferrarnos a fuego. Y seguir sintiendo, eso es lo peor. Porque yo quiero a Shui, o eso creo, porque cuando nos enganchamos en una fuerte discusión la odio terriblemente, y son muy frecuentes las discusiones. La diferencia cultural es muy grande, pero la atracción intelectual también lo es. Lo nuestro no es sexual ni pasional es intelectual.

—Es complicado Antoine, y no entiendo por qué o cómo puede resultar tan complicado. Yo no soporto tampoco las discusiones, me desestabilizan mucho, pero no soporto el sentimiento de vacío y de soledad que da cuando no conectas al cien por cien con la otra persona, con tu pareja. De no sentirme comprendida, de que para Adrián no merece la pena nuestra felicidad común y antepone sus cosas de él mismo sobre mí.

Hablamos de nuevo del accidente en bicicleta, de la muerte de Luis, la depresión, cómo fue cambiando poco a poco todo. Lo duro que

fue para mí, aunque me hubiese mantenido muy fuerte y sin descanso.

—El accidente de Luis lo cambió todo. Luego la depresión, y la rehabilitación física, que también fue muy duro. No sabía muy bien cómo hacer o reaccionar. Quizás sin yo saberlo a momentos me fui también encerrando en mí misma con el único propósito de sobrevivir. No puedo seguir con esto. —Continué diciéndole—. Durmiendo sin soñar, saliendo de la cama cada mañana deseando sólo volver a meterme en ella, pensando en nada. No quiero seguir viviendo la vida según como quieran vivirla otros, tengo que empezar a controlar mi vida siendo fiel a mí misma. De hecho, ya voy tarde.

Y así charlamos y charlamos de todo un poco. Bromeando al final, sin hablar de futuro porque ninguno de los dos nos atrevíamos a pensar un mes más allá de hoy, porque no sabíamos cómo íbamos a manejar nuestras distintas pero iguales situaciones. Y me llevó a casa.

Pasaron los días en la oficina, días con mucho trabajo, que apenas me dejaba tiempo para embobarme en mis pensamientos, cosa que agradecía. Pensaba en mis padres, solos, con sus dos hijas fuera de su país, con la angustia y el sin sabor de qué decisión tomaría su hija mayor sobre qué hacer con su vida. Pensaba en mis amistades, en Julia que la operarían. No era de nuestra familia, pero lo cierto es que le teníamos muchísimo aprecio y cariño todo en casa, por su carácter tan extrovertido y por el cariño que ella misma nos daba cada rato que habíamos ido pasando juntas. Mis amigas, Pilar y Eva, que hacía muchísimo tiempo que no sabía de ellas. En Antoine, y cómo resolvería él su situación. Aunque lo cierto eso era algo que debía resolver él mismo según los dictados de su corazón. Mi amistad no me acreditaba como para influir en ello, ni yo quería influir porque bastante problema tenía yo con no saber cómo resolver el mío propio. Pero quería hacerlo. Debía salvar mi matrimonio. Tenía que hacerlo, aunque mi corazón muchas veces me susurraba secretos que me habían bastante daño. Habían pasado casi dos meses y medio de los 3 que estaría allí en París y sólo habíamos hablado Adrián y yo en un par de ocasiones. ¿Se

estaría haciendo el duro? fue mía la decisión de venirme, de darnos este plazo de separación, principalmente por oportunidad laboral, pero también para que se transformara en una nueva oportunidad personal. Tres meses separados para analizar nuestros sentimientos, para valorar exactamente qué queríamos el uno del otro o si precisamente no queríamos nada y queríamos seguir este viaje de la vida solos. Yo estaba preparada para cualquier cosa.

Llegaba la hora de irme, sólo me quedaban dos semanas en París, y me embargaba una gran tristeza por ello. No me parecía que aquello tuviese que significar nada relacionado con Adrián. Sino que me había acomodado a mi vida allí. Me había acoplado bastante bien a la vida parisina. Me defendía muy bien y con facilidad con el idioma. Habíamos hecho un bonito círculo de amigos y nunca jamás me gustaron las despedidas. Y estaba Inés. Inés... se me estrujaba el corazón de pensar en la imagen con mis maletas, cogiendo mi avión y ella allí en el aeropuerto. Sola en París, a tantos kilómetros de todos nosotros.

Los chicos y mi hermana estaban organizando un último viaje, para despedirme. Estuvieron unos días extraños, huidizos, en los que vi que me escondían algo y lo que llegué a pensar que lo que me escondían era un romance entre Inés y Ahmed, qué cosas. Seguían siendo muchas las veces que lo pillaba a él mirando embobado a mi hermana. Aunque ella me dijo que él nunca le había dicho nada comprometedor. La sorpresa era que nos íbamos un fin de semana a Toulouse, pero esta vez en avión. Nos fuimos los mismos amigos que a Montpellier: Arnaud, Jules, Hassan, Fabio, Ahmed, Riad, nosotras dos y Charles. Pero allí había más chicos, Riad y Alex. Allí en Toulouse había estudiado Ahmed parte de la carrera de Ingeniería, y aún quedaban compañeros suyos, con los que seguía cuidando y manteniendo la amistad y a los que solía visitar un par de veces por año.

Riad y Alex vivían en un piso descaradamente grande, y allí nos instalamos todos. No me podía creer qué aventura. Me preguntaba cómo se pagarían un alquiler así dos jóvenes estudiantes, y mientras estaba metida en mis pensamientos mirando los cuadros y los objetos de decoración de la casa, Ahmed debió leer mis

pensamientos y me dijo bajito que lo pagaban los padres de Riad, que eran diplomáticos en Casablanca.

Esa primera noche de llegada salimos a bailar. Estuvimos cenando en plan picnic a orillas del río Garonne. ¡Un plan fantástico!

—¡Me ha encantado la idea! Me lo he pasado genial.

—Me gusta que te haya gustado María —me dijo sonriendo Ahmed—. Cuando vivía aquí en Toulouse organizábamos a menudo picnics aquí a la orilla del río o en el bellissimo Jardín Japonés, te encantaría también. Recuerdo que realmente disfrutaba sentarme en el césped después de una semana frenética de clases, reunirme aquí con mis amigos, tomar un poco de vino y sentir el sol y el aire en la cara mientras leía recostado alguna novela.

—¿El jardín japonés? —pregunté intriada.

—Mañana si quieres podemos ir. Lo preguntaremos a los demás y si no hay inconveniente iremos.

Y estuvimos un buen rato conversando apartados un poco de los demás Ahmed y yo, él que siempre estuvo un poco en segundo plano, tímido, aunque observador. Estuvimos hablando de cine y recordé una anécdota que sucedió hace ya muchos años, al principio de mi adolescencia, cuando yo era solo una niña de 13 ó 14 años, y que me hizo abandonar mi primera vocación o quizá mi primera quimera: la de ser actriz. Desde muy pequeña me ha fascinado el mundo del cine. De adolescente vi multitud de series y películas americanas aunque realmente nunca admirara a los grandes actores y actrices. Pero el cine y esos pensamientos de querer ser actriz me permitía evadirme y sumergirme en aquel mundo de cristal interior en el que me sentía tan cómoda con mis pensamientos y mis sentimientos. Aquellas películas de la época me fascinaban y yo, ingenuamente, soñaba con ser una de aquellas actrices tan glamourosas. Por supuesto, esa ilusión la llevaba en secreto, por miedo a que se burlaran de mí, y porque tampoco sé en realidad hasta qué punto yo deseaba que aquello se materializase. Reconozco que, de haberla llevado a cabo, probablemente no hubiera llegado lejos, porque yo era extremadamente tímida, me daba pánico hablar delante de la gente y me avergonzaba de todo.

Era más bien de las chicas que siempre intenta pasar desapercibida. Pero era feliz así. Mucho.

En una ocasión surgió la ocasión de representar una pequeña obra, era una de las actividades que organizaron en 2º de BUP en mi colegio. Teníamos muy poco tiempo para prepararnos y ensayábamos a toda prisa. Yo estaba muy emocionada y al mismo tiempo aterrorizada. Lo curioso es que no recuerdo de qué iba la obra, algo clásico creo, ni cómo quedamos al final, sólo recuerdo que mientras ensayábamos yo me quedé varias veces paralizada por el miedo y que en la mirada de la chica que llevaba la organización de la obra, una chica bastante decidida, yo veía la frase de: "No tienes futuro". En dos segundos se cargó la montaña de ilusiones que había estado acumulando y abandoné definitivamente la idea de dedicarme a la interpretación. Es cierto que era una quimera, una especie de amor platónico absolutamente privado pero yo era tan impresionable que no volví a soñar con ello nunca más.

Recordé esta anécdota y estos momentos de mi vida como si fuera ayer, aunque no salieron de mi mente, ya que pensé que no venían a cuento, porque yo como Ahmed, también tenía mi punto introvertido. Y pensé que nada de aquello le interesaría a él.

Al día siguiente fuimos al Jardín Japonés. Está situado dentro del parque Compans-Caferelli.

Resulto ser una maravilla, un lugar propicio para meditar, como lugar de reposo o simplemente para contemplar las plantas orientales y trasladarte al país del Sol naciente...Me acordé de mi tienda favorita de París, la Sensitive, y sus sedas y sus tejidos tan delicados, sus colores, y hasta el olor tan fino y femenino. En el centro del jardín estaba el "Pabellón del Té" construido sobre el modelo del palacio de Katsura (s XVII) en Kyoto.

El jardín japonés se caracterizaba por ser muy sencillo, un jardín muy cambiante dijo Ahmed, según las estaciones del año, con lugares muy contemplativos. Las piedras y el agua eran partes esenciales del jardín, que le daban gran profundidad... Sin duda como dijo Ahmed, me encantó. Y a Inés también.

Fue un fin de semana precioso, inolvidable, que hizo más dura aún si cabía mi despedida de aquellos tres meses en París.

Por que llegaba el día de volver.

Quedamos Antoine y yo el sábado por la mañana. Volaba a Madrid el lunes. Tenía 2 días para instalarme en casa y empezar en mi nuevo puesto de trabajo en Google en Madrid. Otro reto, un nuevo cambio que me mantendría ocupada hasta que me adaptase.

Me recogió y fuimos a pasear a Tullerías.

El sábado amaneció tremendamente hermoso, el sol alumbraba todo con su gran esplendor, hasta el aire se sentía más puro y los árboles tenían un verde especial, parece que todo quería dejarme el mejor recuerdo de ellos mismos, para que me llevase la mejor de imagen y que me doliese más aún aquella despedida que ya era inminente. Los pájaros jugaban y dibujaban círculos en el cielo, que hoy era totalmente azul celeste y pasaban lindas nubes, como algodón, llenando de magia el momento. Mágico. Precioso, pero a mi una gran tristeza inundaba mi alma.

—Yo he sido muchas veces quien he aconsejado a todo el mundo en temas de amor cuando me lo han pedido, porque los consejos, darlos o recibirlos no es algo que me emocione, no soy quién sobretodo para darlos. Conozco miles de situaciones diferentes. Algunas que me tocaron vivir a mí, y situaciones que particularmente me hicieron tocar a veces no sé si el fondo, pero era demasiado hondo para mí. Otras que le han pasado mis amigas y amigos. Y nunca termino de sorprenderme.

—Pero ahora te toca decirte a ti todas esas cosas que dijiste a esa gente, ¿verdad María? a la persona más difícil y en la situación más difícil: a ti misma. Volver a casa, reencontrarte con lo que dejaste y decidir. No te agobies. Seguramente esta prueba os ha aclarado a ambos las ideas y los sentimientos y todo se encamina. —Me dijo Antoine mirándome tiernamente.

—Espero poder volver a reconducir mi vida. Mi relación. Por que de verdad que me cansé. Me cansé de una vida llena de inalcanzables, de proyectos opacos escritos en mis manos y de los fuertes sacrificios nutridos de viejas promesas. Para nada voy a dejar que la vida se me vaya entre mis manos cuando lo estoy viendo. Aquí estos meses he sido muy feliz. Y lo he echado de menos, y voy a volver dispuesta a reconducirlo todo y a luchar, pero todo el mundo puede tener claro que no me voy a conformar ni a resignar por salvar esto.

Antoine me regalaba una sonrisa aquí, otra sonrisa y una caricia allá, ayudando a que el día se mantuviera tan dulce y tan azul como había comenzado, con el suave tono de su voz. Pasamos el sábado compartiendo mil palabras, mil sentimientos e imágenes, que iban a quedar, quizás en él no de la misma forma que en mí, pero para mí iban a quedar en la memoria de mis sueños, en la memoria de nuestra historia compartida de amistad y sentimientos durante todos estos años, desde aquella sobremesa en que entró en la floristería a comprar flores, y donde volvió a pedirme mi dirección y robarme aquel beso.

—Te deseo la mejor de las suertes, y aplaudo tu valentía de venir hasta aquí buscando ese cambio y reconquistar tu mundo. Vuela alto María, toca con tus propios dedos la felicidad que buscas y te mereces. No te conformes Pero no dudes en regresar. Es duro pensar a veces lo que pudo ser y no fue. Estos años he pensado en ti, y nuestra situación. Cuando algo se deseó tanto pero las circunstancias nos llevaron a otros puertos, donde finalmente no sabemos cómo vamos a escapar.

Yo tenía un nudo en la garganta y al oírle decir esto no pude evitar que las lágrimas empezaran a deslizarse por mis mejillas. Era la primera vez que decía algo sobre nuestra historia, sobre nuestros sentimientos. Aquello me hacía más dolorosa la despedida. Hay palabras que dan vida, que abrazan el alma, palabras en confianza que susurran sentimientos y gritan secretos en silencio. Palabras que nos vuelven a hacer soñar, y que nos hacen llorar...

—Verás como todo se soluciona. Espero yo también saberlo hacer con Shui, porque aunque la convivencia cada vez es más insoportable, quiero salvar la relación.

De la misma forma que hay palabras que hieren el alma, palabras que a pesar de que lo intentas, luego no puedes arrancar de la



cabeza, o si de la cabeza pero no del corazón, como esas últimas palabras que sin entender por qué, o sin querer aceptar más bien, me partieron el corazón.

Cuando me dejó en la puerta de casa no subí. Lo que más necesitaba después de haber llorado y haber visto tanta ternura en los ojos de Antoine mirándome e intentando que todo su cariño me llegase, lo que en ese momento yo necesitaba era sentir la brisa de la libertad en mi piel, y que esa brisa secase mis lágrimas y fue maravilloso. Llevaba un vestido ligero que el viento movía a su antojo acariciando mis piernas, gafas oscuras, algo de color en los labios. Y sentí una extraña libertad mientras paseaba.

La despedida con los chicos me partió también el corazón. Aunque no lloré. Pero la despedida con Inés fue tan sentida y tan dolorosa que sentí que me arrancaban el estómago por los ojos. Era por una mezcla de sensaciones, dejarla a ella allí sola, irme yo sola, alejarme de aquello donde había estado tan feliz, el miedo a lo que me encontraría, la incertidumbre de la vuelta. Sentía mucha tristeza. Pero intentaba mantener los sentimientos en su estado más puro, y dejar entonces que el dolor volase. Mágicamente parecía que yo sentía que dolía mucho menos. Si había trazas de melancolía que me llevaban a un estado de tristeza, pero al final, ya parecía que no había dolor. Y había paz. Esa tranquilidad de saber que estaba haciendo lo correcto. Aquello era lo que tenía que hacer.

Llegué a Madrid. Adrián me esperaba. Dos besos con una distancia prudencial para sólo tocarnos las mejillas fue nuestro saludo. No hay palabras para describir lo tenso de la situación. Nos hablábamos sin mirarnos directamente a los ojos, aunque notaba de vez en cuando su mirada reposando en mí. El trayecto del aeropuerto a casa se hizo corto. Sentí como si los dos nos sintiésemos aliviados. Yo me puse a deshacer las maletas y él se metió en la cocina a preparar algo. Me di un baño y cenamos. Sentí un poco como que medíamos las palabras de cortesía que nos íbamos intercambiando, aunque intentaba relajarme y actuar de manera natural. Y poco a poco parece que lo fui consiguiendo.

—Qué extraña siento la casa —le dije.

—¿Te gustaba más la que compartías con Inés?

—Son distintas, y no es eso, es que me siento un poco extraña en mi propia casa. Aunque me gusta estar aquí de nuevo.

—Y a mí que hayas llegado ya. Te veo muy bien, tranquila. Te veo distinta.

Mientras cenábamos y después de la cena me di cuenta de que ya no sentía nada por él. Como mucho una atracción física, porque seguía estando guapísimo y muy en forma, pero ya no había nada más. Solo algo físico. Sin profundidad alguna. Algo que no me llenaba. No necesitaba más palabras, ni más hechos. Aunque me dije una y otra vez que tenía que recobrar la cotidianidad con él, y todo volvería a fluir. Seguro que sí. Pero sentía que tenía el alma desgarrada por aquel sentimiento que estaba sintiendo. Era cierto que me gustaba estar en casa de nuevo, con mis cosas, mi espacio, pero realmente ya recién llegada echaba mucho de menos todo lo que había dejado allí, quizás sobretodo la libertad de saberme sola.

Es terrible en esto del amor cuando “se termina”. Todo lo que se viene encima: tener que lidiar entre esa inercia que es la costumbre, la rutina, el orgullo, y todas esas cosas que a veces se confunden con el amor. Esa tendencia a no esperar lo que ya sabemos que va a venir, aunque sigamos luchando para que no ocurra. Es terrible cuando uno mismo ya sabe el drama que se acerca, pensando el daño que vamos a hacer al otro, el volantazo que vamos a pegarle a su vida. Cuando no se quiere hacer daño sin embargo...

—Te he arreglado la bicicleta —me dijo mientras comíamos al día siguiente— .Vi que necesitaba una puesta a punto, y te cambié algunas cosas. Pensé que te haría ilusión y además así podrías retomar tus salidas si te apetece.

—Te lo agradezco muchísimo de verdad —le dije sinceramente— me parece una buenísima idea. Me vendrá bien para las tardes que tengo libres sin trabajo.

Y volví a salir.

Una de las cosas que más me gustaba era darme cuenta de la distancia que era capaz de recorrer sin más ayuda que mis piernas. Iba improvisando caminos y recorridos, y cada nueva ruta era un desafío y un nuevo camino que registrar en mi mapa por la ciudad. Poco a poco fui de nuevo coleccionando rutas y recorridos que me hacían pensar y sentir que podía llegar a cualquier lugar.

Sin duda también la bici fue la mejor medicina contra el estrés y el mal humor o más bien desidia que tenía esos días primeros hasta que logré tomar conciencia de que mi vida era aquella ahora mismo. Fue la combinación perfecta entre ejercicio físico y sensación de velocidad, que me dejaban cada día muy cansada y de mejor ánimo y sensaciones.

Un segundo, tic, tac, tic, tac, otro segundo, un pensamiento, un “no quiero esto”, dolor, desazón. Un mal momento. Tic tac, todo se arreglará. Llanto amargo, un “tienes que hacerlo”. Poco a poco. Confía y relájate. Me siento acorralada. Un “no te vayas”, más lágrimas... Algunas cosas empiezan de la manera más loca o más amorosa o más tranquila. De la forma menos esperada. Y también suelen terminar así.

Pasaban los días y no lograba acostumbrarme a aquello. Adrián estaba un poco más empático. Parecía que realmente había cambiado nuevamente, pero yo también había cambiado, y de nuevo ambos en sentidos diferentes sin encontrarnos en el cruce de la mitad. Y aquello me hacía sufrir. Yo no me entendía a mí misma y aquello que estaba sintiendo, ese rechazo me mortificaba.

Fin de semana. Vinieron mis padres a pasarlo con nosotros. Llevábamos varios meses sin vernos y todos teníamos unas ganas locas de reencontrarnos y disfrutar juntos. Adrián es el último en levantarse. Por el contrario, yo soy la primera en despertar.

Durante el desayuno decidimos planes pero esperamos a ver qué le parece a Adrián. Hablamos de lo que habíamos hecho Inés y yo estos meses en París con más detalle mientras tomamos un delicioso desayuno que preparé, huevos revueltos con mini

salchichas, unos croisanes con york y queso que calenté un poquito al horno, café con leche y zumo de naranja natural. Me encantaba el momento del desayuno, era la comida que más me molestaba hacer rápidamente de pie como tanta gente a veces hace, creyéndose que porque lo hacen de pie ahorran tiempo. Cuando Adrián despertó decidió que le atraía mucho lo que habíamos decidido, pero finalmente prefería no venir y dejarnos solos a los tres. Prefería que pasásemos el día juntos solos mis padres y yo, al haber estado tanto tiempo separados y hablando poco.

Al salir de casa me mostré un poco indiferente porque no entendía ese cambio de parecer en el último momento, y me parecía una descortesía hacia mis padres aunque él lo hubiese decidido así con otra intención. El me dió dos besos y se aproximó más, casi dándome un abrazo.

Me di cuenta en ese momento, que ya éramos dos desconocidos. Si había algo que debía ir aprendiendo era a separar exactamente lo que sentía, lo que necesitaba hacer y de lo que debía hacer. No era fácil separar el amor que realmente yo sentía por Adrián, lo quería ciertamente, pero no estaba enamorada de él, y por su comportamiento hacia mí desde que volví de París tenía claro que realmente él también me quería pero no quería seguir con esta relación. Me estaba asfixiando. No sabía qué hacer, ni cómo hacerlo. Indecisión, que venía empaquetada en forma de orgullo, de caprichos, de resistencia al cambio. Pero todo se hace más fácil cuando somos sinceros con nosotros mismos, y con el mundo. Y así fue como fui sincerándome conmigo misma, poco a poco, viendo que no iba a ninguna parte mintiéndome. Y cada noche empecé a hablarme en sueños de despedida. De un adiós para siempre. De esos que te parten en dos. Mis sueños estaban llenos de una sinceridad brutal. Estaba en un momento en que para seguir, hay que separar el amor de la pena hacia el otro o el miedo, que a crees que te protege, aunque muchas veces es así, otras veces no te deja ver. Y es necesario abrir los ojos y el corazón para poder seguir.

Me preguntaba cómo le seguiría yendo a Antoine, y cómo irían Fabio y los chicos. Envié sms a Inés y a Antoine. Recibí mail de Antoine a las pocas horas.

*“Querida María*

*He recibido tu mensaje en mi móvil. Siento que las cosas parece que sigan igual. Eso es muy frecuente: a pesar de irse lejos, los problemas quedan. Sin embargo, te enseña a que, quizás, el periodo no fue bastante largo o que no hubo reflexión suficiente de alguno o ambos lados para mejorar las cosas. O quizás como parece que te está ocurriendo a tí, que todo ha cambiado y no quieres continuar ni bien ni mal.*

*Me hizo mucha ilusión verte de nuevo y de forma tan inmediata y sorprendente, que de un día al siguiente ya casi estabas en Paris... Me alegro mucho de estos tres meses que has pasado en mi ciudad, aunque sólo nos hayamos visto algunas veces. Me gustaría ayudarte en tu problema con Adrián. Me vienen varias impresiones y comentarios. pero no tengo solución ni pretendo entender lo que vivís desde ya hace tantos años, ya que eso sólo tú y él lo sabeís, y menos aún saber qué hay dentro del corazón de una mujer.*

*Busca dentro de tí lo que quieres, eres joven, aun tienes tiempo para cambiar de vida, pero quizás solo tengas tiempo para uno o dos ensayos que tendrán que ser cortitos porque luego llegara la presión de tener hijos seguramente. No sé qué aconsejarte. Conozco a mucha gente que tiene problemas. Lo que veo es que cuanto más esperas, todo se torna más difícil de resolver. Y lo que veo también es que lo más difícil es ver la realidad en frente y tomar una decisión. Esto cuesta mucho. Pero es mejor poder tomar decisiones que no estar limitada por el tiempo y obligada a persistir en una vía que no gusta. Siento no haberte visto más tiempo pero, por lo menos hemos podido charlar y pasear juntos... Tengo previsto pasear y cenar con tu hermana por Montmartre, quiero enseñarle unos locales que han abierto nuevos que le gustaran seguro.*

*Antoine.”*

Me acosté a dormir, y de nuevo un extraño sueño. Aparecía hablándome a mí misma.

...y quién dijo pena? o quién dijo miedo? pues si, lo que debo decirte me causa miedo, no miedo a que no sientas esto que yo estoy sintiendo dentro de mí, miedo a abandonarte, miedo a que no te lo esperas y no entiendo ni sé cuál puede ser tu reacción. No lo sé, aunque quizás lo puedo intuir, puedo leer entre las líneas de tus ojos, pero no sé si me equivoco, si hago bien o mal.

Y me desperté sudorosa, asustada, con Adrián al lado durmiendo plácidamente, seguro en su sueño, seguro a mi lado, y me sentí terriblemente mal.

Quise ir a casa, hacía mucho tiempo que no veía a mis amistades, a Pilar y Eva, apenas manteníamos contacto alguna vez por mail o por sms. Y tenía muchas ganas de volver a ver a Julia. Adrián también viajó para ver a sus padres.

Julia había envejecido mucho. Me produjo mucha ternura verla, tan apagadita después de su operación, su pelo se había vuelto totalmente cano pero no perdía su sonrisa encantadora.

—Cielo, María, cuánto tiempo sin vernos, pensaba cuando estuve convaleciente por la operación que quizás Dios me llevaría y no te vería más ni a tí ni a tu hermana.

—Por favor Julia, no seas dramática. Has estado muy malita, lo sé, mi madre me mantenía informada pero no ves que buen color de cara tienes? Aún compartiremos muchos momentos junta, te lo aseguro.

—Ay María, espero que sean buenos momentos. Tus padres están muy preocupados por tí. Y yo también hija. No sabes cuánto me hubiera gustado verte más a menudo, y saber que eres feliz. Desde que murió ese chico...hummm

—Luis— le aclaré

—Sí, Luis— siguió—pobre chico, pero desde que murió, vosotros no habéis levantado cabeza tampoco.

—Ya lo sé Julia, pero peor es para sus padres, que seguro que no levantarán cabeza nunca. Lo mío es pasajero.

Pilar y Eva estaban cambiadísimas. Guapísimas. Nos sentamos a merendar cup&cakes, a los que se habían aficionado y quedaban una vez por semana en un local de moda dentro del ambiente de los artistas alternativos de la ciudad. Era un lugar monísimo.

—Qué monada de sitio, por favor —les dije sorprendida. Me encantaba los colores pasteles de la decoración.

—Aparte de la suave decoración y que el local es precioso venimos por que tienen cupcakes, pero sobre todo tienen miles de galletas decoradas de todos los tipos, formas y colores posibles!! ¡¡Es genial!! Y unos sabores super originales y encima riquísimos Acércate y mira —contestó Pilar totalmente emocionada—. La primera vez que vinimos —continuó— me pareció muy curioso que venden galletas cubiertas con glasa blanca que llevan con celo unos rotuladores comestibles y así los niños pueden pintar encima lo que quieran. ¿¿No te parece innovador??

—Estamos cogiendo kilos desde que nos juntamos cada semana aquí, pero qué narices, es invierno. Necesitamos más calorías— añadió Eva divertida.

—¿Qué os contais, chicas? mira que llevamos tiempo sin hablar...

—Cuéntale tu historia de esta semana Eva—contestó Pilar, riéndose y mirando de reojo a Eva, que a su vez la miraba con una mueca.

—Pues claro que se la cuento. Sabes cuándo te cruzas con alguien por la calle y de repente tienes un dejà vu? ¿Que te cruzas con alguien con esos mismos pantalones de pana y esa misma bufanda? Lo vi a lo lejos —empezó a narrarme— y bajé el ritmo del paso para que me diera tiempo de recordar dónde nos habíamos cruzado anteriormente porque me sonaba muchísimo, pero no conseguía colocarlo en ninguna escena de mi mente, y con esa misma ropa o esperando a ver si el me reconocía si me miraba, mientras que al cruzarme, el chico ni me miró...

Mientras ella narraba Pilar se reía divertida.

—Llegué a mi trabajo —continuó explicando— pensando en él. ¡Guapísimo el chico! y de verdad que la sensación de conocerlo era

muy fuerte, una sensación de cercanía. La mañana pasó tranquila en el trabajo. Atendí a un par de clientes, y todo muy tranquilo. Al día siguiente, muy fuerte, me lo vuelvo a encontrar. Lo vi a lo lejos y yo estaba muy sorprendida de verlo dos días seguidos. Aproveché que había mucha gente a esas horas y me choqué con él adrede. Quería que me mirase, porque el corazón me punzaba con la sensación de que si no habíamos tenido algo antes, en un sueño, en otra vida o vete tú a saber, “era él”, si no había sido, es que “sería”, ya sabes nuestras paranoias jaja.

—Otra como tú, que cree en el destino —Interrumpió Pilar.

—¡Déjala que cuente! que está interesante —le repliqué.

—Pero me dio apuro provocar un choque frontal y con mi torpeza sólo nos chocamos los hombros un poco brusco. Pero ni me miró. Al día siguiente fui a Zara, a comprar un jersey para un amigo que teníamos cumpleaños, y allí estaba también!!! El corazón me dio un vuelco. Yo parecía tonta. Estaba nerviosa. Cogí el jersey y me fui al mostrador de ropa donde él estaba. Lo tenía frente a frente. Pensaba “Eva, corre, piensa algo, dile algo”, eso sí, esta vez me miró y como una tonta le sonreí.

—¿Le sonreíste? sin venir a cuento? y él te devolvió la sonrisa?

—No —me respondió— me sentí como una tonta la verdad. Y bueno, al cabo de dos días me lo volví a encontrar. Lo vi meterse por una calle paralela a la que yo iba. Y atajé por otra. Se metió en una panadería y ahí fui yo. Y estando esperando que le atendieran vi que me miraba y le sonreí de nuevo. “Hey, la chica de la sonrisa, en Zara” “Sí” le contesté con la mirada baja y sonriendo.

—¿¿Qué dices?? ¿¿Sí?? ¿Te reconoció? ¡Qué fuerte! ¿Y qué ha pasado?

—Pues que al día siguiente caminé buscándolo por todos los rincones pero no pasó nada. Ni a la otra, ni a la otra... Ha desaparecido.

—A mí me encanta esa sensación de déjà vu... es como una sensación de fantasía, de irrealidad, de que todo es posible en este



mundo! Esa es la magia de la vida, ¿no? el no saber qué te puede deparar cada momento.

Eva era inteligente, guapa, cariñosa y por todo ello siempre había tenido muchísimos pretendientes. Gente de lo más interesante, con gustos comunes, que le hacían reír y pasárselo bien. Se fumaba un cigarro o dos con ellos, charlaba un rato y no les daba el teléfono cuando se lo pedían. Y ahora la descubría soñando y buscando cada día con ese dejà vu, un encuentro de cuatro días...así somos las personas.

Y así continuamos un par de horas más charlando y riendo de nuestras cosas, hasta que cada una nos fuimos para nuestra casa.

Y de repente recibí un sms de Antoine

*“Tengo poco tiempo, pero he pensado en ti”*

Por momentos pensaba que me iba a volver loca. Me faltaba el oxígeno. Y de repente ya tomé la decisión. Tenía que hablar con Adrián. No quería seguir con él. El motivo era independiente a lo que yo estaba sintiendo hacia Antoine, no sabía si tendría alguna posibilidad, él estaba casado, y aunque le iba regular con su mujer, él nunca pronunció palabra más afectuosa o sentimental hacia mí que nuestra simple cariñosa y verdadera amistad. Nunca pronunció plan de divorcio o separación de Shui.

Me daba igual en aquellos momentos, sólo quería romper los lazos con Adrián, quería salir de aquella casa que compartía con él, quería sentir lo que había estado sintiendo viviendo en París: Libertad, de hacer, de decidir, libertad de pensar y de vivir. Independencia. Frescura, la sensación de que al volver cada día, en cualquier momento la vida te sorprende con algo nuevo, con un nuevo plan, una nueva persona que conocer, un rincón que descubrir. Eso que había estado viviendo ahora se me presentaba imprescindible para mí, lo espontáneo y sorprendente que hace una vida diferente. Sí, había decidido que aquella misma noche tenía

que hablar con Adrián. Todo eso que sentía y me apretaba el cuello me estaba impulsando a hablar, quería romper ya el silencio, no podía seguir con las medias palabras, con las lágrimas que irrumpían a mitad de esa bella canción de amor o soledad, intentando ahogar cada día lo que ya desbordaba mi alma y mi corazón. Estaba traicionando haciendo eso todo lo que siempre fui y quise, y traicionando a mi familia también sintiéndome una desgraciada.

Así que aquella noche mientras cenábamos, después de haber paseado al azar, sin destino, tranquilamente, volvimos a casa en silencio. Temblorosa en mis adentros, nerviosa sin saber cómo empezar. Sabiendo que él notaba que algo importante iba a ocurrir.

—¿Qué ocurre María? dilo ya, se me hace insoportable esta sensación de desconocimiento e incomodidad entre nosotros desde que has llegado.

Yo lo miraba y bajaba la mirada al plato, como una cobarde, sin saber ni por dónde empezar. Mientras él notaba como él afianzaba su mirada en mí.

—Sé que lo sabes, que sabes lo que pasa. Llevo ya unas semanas masticando esto, y hoy quiero decírtelo ya directamente a tí, aunque sé que lo sabes.

—Claro que lo sé, veo tu lenguaje mudo, tu música cada día habla por tí, tus miradas tristes, y tus silencios vacíos.

—Quiero que nos divorciemos —Acerté a decir, medio bajito.

—¿¿Que nos divorciemos?? ¿Qué estás diciendo? ¡¿no hablas si quiera de separación?! ¿Divorcio? ¿Por qué? has visto que he cambiado, que he vuelto a ser el de siempre. Estos meses que hemos estado separados, que tú has estado en París, al final, aunque no lo creas porque no te lo hice demostrar, fueron casi una locura interior. Estaba deseando que volvieses.

—Soy yo la que ha cambiado Adrián, pero en sentido opuesto a tí. Lo siento. No siento ya nada —y diciendo esto empecé a llorar.

—¿Que no sientes ya nada? pero escuchas lo que me dices? has conocido a alguien? hay otra persona? es ese amigo tuyo, Antoine?

—No Adrián, soy yo, son mis sentimientos, no me gusta la vida que llevo aquí. No sé cómo podértelo explicar, sin hacerte daño porque es que ya no me importa cómo de cercano te encuentres tú de mí. No es Antoine tampoco, o no es un factor determinante.

—Es Antoine, os habéis liado —dijo furioso.

—No Adrián, ¿pero qué dices por dios? él también está casado. Esto se ha roto, y ya está. He pasado mucho estos últimos meses. Y te has dado cuenta tarde. Y antes mi amor podía con todo, con tu depresión, con tus salidas, con tu indiferencia. Y sí, he dicho, podía, en pasado. Ya no tengo fuerza como la que tenía antes que me impulsaba a continuar, a luchar, ya no tengo interés, ya es que me da igual. Esto se ha quebrado ya. Mi amor nació libre, incondicional, verdadero, leal y muy sincero y es lo que me llevo conmigo, junto a millones de momentos y recuerdos, que solo morirán el día que yo lo haga. Pero ya no quiero continuar. Quiero el divorcio.

—Estos días que te sentía tan distante tuve miedo, tenía miedo. Y ahora mismo debo confesarte que lo tengo. Miedo a lo que me estás diciendo, a que no entiendo cómo no sientes lo que yo siento por tí. No sé qué pasa por tu cabeza María, ahora te escucho y sólo leo entre líneas. Tengo miedo a perderte, es que no me lo puedo creer María —y echó a llorar él también—. No quiero perderte. Tengo pánico, tenía pánico de que llegase este momento, y eso es lo que estos días me mantenía callado. Y no sé qué decir.

—No digas nada Adrián, lo siento. Siento estar haciéndote este daño, pero me estoy ahogando.

—Sí, claro que te lo digo. No quiero perderte, necesito decirte que Te Quiero, sin adjetivos al lado, sin iniciales, con todas las palabras, una detrás de otra. Te quiero —repitió bajito, como un susurro

La habitación se me hizo pequeña con trazos difuminados. Parecía que cada objeto me miraba acusador, que me decían egoísta. Todo se me aparecía gris, con olor a flores secas. Nunca había visitado un lugar tan lleno de tristeza. Tristeza en las maderas de los muebles llenos de un repentino polvo. La estantería llena de marcos

con fotos sin personajes. Fotos vacías se dispersaban por la habitación, dejándola sola y desamparada. Una cortina pretendía cruzarse por medio del cuarto pero la oscuridad de nuestra conversación y la olvidada estantería de madera la aprisionaban de luz.

—Pero por supuesto que respetaré tu decisión —continuó diciendo, como vencido, como entregando las armas y las fueras— cómo respeté que quisieras irte, respetaré que quieras que el divorcio.

—Muchas gracias, de corazón. Debemos ser fuertes, y hacerlo bien, sin hacernos daño.

—Qué fácil decirlo tú. Claro que seré fuerte, no te preocupes, pero no te equivoques. Ser fuerte no significa volverme un “insensible”, o que esto no me esté matando. Hacer esto a mi criterio es volverse un cobarde. Qué es muy distinto a ser fuerte. Yo podré ser muchas cosas, pero creo que no soy un cobarde.

—Nunca he dicho que seas un cobarde, ni nunca te he acusado ni tachado de nada. Esto es por mí. Necesito ponerle alas de nuevo a mi vida, esas alas que tal vez sin querer me arranqué en un descuido. Quizás cuando estaba más pendiente de tí y del mundo que de mi misma.

No lograba entender como funcionaba exactamente el universo, pero sí sabía que hay algo que me cuidaba y me ponía cerca mucha gente que me servía de contención y de ayuda. Estaba rodeada de gente que me demostraba su afecto, su preocupación ante la mala cara que llevaba puesta todos los días desde esa conversación. Más que nunca me preguntan qué me pasaba. Que dónde dejé esa alegría repentina. Donde dejé el brillo de mis ojos. Donde dejé las ganas. Había perdido la chispa. Porque estaba dando el paso que necesitaba, que quería y yo estaba eligiendo, pero no podía evitar sentirme mal, desencajada de todo lugar. Dolía tener que mentir cuándo me preguntaban ¿cómo estás?, aún sabiendo la obvia respuesta. “Muy bien, aquí sigo...”. Decía con mi mejor cara y sonrisa, sabiendo que no podía disimular el dolor que a veces creo que me parte en dos. Pero mucho más duele saber que ellos,

cuando se trataba por ejemplo de mis padres, que se daban cuenta que era casi todo lo contrario. Siempre dije: prefiero un dolor agudo y corto, a uno largo y suave. Quiero que lo malo ocurra ya y acabe, como cuando pienso que lo que quiero lo quiero ya, rasgo importante mi impaciencia El dolor es increíble hasta que algo salta, y todo finalmente termina. Quedan unos días hasta que la herida finalmente cicatriza... y puedes seguir adelante.

Cruzarme con Adrián por los pasillos de casa, o coincidir con él en el desayuno, o el salón, estaba siendo duro. Decidimos que yo me quedaría en casa, temporalmente porque yo no sabía ni tenía decidido qué hacer, a dónde volver. Y él se alquilaría un apartamento pequeño, pero sin tener que contribuir con la hipoteca, los meses o semanas que durase esto. No me parecía justo, no quería ser un fastidio para él mayor del necesario.

Era una mudanza la suya circunstancial, le dije, hasta que yo decidiese qué hacer, y se lo agradecí muchísimo ese gesto de caballerosidad y empatía, ya que quizás lo justo sería que hubiera marchado yo. Me pidió y yo acepté porque también lo deseaba así, que cuando se fuese con sus cosas más importantes y lo que iba a necesitar, yo no estuviese en casa, y así hicimos. Días más tarde vino a despedirse. Me deseó suerte en los proyectos y en las decisiones que fuese a tomar

—María, sea lo que sea que decidas, si cambias de opinión, si decides echarte atrás, y quieres que volvamos, estaré esperando. No creas que tendré rencor o te diré que no. Te quiero, quiero decírtelo por enésima vez, porque esta no será la última.

—No hagamos más difícil esto Adrián —dije con lágrimas empezando a brotar en mis ojos.

—El mundo se me escapó de las manos. María

—A mí también se me ha destrozado el mío, Adrián. ¿Qué te crees tú, que para mí es fácil? Mañana tendré que ir detrás de él, de este mundo que hablas. Alcanzarlo y subirme de nuevo a mi lugar y dejar algunas cosas atrás. Entre ellas tú, y ya definitivamente. El problema es que duele. Duele desprenderse. Pero tal vez sea un

mal necesario. El tiempo lo dirá. Pero supongo que esto era nuestro destino.

Me miró sorprendido, y se despidió en un efusivo abrazo y una preciosa sonrisa, triste y amarga sonrisa. Se mantuvo de pie, allí mirándome, con su pantalón vaquero que le sentaba tan bien, y el jersey de lana que le regalé las últimas navidades, no sé si haciendo un guiño a la relación, ya que yo sabía que no le gustaba mucho y se lo ponía para hacerme feliz.

—Tendré que sacar esas fuerzas. No sé de dónde. Una forma fácil de hacerlo sería inyectando algo de odio e ira hacia tí. Culparte de que me estás destrozando la vida. Sería más fácil... —me dijo— claro que sí. Pero sería una actitud cobarde y deshonesto. Y creo que dije que eso es algo que no soy. Así que tampoco puedo hacer eso. Porque además, te quiero.

Y se fue... Se fue agitando los brazos diciéndome adiós, mientras yo miraba desde la ventana de casa, y él se iba alejando hacia el coche. Parecía una escena de película. Una película con final feliz, donde la chica de repente se da cuenta de lo que ama de verdad, a ese apuesto hombre que se dirige taciturno hacia el coche, corre, lo alcanza y se funden en un tierno y apasionado a la vez, beso. Pero eso no ocurrió.

El resto de la tarde dejé la mente en blanco y sólo me dediqué a llorar, y a llorar. Y reponerme y volver a llorar, por lo vacío que se sentía mi corazón, y porque aunque aquello era lo que necesitaba y yo quería no me estaba sintiendo bien.

Al día siguiente amanecí tratando de ser más fuerte y vivir según había decidido. Cogía la bici cada día. Me ponía de mal humor por cualquier contratiempo o minucia en el trabajo. Y unos minutos, una hora o dos de pedaleo conseguían que ese mal estar se disipase, y a partir de ahí sólo quedaba lugar para la inspiración y el disfrute. Resultaría algo pretencioso decir que los centímetros que me elevaba la bicicleta con respecto a mi estatura sobre el suelo suponían un cambio de perspectiva. Pero sí, lo suponía, junto con la velocidad, o la velocidad que yo pensaba que tomaba bajando las cuestas que en realidad sabía que no era mucha, la velocidad sí me

ofrecía un punto de vista nuevo. Debido a que la rapidez es muy superior a la de una persona que camina y mucho menor que la de un vehículo por carretera, las distancias que recorría con la bici son distintas a un paseo a pie o a una excursión en coche. No era nada significativo ni importante, pero eran reflexiones que hacía mientras iba pedaleando, distraída de pensamientos insanos. En mis vueltas en bici descubrí lugares de la ciudad que nunca había apreciado. Por ejemplo, en la Casa de Campo, se me desvelaron rincones preciosos que ni había pisado, y aprendí a apreciar el río Manzanares gracias a los carriles bici que lo rodean. La ciudad, que ya conocía bien, creció ante mí. Mis miras se ampliaron.

Solía quedar con un compañero de trabajo, que salía a veces a correr, y le convencí para que me acompañase a hacer excursiones fuera de la ciudad. Cuando el tiempo me lo permitía, recorríamos rutas que estaban fuera o dentro del término municipal, pero alejadas de casa, y me deleitaba con paisajes maravillosos. El disfrute estético era para mí como el de hacer senderismo, con la ventaja de que abarcábamos mucho más, observábamos más enclaves en una misma mañana y sin pasar por delante tan rápido como para perdértelos, ya que el ritmo lo marcábamos nosotros.

Habían pasado un par de meses desde que Adrián marchó de casa. Yo había visitado a un abogado que me habían recomendado para iniciar los trámites de divorcio que iba a ser de mutuo acuerdo, sin peleas ni problemas económicos ni de otro tipo.

Recibí sms de Antoine:

*¿Como te va con Adrián? Voy a Zaragoza el 21 de noviembre y me quedo una semana. Luego había pensado pasar 3 o 4 días para verte si no te viene mal y no es molestia para tu relación.*

21 de noviembre, quedaba exactamente un mes y medio. Lo llamé, y lo puse al día de lo ocurrido, le expliqué que definitivamente me había separado y que iba a iniciar los trámites de divorcio. Se sorprendió, y se entristeció por mí, porque sabía que habíamos estado muy enamorados. Cada vez que hacía esto me ponía en una

posición más firme de que por su cabeza no pasaba ni por unos instantes ningún sentimiento que no fuera puramente amistoso y de afecto hacia mí. Lo cual me entristecía por un lado y por otro me daba calma, ya que yo en el fondo tampoco quería mucho trasiego sentimental hasta al menos haberme situado y equilibrado la que ya tenía. Pero me quedaba un sabor de boca amargo, quizás por nostalgia, o quizás porque siempre muchas veces venía a mi cabeza aquello de que “la casualidad, está llena de encantos. Y si el amor debe ser inolvidable, las casualidades deben volar hacia él desde el primer momento.” Siempre en el fondo de mí cuando las cosas con Adrián no marchaban, o en mis momentos de pensamientos en soledad pensaba que el destino me uniría finalmente con aquel chico espigado de pelo dorado como el trigo y manos finas como un pianista. Aun en el ardor del amor de mi matrimonio, había algo que en algún momento me transportaba hacia las letras de nuestras cartas, hacia las Pirámides del Louvre aquella noche en que recorrimos Paris corriendo y comiendo pastelitos japoneses. Dicen que el amor es una flor, que nace al borde de un precipicio y yo di ese paso para acercarme a tocarla, sin miedo a resbalar o caer y... caí... Y hasta que lo descubriese qué es lo que sentía realmente, solo esperaba que los fantasmas del pasado desaparecieran como tales y que si Antoine debía entrar en mi vida, quería que fuese como lo hizo aquel primer día. Mágica y casualmente. Quería volver a vivir la magia del destino y de lo predestinado.

—Así que no hay problema. Puedes quedarte unos días, si quieres en casa. No tienes que ir a ningún hotel. Cómo te va a tí?

—Shui y yo hace una semana vivíamos unos días de forma muy agradable. Luego nos enfadamos y pense ir a ver a un abogado, también esta vez, triste de mí que lo he pensado mil veces, tan harto que estaba yo, y ayer lo pasamos mejor. Nos arreglamos, de modo que ya estamos otra vez en una fase alta...fase buena. Somos iguales tú y yo: soñamos demasiado. Pero me parece que cuando tengo un buen momento con ella, pues me olvido todo el daño que me ha hecho y que me hace. Tiene un carácter terrible, y la



convivencia a veces es dura porque no nos amoldamos, pero luego vienen períodos buenos como ahora. No sé qué ocurrirá.

Esa noche quedé con mi compañero de trabajo y dos chicas y un chico más, amigos desde el Instituto. Salí de noche por primera vez en muchos meses y me divertí como una loca; a mi alrededor sólo desconocidos, no conocía a nadie en ninguno de los sitios donde íbamos pero eso me daba igual, yo no buscaba a nadie. No conocía ni los lugares donde íbamos, que por lo visto eran los más cool del momento. Suspendido en un lugar, en el tiempo un día del algún mes de otoño en vaya a saber qué año estaba mi felicidad. Y decidí que la reencontré aquella noche.

Al día siguiente me desperté con un poco de dolor de cabeza y no hice nada por salir de la cama. Pensé que aún no hacía tiempo de poner el nórdico, pero en momentos así seguro que hubiera estado a gusto bajo él.

Cuando tienes en movimiento todo tu interior, cuando te arrasa un terremoto a mucha profundidad, tus pensamientos, tu visión de la vida pasa la mayoría de las veces a otro plano y las cosas que pensabas o sentías cambian. El mundo es distinto. Tus sensaciones ante las cosas, ante la música que suena de fondo, cada nota subiendo por tu piel, acariciando cada centímetro de tu cuerpo y tu corazón, se multiplica la intensidad de las percepciones ante la vida.

Pensaba que se podía pasar por todo esto de puntillas, pasar por la vida sin arriesgar, dejando pasar las cosas como una película de sobremesa mientras estas echada en el sofá y no piensas en nada más, o puedes lanzarte y entrar de golpe a vivir, a por todas.

Llegó noviembre, y con él el frío y con el frío Antoine. Pasó su semana de trabajo en Zaragoza y luego vino para casa.

Se acomodó en la habitación de invitados donde solían quedarse mi familia cuando venía a casa.

—Nunca antes había venido a Madrid. A Barcelona si como ya sabes, y me gusta mucho, aunque creo que Madrid es más grande y tiene más centros culturales, museos etc, ¿puede ser?

—Yo nunca he ido a Barcelona —contesté sonriendo— pero creo que sí, que los Museos más importantes del país están aquí en Madrid.

—Tienes muchísimos libros, ¿los has leído todos? —dijo señalando una estantería que cubría toda una pared de esa habitación.

—Esos sí, pero tengo más. Los que están en mi dormitorio son los que tengo pendientes de leer. Me gusta mucho leer. Luego te los enseñaré. Había pensado que lo que más te apetezca. O cenamos aquí en casa si estás cansado de viaje, o de comer en restaurantes estos días en Zaragoza. O salimos a un japonés nuevo que han abierto y del que me han hablado pero aún no he ido.

—Desde luego la primera opción. Estoy cansado como dices de restaurantes, pero sólo aceptaré si me dejas ayudarte en la cocina.

—Tengo cerveza en la nevera, también he comprado Coca Cola, porque creo que no bebes cerveza, o Nestea si prefieres algo sin gas. Y vino también. O para cenar, o nos servimos una copa ahora mientras charlamos un poco y vamos preparando la cena.

—Me he ido de casa —soltó, de repente, produciéndome la misma sensación cual jarro de agua fría en pleno noviembre tal como estábamos.

—Cómo?

—Sí, me fui de casa hace 3 semanas. Me he ido a vivir con un compañero de trabajo con quien tengo mucha amistad, y mientras preparamos todo, abogados y vemos cómo se desarrolla esta situación le he dicho que se quede ella en casa. Estoy buscando apartamento y la semana que viene espero encontrar algo y trasladarme.

—¿Pero qué ha pasado?

—Tuve una semana complicada de trabajo, y cada vez que llegaba a casa era cada día una lucha con Shui. Es un tigre esta mujer con

el carácter que tiene. Y de repente lo vi claro, esto no iba a cambiar nunca jamás. Me sentí idiota, era evidente que no había aprendido con todas las experiencias que había tenido ya en este sentido. Volvía a caer en sus mismos juegos estúpidos y peligrosos. Son trampas que el sentimiento no deja ver y caía una y otra vez. y la ceguera me hace sentirme idiota. Y el último día la discusión fue tan fuerte y estaba cogiendo un giro que me dió miedo. No podía permitir perder las casillas hasta ese extremo al que ella me llevaba cada vez más. Cogí una mochila con una muda y me marché. Al día siguiente fui mientras ella trabajaba y recogí unas cuantas cosas necesarias y hasta hoy. Hemos hablado un día, le expuse la situación y me vine a Zaragoza. Me venían tus palabras una y otra vez: hay que arriesgar para cambiar las cosas y poder ganar. No podía permitir aquello más en mi vida, o hacerle daño quizás un día. Ahora la llamo “mi huésped” —dijo con una sonrisa amarga.

—¿Y cómo estás? no tenía ni idea Antoine.

—Tu hermana no lo sabe, no la he visto en varias semanas. Y pensé que como venía, mejor contártelo estando aquí. Tenía la cabeza un poco loca, no tenía ganas de contar ni hablar al respecto. Sólo desintoxicarme de esta sensación extraña.

—Te entiendo.

Y nos pusimos a hacer la cena, mientras él me ayudaba a pelar y cortar las patatas para la tortilla que iba a preparar, yo saqué el salmorejo que había hecho el día anterior.

—Te vas a chupar los dedos, receta típica de mi tierra. Es más de verano, pero en invierno también lo hago de vez en cuando...

Muchas veces al pensar en él, en esos días en que había vuelto a pensar tanto, había vuelto a mi cabeza aquella canción que para mí era nuestra canción. *Ne me quitte pas*. Había sacado la cassette días atrás, y cuando terminamos de cenar y nos sentamos con una copa de vino la puse. Era una selección de música francesa, con Jacques Brel, Charles Trenet, Françoise Hardy...

—¿La sigues escuchando? —Me dijo con una tierna sonrisa

—Es la copia que me regalaste. Me la traje de casa de mis padres en el último viaje.

—Hace años que no la escucho yo, no sé ni si la tendré aún —dijo, quizás para hacerme sentir que ni la canción, ni yo, ni nuestros sentimientos ni nuestras cartas significaban en su vida nada importante. —Nos encontramos en un punto cuando nos conocimos —continuó diciendo— y nos encontramos ahora tantísimos años después en el mismo punto en nuestras diferentes vidas. No sé si significará algo, pero aquí estamos verdad?

Y así pasamos el fin de semana, tranquilos, contándome cosas de su trabajo, de París, y yo enseñándole Madrid y sus museos que tanto me gustaban. Paseamos por el Retiro y montamos en sus barquitos. Y de repente llegó la hora de marcharse a París de nuevo.

Ya en casa, puse de nuevo mi cassette, y llegó Ne me quitte pas y me emocioné sin remedio. Ese tema de amor aunque no hablaba de nosotros, para mí era nuestra.

Otra semana más que empezar, lunes. Me gustaba mucho mi trabajo, y mi rutina diaria. Estaba en plan cocinillas. Siempre me gustó la cocina, y lo hacía bien, pero me había propuesto aprender e incluir en mi rutina platos nuevos, y como era invierno, y con el frío apetecía, hacer repostería. Pilar me había pasado varias recetas de galletas, y de sus famosos cupcakes, aunque había que reconocer que para decorarlas no tenía mucha mano y me costó un poco de hacer y comerme varias hasta que conseguí hacer una buena partida que llevé al trabajo. Lo que más me gustaba eran los palets bretons, hummmmm, las galletas bretonas.

—María, para que te salgan buenas buenas debes usar una harina de muy buena calidad —me decía al teléfono cuando la llamé para que me diera la receta.

Las palets bretons son de la Bretaña y se distinguen por la forma redondeada, su textura suave y el toque salado que potencia el sabor de la mantequilla.

—Toma nota, que esta receta es muy rápida, y recuerda que no necesita reposo en frío

Y allí estaba yo en mi cocina, pasando la tarde del jueves, midiendo mis 250 g de harina, 2 cucharaditas de levadura, 150 g de azúcar, y lo necesario para mis galletitas bretonas. Hacer galletas o bizcochos era una delicia ya desde que salían del horno, pues llenaban todo mi pequeño apartamento de un irresistible aroma que me parecía muy acogedor. En invierno el cuerpo siempre me pedía más calorías, y me gustaba comerlas para merendar con un capuccino bien calentito, y si estaba lloviendo en ese momento más perfecto era el momento.

Embobada en mi momento azucarado recibí una llamada de Inés.

—Vente el próximo fin de semana de la semana que viene, es el puente de la Constitución. No estoy segura pero creo que Antoine ha cambiado de piso. Lo llamé ayer y me contó sobre “su huesped” —me contaba riéndose porque era divertida la expresión de cómo llamaba a su mujer—. ¡Vente el puente! Fabio y Ahmed me dijeron que hay unas fiestas universitarias y que se reunirán todos. Vendrán también hasta Riad y Alex desde Toulouse.

—Me parece una buena excusa, excusa total, jaja, pero miraré precios de aviones y decidiré.

Y allí estaba yo, con mi maletita y mi superbufanda gris de enormes ochos de lana, y el gorro compañero, de nuevo hacia París, con una gran ilusión de volver a reencontrarme con todos los amigos que había hecho en verano. Con billetes de jueves por la tarde hasta el domingo por la noche, días, horas que pasarían volando.

En el aeropuerto de Charles de Gaulle me esperaban Inés y Antoine, que se habían puesto de acuerdo. Llovía en París.

Fuimos a casa de Inés a soltar mi maletita, y fuimos a comer algo, estaba hambrienta. Paseamos por el Barrio latino, y nos metimos en una cervecería de la que Inés y yo guardábamos un gracioso recuerdo. Estaba lleno de estudiantes y extranjeros, con música de fondo de los años 80, un ambiente estupendo. Yo miraba buscando

caras conocidas, sin ninguna intención, sólo por sentir esa bonita sensación de cuando los reencuentros, pero no me sonaba ningunas de las personas que allí estaban. Y nos fuimos a casa a descansar.

El viernes transcurrió tranquilo, conversando mucho Inés y yo. Nos levantamos y fuimos a una boulangerie cerca de su casa, donde ella solía desayunar los sábados si quedaba con alguna compañera de trabajo.

—Verás, tú que disfrutas tantísimo los desayunos, verás la variedad que hay ahí. Sus viennoiseries están buenísimas.

—¿Viennoiseries? —pregunté perpleja.

—Sí, bollería de origen vienés, a ti te va todo eso de probar cosas diferentes. Hay brioches, magdalenas, napolitanas de chocolate, pan de pasas u otros cosas así, El desayuno típico del francés es el pain et confiture, baguettes abiertas por la mitad untadas en mermelada y mantequilla, aunque ya sé que tú la mermelada no, pero también hay muchos embutidos. Ya verás.

En la panadería había una larga cola y el dependiente no podía dar abasto. La variedad de panes y embutidos y quesos era impresionante. Oh, cómo disfruté...

Entre las lluvias y los grises de los días de atrás según decía Inés, de forma repentina apareció una fabulosa mañana de sol. Tímido, escondido aún entre nubes, un poco lejano, pero prometedor, lo suficiente para que los parisinos se quitasen cada piel de cebolla y las terrazas típicas, con su gente mirando al frente estuviesen llenas, muchos leyendo tomando de ese lindo sol.

Paseamos por Montmartre subimos al Sacre Coeur, y disfruté muchísimo con sólo mirar las pinturas de los distintos artistas bohemios que llenan esas calles traseras de la basílica, y las plazas. Le pedí a Inés, porque no recordaba bien dónde quedaba, que fuésemos a visitar una de las tiendas de Pierre Hermé y comprar macarrons, que tanto me gustaron. Fuímos a su tienda en la Rue Bonaparte pequeña, coquetona y en la cual tienes que hacer cola

siempre antes de poder entrar No tuve la suerte de encontrar disponible en aquel momento su macarrons estrella, Ispahan (rosa, frambuesa y litchi) me hice con el macaron de rosa infinita, el de chocolate brasileño Paineiras, y el macaron de temporada de calabaza y maíz. Otro momento del día ocurrió en el metro, volviendo a casa, cuando un hombre empezó a declamar poesías de Baudelaire y Victor Hugo. Pocas personas conocían estos textos y el hombre, muy teatral, consiguió una buena cosecha de sonrisas. Entre otras las nuestras, que sin prisas nos quedamos un rato mientras recitaba unos preciosos versos

Te deseo primero que ames,  
y que amando, también seas amado.  
Y que, de no ser así, seas breve en olvidar  
y que después de olvidar, no guardes rencores.  
Deseo, pues, que no sea así, pero que sí es,  
sepas ser sin desesperar.  
Te deseo también que tengas amigos,  
y que, incluso malos e inconsecuentes  
sean valientes y fieles, y que por lo menos  
haya uno en quien confiar sin dudar.  
Y porque la vida es así,  
te deseo también que tengas enemigos.  
Ni muchos ni pocos, en la medida exacta,  
para que, algunas veces, te cuestiones  
tus propias certezas. Y que entre ellos,  
haya por lo menos uno que sea justo,  
para que no te sientas demasiado seguro.

Estaba siendo un día precioso, inesperado, con un sol tibio típico más de otoño aunque los árboles ya no tenían hojas. Pero todavía se veían parejas en los bancos.

Quedamos con Fabio, Ahmed y los demás, para saludarnos, para vernos. La fiesta de la Universidad era al día siguiente sábado. Antoine y yo iríamos ese viernes los dos a cenar juntos. Los chicos estaban como siempre, me pareció entrañable que a pesar del

relativo poco tiempo que habíamos compartido juntos y el tiempo que había pasado desde que me fui, aunque no era tanto, pero la relación era tan fluída y amistosa como si de toda la vida se tratase. Había cariño y compenetración. Supongo que la convivencia de los fines de semana compartidos ayudaron a ello.

Antoine me recogió a las 19.30h en punto para ir a cenar.

—Cenamos en mi casa. Te lo debo, la última cena fue en la tuya. Te haré comida china que sé que te encanta. Es mi especialidad y la mayor parte de lo que como, desde que viví en Beijing, y desde que vivo con Shui sobretodo. Así verás mi apartamento.

Pero antes de ir estuvimos paseando, por donde él me llevó, o por donde sin pensar ambos fuimos paseando, sin decirnos o preguntarnos donde.

Y así llegamos a su petit apartamento. Los pisos de la capital francesa destacan por ser muy pequeños y, en ocasiones, muy antiguos. Había dejado el piso de su compañero de trabajo y había alquilado un pequeño apartamento, sin tiempo determinado. No sabía qué iba a pasar con el suyo, sólo sabía que no quería volver a la convivencia con Shui.

—Gracias a una decoración minimalista y unos muebles versátiles —me explicaba mientras cogía mi abrigo para colgarlo en el perchero de la entrada— un piso tan pequeño como este puede llegar a convertirse en un piso acogedor. No necesito mucho más para mí ahora mismo. Aunque, por supuesto, tiene sus límites, por ejemplo organizar una fiesta de bienvenida para los vecinos no sería nada fácil.

—¿Y encima deben ser carísimos no?

—Los alquileres son extremadamente altos. Una habitación puede costar tranquilamente 500 o 600 euros y todo depende de la zona en la que estés. Además es bastante complicado conseguir un



alquiler, hay colas para las visitas de los pisos y te piden infinidad de papeles y de garantías.

—¿Y todas esas cajas? —dije señalando una serie de cajas apiladas una encima de las otras— ¿cosas por colocar aún?

—Son libros. Tengo hambre voraz de lectura. Me gusta mucho, como a ti según pude ver todos los que tenías en tu casa. Me los quiero leer todos uno tras otro. También estoy con hambre de cine y de música. Estoy viendo cine antiguo, creo que a Eric Rohmer lo conoces, alguna vez creo recordar que me hablaste de él. —Quizás notó que me sonrojé, era uno de mis directores favoritos, y me emocionó que lo recordase—. No consigo saciarme y no sé si eso quizás significa algo, pero hasta que le encuentre el sentido, o hasta que no, voy a seguir aprovechando esta necesidad intensa de consumo cultural. ¿Te gusta la coliflor?

—¿Coliflor? sí, me gusta, pero pensé que ibas a cocinar comida china.

—Y así es, coliflor a la oriental, con salsa de soja, cerdo, fideos chinos y jengibre. Y también haré un wok con vegetales y salmón rosado.

“¡Vaya!...” —pensé...

Cenamos tranquilamente, y todo estaba exquisito. Nos sentamos a charlar tranquilamente.

Y empezaron a sonar las notas de *Ne me quitte pas*

—Cuando éramos jóvenes y pensaba en tí siempre tenía en la cabeza esta canción. —Mientras salían estas palabras de mi boca, cómo cobrando vida por sí solas, sentía el rubor en mi cara, pero sentía que era el momento, que estaba sintiendo esas ganas de expresarme así—. Con el tiempo para mí esta canción pasó a ser de los dos.

Antoine mientras yo hablaba me miraba, directamente, con sus ojos azules, su pelo lacio castaño claro, y las mangas de su camisa blanca arremangadas hasta el codo, dejando ver su antebrazo,

despertando todo aquellas sensaciones que me evocaba aquella noche en París, en las Pirámides del Louvre.

—Un brindis? por las canciones que marcaron nuestro pasado, y esas canciones mismas que aún llenan nuestro presente.

Antoine era un hombre sensible, y no le asustaba demostrar ni hacer gala de esa sensibilidad que enamora a las mujeres, y que tanto echaba en falta en Adrián.

—Ven, no es canción de bailar, pero... —quedó en un breve silencio  
—¿quieres bailarla?

Y levantándose me cogió de la mano y ahí estábamos los dos, abrazados, moviéndonos muy lentamente como flotando en el aire, mientras la magia envolvía el salón, sólo iluminado por la lámpara del rincón, un par de velas prendidas encima del mueble y una lámpara de sal, y un suave aroma a lavanda flotando sobre nosotros. Bailamos esa canción y la siguiente y la siguiente. Pausados, sin decir nada. Respiraba profundamente cada segundo a su lado, el aroma de su piel impregnada mi cuerpo. Lo aspiraba, pensando quizás que tal vez podría llevármelo conmigo. Tenía el corazón en llamas, con la mente y el cuerpo al completo lleno de notas de acordeón.

Siempre lo viví así, disfrutándonos intensamente cuando estábamos juntos. No sabía qué éramos, qué habíamos sido antes ni qué éramos ahora. Sólo éramos. Sentimientos, olas en el aire, notas en mi mar. Nunca había sabido durante aquellos años cuándo volvería a verle, pero estaba segura de que volvería a hacerlo. Y sabía que cuando ese momento llegase sería precioso como estaba siendo, suave y delicado.

Con aquel baile y aquel suave silencio, entre paso y paso, y aterciopeladas caricias se hizo muy tarde y volví a casa.

—Te veo muy bien— me dijo Inés con una leve sonrisa cuando desperté. Tenía preparado café y zumo de naranja sobre la mesa—

Me gusta tu color de cara. Anoche lo pasaste bien, seguro. No hace falta que me lo confirmes.

Yo no tenía aún ánimo de hablar, así que dejé que ella continuase con su charla matutina. Yo aún no me había despejado.

—Ves? La historia sigue, las estrellas brillan, los planetas encuentran su lugar en el universo. Yo encontré el mío, aquí, al menos ahora mismo y parece que tú puedes volver a encontrar el tuyo, que casualmente termina siendo el lugar que deseabas sólo que 15 o 18 años más tarde. ¿Puede ser?

Antes de ir a la fiesta, yo había quedado con Antoine.

—He pensado que podríamos hacer algo que te gustará mucho, y que creo que al menos aquí en París no has hecho aún.

Llegó la hora a la que habíamos quedado con los chicos, Vinieron a recoger a Inés a casa Fabio y Ahmed. Nos reuniríamos allí mismo en la fiesta todos los demás.

—Bien, has acertado en ir tan abrigada, porque es al aire libre —dijo cuando aparcó el coche.

Después nos dirigimos al embarcadero que hay al lado del Puente del Alma

—¡Corre! —me dijo a la vez que me agarraba de la mano y empezó a correr— ese es nuestro barco.

Ibamos a coger uno de los Bateaux Mouches, mientras a mi parecía que me saltaba el corazón de la emoción de la sorpresa. ¡Un crucero nocturno por el Sena!

Estaba sin duda contenta, feliz, corría un suave viento frío, pero no quise que nos metiesemos dentro, sino que quería disfrutar desde fuera de toda la vista. ¿La vista? ¡Una sobredosis de belleza! E iba disfrutando de las historias y leyendas que el señor del barco iba diciendo por la megafonía. Algunas cosas a veces se me escapaban porque por el megáfono me costaba un poco más comprender. Y a veces el viento apretaba y me azotaba la cara, y me acurrucaba un poco al abrigo de Antoine.

La ruta empezó junto al Pont d'Alma. Bajo el Pont des Invalides y luego el de Alexandre III, París se deslizaba ante nuestros ojos: el Grand Palais, las Tullerías y el Louvre, la Asamblea Nacional y el Musée d'Orsay sobre la orilla izquierda. Excelentes vistas de Notre Dame, tanto de la más conocida fachada oeste, como de las fachadas sur y este, menos habituales. Pasamos junto a la casi desconocida estatua de Carlomagno, que está en un extremo del Paris de Notre Dame. Pura magia con el cielo lleno de estrellas iluminando la cerrada noche, pura magia Paris iluminada, con miedo de que alguna de aquellas estrellas hicieran visibles los más profundos sentimientos o emociones escondidos bajo el abrigo.

Estábamos a punto de pasar bajo el Puente Marie, uno de los más antiguos de la ciudad y monumento histórico de la ciudad cuando una ráfaga de viento no me dejó oír exactamente qué estaba diciendo el señor del megáfono

—¿Qué ha dicho?

—Que la tradición dice que al pasar por debajo del puente hay que cerrar los ojos y pedir un deseo.

—¡Ah, vale! qué lindo —dije sonriendo.

—Y que los que hagan la travesía por el Sena en pareja deben besarse y así conservarán el amor.

Cuando de repente me echó su brazo por encima y me besó.

Fue muy rápido y fugaz lo que sentí, brotaron mis alas, se extendieron...Une, deux, trois... voló mi mente, palpitaba mi corazón, lo miré y él sonreía mirando a, ¿a dónde? ...no sé si al infinito o hacia algo concreto... yo estaba en la fina línea en que se juntaba el Sena y el Cielo, pero sin pensar en nada, simplemente feliz. El barco dió la vuelta, para dirigirse ya hacia el embarcadero. Aquí tuvimos, posiblemente, las mejores vistas de la Torre Eiffel. Sólo superadas por lo diminuto que se siente uno cuando uno se coloca en el centro de sus cuatro gigantescas patas, y mira hacia arriba.

Acabó el recorrido, subimos a su coche y nos dirigimos a la fiesta.

Me parecía muy divertido todo aquello, y creo que a Antoine también. Hacía algunos años que habíamos terminado la

Universidad y el ambiente que se respiraba era muy relajado y juvenil. Me gustaba la sensación de poder desenvolverme por mi misma con el idioma, el hecho de que aún habiendo pasando meses sin haber practicado, pudiese entender y hacerme entender sin problema.

Sacamos unos cuantos tickets, pedimos (tenían sangría!), bailamos con una música que iba alternando música pop y rock actual francesa que yo desconocía con música internacional, y hablábamos y nos reíamos. Y en alguna de las canciones, bailando, Antoine me rozaba la mano, sin querer, descuidadamente, o no, el caso es que en un momento nuestras manos estaban juntas, y no la separé.

Los chicos se divertían, se unieron al grupo unas chicas orientales, compañeras de estudios de Riad y Fabio, y otras compañeras de proyectos y trabajo.

Pasaron un par de horas en que bailamos, rock&roll incluso, bromeamos, comimos algo de los aperitivos que fueron pasando por allí, y yo que no me quería acostar muy tarde para al día siguiente despedirme de mis amigos antes de volver a casa, le pedí a Antoine que me llevase a casa, ya que Inés quería quedarse con el resto.

—Pareces la Cenicienta, recuerdas cuando te fuiste de unas horas a otras cuando tu abuela enfermó la primera vez que viniste, con tu familia? Cuando la fiesta está mejor tú tienes que volver...

—Linda y triste comparación —dije— ¿quieres subir un rato más?

Mientras me quitaba el abrigo Antoine me miraba. Sentía su mirada en mis caderas. Se acercó por detrás, me abrazó y me besó el pelo.

—Se acabará el mundo y nuestros corazones seguirán juntos —me susurró al oído.

Me estremecí.

No era sexual mi atracción o sentimiento hacia él, era su inteligencia emocional, su sensibilidad, su capacidad para conmover y entender las sutilezas del corazón y de la vida.

Permanecimos un rato así abrazados, en silencio. Sintiendo su cuerpo, su perfume, llegando tan dentro de mi ese abrazo que me

dolía y temía despegarme

—Muchas veces al pensar en tí últimamente me venía a la cabeza aquellas horas en las Pirámides del Louvre. Te eché tanto de menos aquellos meses que les siguieron, esperaba con tanta ilusión tus cartas... Me sentía volando, levitando, deseaba verte, y me gustaba recrearme en esa sensación tan gozosa para mí. Así han pasado años. El tiempo ha volado y no hemos dejado de querernos.

—Y se acabará el mundo y no sé si nosotros tendríamos la misma cara, el mismo cuerpo, pero seguiríamos siendo la misma cosa, el mismo corazón, porque estos años han pasado, y quien sabe si hemos vivido sólo para volver a reencontrarnos.

Le cogí de la mano y fuimos hacia la habitación.

Nada más suave ni lo imaginé. Sus labios rozaban suavemente los míos, mientras mi corazón latía violentamente presa de una enorme emoción.

—Estás seguro Antoine?

—Sí, es lo que quiero, es lo que realmente me apetece, ¿tú quieres?

Besos de colores cubrieron mi cuerpo, tocando y pintando mis dedos un arco iris en el suyo, haciendo un mapa de su piel. Sentía su cuerpo contraerse al mismo tiempo que el mío mientras delicadeza y pasión provocaban un descontrolado río de sensaciones que hasta ese momento nunca antes había experimentado de esa forma.

—Eres mi media luna —susurré a su oído, sin importarme descubrir mis secretos desnudos en una brisa llena de frescos aromas.

Me cubrió de caricias todo mi cuerpo, exaltándome y haciéndome desear que este momento fuese eterno, y al darme un beso en el cuello, miro a mis ojos y sonrió tiernamente. ...Un campo de amapolas cubrió aquella cama desdibujando un mar donde susurraban mágicas caracolas. Ambos sabíamos que éramos uno solo esa noche, al menos esa noche.

Se fue cuando aún no había llegado Inés, cuando aún las estrellas nos dejaban sus luces en el cielo.

Se fue y me fui. Al día siguiente marché, como vine, pero cargada de incertidumbre y fuerza renovada.

La vuelta a casa fue dura, emotiva, y llena de sentimiento e ilusiones, pero dura como dura es toda separación, pero con muchos planes mentales y la ilusión de un corazón recién nacido y renovado. De nuevo tenía el corazón prisionero de luz y magia, pero prisionero y aprisionado. La libertad para mí es muy importante, pero esta sensación es tan reconfortante... Nadie nos puede decir qué camino seguir con seguridad para tener una vida tranquila sin altibajos, y en la que nos podamos hacer viejitos llenos de felicidad. Además, yo siempre fui dura para aceptar consejos, los escuchaba, de acuerdo, pero no siempre los seguía. Me gustaba mi derecho a equivocarme una y mil veces más pero seguir mi intuición y mi sentimiento.

Esos días me imaginaba un nuevo reencuentro con Antoine. Alguna noche incluso soñé con una chica que pasaba una noche romántica y bonita con un chico con gran parecido a él, más que guapo, y que al despertarse el la sorprendía con una taza de té de jazmín en la mano, como los que vi que eran típicos en la mezquita de Paris después de comer, jazmín como imaginaba que olerían las callejuelas de Marrakech, jazmín y almizcle. Había un tocadiscos en la mesita al borde de la cama que leía un Lp de The Class y el mítico London Calling, sonando muy bajito, con un gran sol cálido atravesando las cortinas de fino lino blanco, un sol que iluminaba toda la habitación, toda la mañana.

Y esa chica se sentía feliz y tranquila y yo al despertar de aquella visión también me encontraba así, tranquila, sabiendo que todo se tornaba del color lavanda que tanto me gustó siempre, como recordaba en mi imaginación y recuerdos que olía el cuerpo de Antoine, y el pelo precioso de Mari Claire. A lavanda. Era la dueña de mis decisiones como había sido siempre, y la vida sonreía.

Siempre asumí mis decisiones, cuando fueron mal, cuando me equivoqué, pero eran decisiones mías. Sólo que esta vez no tenía ni remota idea de a dónde me llevaría este giro, todo se me antojaba desconocido, me sentía en peligro, sí, pero hacía tiempo que no me sentía tan viva, o sí, desde que me divorcié y recobré el sentido de total libertad, y sentirla así ya es un riesgo, aunque muy ilusionante.

*“Querida Maria*

*Estoy en un compartimento de un tren que me conduce a Nancy donde pasaré martes y miércoles. En diagonal de mi, una mujer de unos cuarenta y cinco años, vestida de gris con medias rojas, pelo corto, durmiendo tranquilamente. Yo estuve durmiendo casi una hora pero he despertado para estar listo cuando venga el revisor que me venda un billete y pagaré la multa ya que el billete quedó por alguna parte en el suelo de la estación: he llegado corriendo como un perro de caza y se habrá caído. Lo he perdido. Me he dado cuenta al sentarme. Luego, me puse a ver las fotos que nos hicimos estos días que has estado en Paris, y recordando nuestras conversaciones, imaginando de nuevo tu risa y tu sonrisa, y tu pelo. Disfrutando tus palabras, imaginando tu voz, recordando aquellos minutos en el convertible de Port Royal. Siempre durante estos años que tenemos de amistad, desde que nos conocimos, te he recordado como alguien muy especial, siempre me ha encantado haberte conocido y sabes que me gustan mucho las historias de coincidencias... Hubo muchas entre nosotros, desde luego, muchas me parece. Desde aquel día en la floristería de tu madre, cuando admiré tu cabello por detrás hasta hoy en que estamos los dos en una situación similarmente difícil y con características bastante parecidas. ¿Qué puedo decirte? Lo que me falta para decirte que eres más que un ser especialísimo al que tengo mucho cariño y hoy en día amor en mi vida, lo que me falta es esta proximidad que tu también sabes que existe. Hoy más que nunca, como lo sabes, estoy muy desilusionado, y sobre todo me doy cuenta que entre Shui y yo, hay muchísima complicidad, mucho estimo, mucha historia, muchas cosas... pero quedan diferencias tan concretas que,*



*me parece, no las superaremos nunca y esas cosas vienen mucho de cultura, de educación, de modo de vida durante la adolescencia. Pero no te contare más de nuestra relación, que si no te aburrirías. Además esto ya acabó, cada uno estamos haciendo nuestras vidas, sólo que ella aún vive en mi casa, en mi apartamento. Y lo más importante, claro, queda la disolución de nuestro matrimonio.*

*María, eres una mujer sensacional, tienes un carácter resistente y alegre, y valiente, y ahora parece que sabes bien lo que quieres, yo sin embargo tengo miedo. Tengo miedo. Creo que hay que tener cuidado Florecita, si decidieras venir a vivir aquí, cuando estés en Paris todos los días, ya no veras la belleza, ni te caerán bien los parisinos, y cuando veas que difícil es encontrar un trabajo, trabajar con los franceses, que caro es vivir por aquí y que frio hace siempre, y que distinto de la zona real de donde tu vienes, que no lo entiendes todo bien, que tus amigos y amigas todos están en España, que la comida tampoco te encanta cada día... Tengo miedo. Lo cierto es que me da ganas de ser menos prudente... ¿¿Pero no lo he sido ya?? Y no me he quemado ya ?Por qué siento fuego en el corazón, siento muchas veces que me falta el aire ahora. Tú también me conoces, y sabes que tengo miedo, que digo mucho 'cuidado'. Me gustaría pasar más tiempo contigo. Pero no sé cómo lo podríamos hacer. Creo que al menos tener conversaciones frecuentes. El tren ya está llegando, voy a cerrar el ordenador. Un tierno beso.*

*Antoine”*

Después de leer su mail, salí a pasear. Entendía como se sentía, él aún no había roto lazos como yo, y entendía su situación también, su temor. Shui china, él francés, él francés yo española, diferencias culturales que habían hecho fracasar su relación, también por diferencias de concepto y de formas de ser, de ímpetus y caracteres, pero al fin y al cabo, quién garantizaba, a mí, a él, que yo me adaptase a vivir allí o que él fuese feliz al vivir en España? Pero aquello estaba ocurriendo por algo, nos situábamos en el mismo plano de la vida, y nos volvían a unir los sentimientos. Cuando llegué a casa respondí a su mail:

*“Si pudiera vivir nuevamente mi vida,  
en la próxima trataría de cometer más errores.  
No intentaría ser tan perfecto, me relajaría más.  
Sería más tonto de lo que he sido,  
de hecho tomaría muy pocas cosas con seriedad.  
Sería menos higiénico.  
Correría más riesgos,  
haría más viajes,  
contemplaría más atardeceres,  
subiría más montañas, nadaría más ríos.  
Iría a más lugares a donde nunca he ido,  
comería más helados y menos habas,  
tendría más problemas reales y menos imaginarios.*

*Yo fui una de esas personas que vivió sensata  
y prolíficamente cada minuto de su vida;  
claro que tuve momentos de alegría.  
Pero si pudiera volver atrás trataría  
de tener solamente buenos momentos.*

*Por si no lo saben, de eso está hecha la vida,  
sólo de momentos; no te pierdas el ahora.*

*Yo era uno de esos que nunca  
iban a ninguna parte sin un termómetro,  
una bolsa de agua caliente,  
un paraguas y un paracaídas;  
si pudiera volver a vivir, viajaría más liviano.*

*Si pudiera volver a vivir  
comenzaría a andar descalzo a principios  
de la primavera  
y seguiría descalzo hasta concluir el otoño.  
Daría más vueltas en calesita,  
contemplaría más amaneceres,*

*y jugaría con más niños,  
si tuviera otra vez vida por delante.*

*Pero ya ven, tengo 85 años...  
y sé que me estoy muriendo.*

*Poema atribuido a Borges, pero parece que el autor real sería Don Herold o Nadine Stair.*

*Te envío mil besos con este poema. Quizás te aclare un poco más lo que quieres o necesitas hacer.*

*María”*

A partir de ese mail empezó a llamarme cada dos noches. “Tengo ganas de saber cómo te van los días María, y de saber qué haces cuando no trabajas. Tengo ganas de oír tu voz”

Y así esas noches pasábamos un buen rato pegados al teléfono.

—Estos días pienso que fue un gusto enorme conocerte, un casualidad que era nuestro destino. Y mucho más maravilloso fue amarte en Port Royal y tenerte conmigo. Me siento volando a tu lado los minutos previos a llamarte... y a la vez el hombre más afortunado y grande del mundo. No tenemos nada claro sobre nosotros, no somos nada, pero es agradable como me siento pensando en tí.

—Yo también me siento así, es cierto, es extraño, no tengo claro qué relación tenemos, pero temo la distancia. No me gusta. Qué tal tus cosas con Shui?

— Ahora ya, estos días atrás he analizado lo que siento y ya hace tiempo que todo marcha. Ya me he dado cuenta de que es sincero que no la echo de menos. Ya no la necesito, hace días que no, semanas que no. Puede que algo ayude que este notando ella misma que hay algo nuevo distinto en mi vida y su carácter es más agresivo aún conmigo, y lo importante es que creo que ya estoy casi curado y ya sabes lo que eso quiere decir, verdad? Quiero ir a verte en cuanto pueda librar un viernes y hacer un fin de semana un poco

más largo. Tengo ganas de abrazarte y verte reír frente a mí. Y que hablemos, y que determinemos con un poco más de forma planes posibles o qué intenciones tenemos uno con el otro.

Nunca olvidaré la primera imagen que tuve de él: allí en la floristería, con unos vaqueros desgastados, una blusa inmaculada, el pelo dorado y aquella sonrisa juvenil mirándome, la sensación de ver cómo habiéndose marchado volvió a entrar apurado para preguntar por mis datos, para robarme aquel inocente beso a mis 15 años.

Nunca olvidaré aquella noche memorable después del maravilloso día en París, aquella noche en las Pirámides del Louvre. Fue una noche memorable, en que nos dejamos llevar por la ilusión y por el amor, nada podía ser mejor. De vuelta a casa en el coche, sucumbidos por la tristeza de que tenía que partir al día siguiente, Antoine conduciendo sereno, mientras le notaba mirarme en silencio a veces, con la misma rotura de corazón que yo llevaba acurrucada en mis piernas en el asiento de copiloto.

Y ahora aquí, esperando sus llamadas, esperando sin haberlo esperado nunca en realidad compartir tantas ilusiones y esperanzas, tantas imágenes imaginadas en mi mente a veces queriendo, y otras veces hospedándose sin más, robándome espacios en mi mente sin pedir permiso para entrar. Soñando, ahora a menudo, con los ojos abiertos, muy abiertos...Y la piel empapada de olas de mar y sal, de viento y salitre... Aunque a veces me sentía insegura también en toda esta aventura, me daba un poco vértigo y me decía a mí misma, que...despacio María, poco a poco. A ver cómo se desarrolla todo...hay tantos kilómetros entre vosotros...

La casualidad, el destino del que hablaba tantas veces Kundera. No es la necesidad, sino la casualidad, la que está llena de encantos. Si el amor debe ser inolvidable, las casualidades deben volar hacia él desde el primer momento. Y cuántas casualidades habían ocurrido entre Antoine y yo desde aquella siesta de verano en que nuestros destinos se encontraron?

Coincidencia: esos acontecimientos inesperados que ocurren al mismo tiempo, que se encuentran en un punto que no se esperaba. Hay personas que no se percata de la inmensa mayoría de estas coincidencias, quizás porque piensan que la vida es así, que es precisamente así como se componen las vidas humanas. Otras sin embargo si se dan cuenta de cada casualidad. Yo siempre fui una de esas personas. Hay personas que llevadas por su sentido de la belleza, convierte un acontecimiento casual, algo que ocurre sin más, unas notas de música, unas gotas de leve lluvia que cae en la ventana durante el atardecer, en un motivo que pasa ya a formar parte de la composición de su vida. Regresa a él, lo repite, lo varía, lo desarrolla como el compositor el tema de su sonata. Sin saberlo, el hombre compone su vida de acuerdo con las leyes de la belleza aún en los momentos de más profunda desesperación. A mí siempre me ocurrió. La belleza. Siempre buscamos la belleza, una vida bonita, un cuento de amor a nuestros pies, aún cuando acaba en tragedia, busquemos el lado azul, azul plata de las olas que rompen su dolor en las rocas. Poesía.

Es posible echarle en cara al hombre el estar ciego en su vida cotidiana con respecto a tales casualidades y dejar así que su vida pierda la dimensión de la belleza? ¿Dónde está el punto reconocible? Hay personas que perciben la sensibilidad de la vida más que otras, más prácticas, más inmersas en sus rutinas o simplemente con otras creencias de la realidad de las circunstancias. O simplemente que creen que es difícil, que entre tantas y tantas personas en el mundo, no existan coincidencias entre pensamientos, gustos, aficiones, hábitos... Y no dan más valor o credibilidad a esto.

*“Sólo la casualidad puede aparecer ante nosotros como un mensaje. Lo que ocurre necesariamente, lo esperado, lo que se repite todos los días, es mudo. Sólo la casualidad nos habla.”* Milan Kundera.

Se instaló un chico nuevo en mi bloque. Era joven, calculo que 6 o 7 años menor que yo. Nos cruzamos un par de veces en el portal y

coincidimos otras tantas en el ascensor. Tocaba la guitarra por las noches. Me gustaba oírlo mientras recostada en el sofá o en mi cama leía.

—Operan a Shui el mes que viene— me comentaba Antoine una noche.

—¿De qué?

—De la mano derecha. No sé exactamente qué le ocurre, me lo ha dicho por encima y no me suelo quedar con las cosas médicas. Tú cómo has pasado el día?

—Bien, normal como siempre. Ha hecho mal tiempo, así que no he salido con la bicicleta, que tantas ganas tengo, pero aunque ha hecho buena temperatura el viento era desagradable. Me hice un té cuando llegue de trabajar y leí un poco. Mira —me interrumpí a mí misma— ya empieza con la guitarra el vecino nuevo. Parece agradable.

...Sólo la casualidad nos habla.

El camino que nos traza la casualidad es real? imaginario? las cosas ocurren por algo? Yo que creía en este fenómeno sentía un tímido regocijo, una sonrisa cómplice hacia esas manifestaciones, cuando eran en beneficio de mi situación, cuando traía aromas a rosa, pero no como ahora cuando olía a inseguridad y miedo.

Operaron a Shui de su mano, de algo aparatoso aunque no grave, pero lo suficientemente latoso como para arreglárselas sola. Lo cierto es que lo entendía aunque no quería aceptar la realidad.

—María, será unos días que vuelva a mi casa, a vivir allí con ella. Es mientras se recupera. ¡Imagínate! no tiene a nadie aquí, sólo amistades a quienes no puede pedir ese compromiso de ayuda. No puedo comportarme como un canalla sin responsabilidad dejándola tirada sola. Soy su marido.

¿“Su marido”? Aquellas palabras se clavaron en mi corazón como otras tiempos atrás se clavaron haciendo el mismo daño. Entendía su postura, y yo no era nadie suyo que pudiera exigirle ni recriminar cualquiera que fuese la decisión que él tomase en ese momento respecto a ella.

Lo asumí y no dije nada. No era quien.

—Tocas muy bien la guitarra. Te oigo cada noche. —Le dije al chico nuevo del bloque la siguiente vez que coincidimos en el ascensor.

—Gracias —dijo ruborizado.

—Te has mudado hace nada, ¿verdad? Soy María.

—Sí, llevo poco más de un mes. Soy Fran. ¿Te gusta la música?

—Sí! bastante la verdad.

—A veces hago conciertos, muy pocas veces, pero si quieres para alguno te puedo avisar.

Esa tarde salí con la bici. Me apetecía despejar la mente, volar. No era mi caso, pero, pensaba que para personas que trabajaran en cuestiones creativas, un ejercicio que despejara la mente resultaba muy beneficioso. Mi trabajo no era realmente creativo, pero el trabajo de algunos de mis compañeros sí lo era trabajaba totalmente, pero de todas formas, también me hacía mucho bien.

No me ponía retos con la bicicleta, aunque a veces compitiera conmigo misma. No por aumentar la velocidad, eso no, pero sí por hacer un recorrido mayor, o por ir por trayectos que necesitase una mayor resistencia. Estaba claro que era ejercicio físico, quemando calorías y manteniéndome en forma, y se veía físicamente, pero lo cierto es que no era únicamente un deporte para mí, no lo hacía con sólo esa motivación. Era un complemento a mi forma de vida.

Las llamadas de Antoine empezaron a espaciarse en el tiempo. De llamarme cada dos días, empezó cada 3, luego una a la semana. Y

yo empecé a sentirme triste y decepcionada. Es rarísimo estar inmerso en un mundo de sentimientos que van y vienen de manera desenfrenada dentro de uno. Hay cosas que creí que no volverían a pasarme, por que creí saber ya mucho acerca de esto del amor. Creí saber lo suficiente como para no equivocarme. Me encontraba ansiosa de la incertidumbre que da la distancia.

*“Buenos días, Antoine,*

*Quisiera decirte tantas cosas a la cara, quizás tomando un café en Sant Jacques. Pero lamentablemente no me queda otra que llamarte por teléfono, o plasmar mis palabras en un papel que no entiende bien lo que pasa. Quizás critiques el medio. Pero la única razón es porqué no podría hacerlo de otra forma. Si tal vez vieras mi incertidumbre ahora, lo entenderías, o mejor aún si fueses tú quien después de todo me diese una respuesta a esta lejanía que va entrando entre nosotros. Aunque sé que no existe aún nosotros, porque no somos nada. Pero creo que lo que seamos merece unas palabras a tu distanciamiento.*

*María “*

*”Querida María,*

*Estoy en el tren y acabo de escribir varios mails de trabajo. Es un poco egoísta pero te propongo que no vayamos demasiado rápido.*

*Sabes que a los chicos les da miedo. Y también que realmente no es el buen momento. Te dije que tenía miedo. Ya entiendo que quizás una oportunidad no se presente más de una u dos veces. Te entiendo y sé que tienes toda la razón. Pero tampoco me parece que sea una cuestión de días. Mi sentimiento hacia tí es sincero, pero mis dudas quedan iguales: el desequilibrio ya lo conoces, cuando estés por aquí, ya no quedara nada de tus raíces y lo harás por mí. Eso es, psicológicamente difícil. Lo vi con muchas parejas, a comenzar con mis propios padres. Y a pesar que la distancia no sea tan grande como con China, y a pesar de que me pareces una chica extraordinaria, inteligente, honrada y constructiva, y guapa*



*guapísima, estas cosas siempre volverán a plantearse, no tengo ninguna duda. Y además, nos conocemos, si, de muchos años, de casi toda una vida, pero poco del día al día.*

*Bueno, pero no voy a seguir con el martillo dándote golpes en la cabeza. Solo para decirte que sigo con dudas, que en este periodo hay demasiado jaleo para mí, no sé si es una cuestión de días: dime (?). Y pienso que un poco de descanso no estará mal para que vuelva a respirar un poco. No te llamo tan frecuentemente, que es lo que seguro estás notando porque tengo muchísimo trabajo, estoy absorbido de trabajo.*

*De todas formas, no te preocupes: sí que sentí y sigo sintiendo algo fuerte contigo. Sin embargo quizás hubiese sido mejor si todo ya hubiera acabado con Shui para que pasemos por Port Royal juntos... A pesar de que fue deliciosamente tierno...*

*Te mando un gran beso*

*Antoine”*

Esa misma noche me llamó y no le atendí el teléfono. Ni a la noche siguiente cuando me volvió a llamar ni a la siguiente.

Quise poner un poco de distancia, nada importante. Unos días al menos, coger perspectiva de donde me había embarcado y lo que estaba sucediendo en realidad. Me fui a casa ese fin de semana. Ave, mi pequeña maletita y a casa.

—Estás radiaaaaaaaaaante— medio gritó Pilar cuando me vió entrar en la cafetería donde habíamos quedado. ¿Te has hecho algo?

—Tú sí que estás guapísima Pilar, ¿y esa ropa? ¿Has cambiado de estilo?

—¿Estilo? Jaja —rió divertida— me preocupo un poco más por mi ropa, es cierto, he dejado de ser una dejada.

—Una dejada nunca has sido, por favor, pero sí has sido siempre más sobria, ¿no? Me encanta tu ropa colorida, muy femenina. Estás genial de verdad. Te he echado de menos.

—¡Yo también! nosotras también. Estos meses no hemos quedado tanto como antes Eva y yo, que sabes nos veíamos cada semana, pero siempre hacemos algún comentario sobre tí.

Pasamos una tarde muy agradable, poniéndonos al día de nuestras respectivas situaciones actuales, y recordando anécdotas de la facultad. Cuánto había llovido desde entonces, cuántas lágrimas derramadas y cuantas mariposas se instalaron en nuestros estómagos en estos años pasados.

Julia se encontraba muy abuelita. Y se encontraba mal. Mi madre iba a verla cada semana. Ella ya salía poco de su casa. Una señora se encargaba de realizarle la compra semanal y de la limpieza y las comidas diarias.

Yo creo que renació cuando me vió llegar con mi madre. Me sentí muy satisfecha de aquella coincidencia de haber pasado ese fin de semana allí y haber ido a verla ya que falleció a los dos meses después. La abracé en la cama, cuando se echó por que se encontraba algo mareada. Me apretó con unas débiles manos, con un débil abrazo lleno de la fortaleza de su cariño por mí, y recordé ese suave perfume que siempre llevaba puesto. Nunca lo encontré en las tiendas en Madrid, quizás no lo busqué lo suficiente. Agua de Jara. Siempre que alguna señora pasa por mi lado y desprende ese suave aroma vuelvo a la floristería, a su risa, a la ternura de sus abrazos, a su espigada elegancia. Julia. La abuela de la que no disfruté.

La floristería había cambiado. Habían redecorado el local, sin haber cambiado su esencia, y estaba precioso. Había una esquina con varias macetas plantadas iguales, de distintos colores, blancos,

rosas y amarillas. No las conocía y me parecieron muy hermosas y delicadas—.

—Son camelias —dijo mi madre— Son las Rosas de Japón. ¿Te han gustado? Llévate una para tu casa, te hará acordarte de nosotros.

—Ya me acuerdo todos los días de vosotros, mamá...

Y me la traje a casa, con su fino aroma. Y ya nunca me faltó en mi hogar.

La camelia me pareció una flor vibrante, fragante, resistente y me puse a investigar sobre su historia. Fue considerada como “la flor más hermosa que hay bajo los cielos” y leí que era muy apreciada por su belleza, fragancia, su resistencia y longevidad. La camelia tiene un significado tradicional del romance y la prosperidad. Llegó a España por Galicia, a través de Portugal. Todo aquello me pareció muy interesante, me encantaba mi planta y estaba dispuesta a cuidarla para hacer efectiva su longevidad y que me durase muchísimo.

*“Querida María*

*Siento sinceramente haberte hecho daño. No supe escribirlo mejor, y me pareció lo más sincero ponerlo tal y como pensaba. Me pareció poco honesto verte como pasas tu tiempo pensando en nosotros y es muy tierno, sí, pero a mí de repente me entraron muchas dudas.*

*Desde luego mi relación con Shui no va, pero acaba de tener una cirugía y necesita que alguien la cuide al menos un mes o mes y medio para quedar bien. No es cosa de broma. Me toca cuidarla a mí en este mini piso tan pequeño. Es una cuestión de sobrevivir este período, de pasarlo. Creo que mejor reservar nuestros sentimientos un poco.*

*Te quiero mucho, nada fue mentira, pero me siento de repente agobiado por un cúmulo de todo. Debe pasar este período, sobrevivirlo y luego ver lo que sucede y cómo se enfoca.*

*Quizás lo mejor es que cuando pasen un par de semanas o dos volveremos a hablar*

*Espero que me entiendas, sé que lo harás porque eres una chica inteligente y muy fuerte y te pido perdón si te hago daño, pero mejor quedar claro ahora me parece. Un beso tierno y fuerte beso.*

*Antoine”*

*“Entiendo muchas cosas y más de las que crees. Pero no entiendo las mentiras. O mejor dicho tus mentiras. Porque es así como me siento, totalmente engañada, o no sé realmente si engañada o totalmente tan desconcertada que no le puedo poner ni nombre.*

*No te pedí que me amaras.*

*No te pedí que me dieras ilusiones.*

*No te pedí que me extrañaras cada noche cuando eras tú mismo el que me llamaba.*

*No te pedí que me desearas.*

*Te pedí, sin pedirlo porque nos conocemos y somos adultos, y amigos desde siempre, sinceridad. Te pedí que no me fallaras. Pero no pudiste cumplir con eso.*

*Sé que estarás pensando y pensarás en contestarme con que yo sabía en lo que me metía, que yo sabía tu situación, nuestra situación y cómo era todo.*

*Si, lo sabía. Y nunca negué saberlo. Y así y todo, pensé que merecía la pena seguir las señales, pensando que tú también me acompañabas en el camino.*

*Pero siento y veo que confundimos la situación, y que sentimos y significamos cosas distintas el uno para el otro sin embargo...*

*Algunas cosas empiezan de la manera más loca. De la forma menos esperada. Y también suelen terminar así.*

*Aquí termina esto y aquí te devuelvo mil cosas.*

*Te devuelvo la ilusión que pusiste en mi corazón. No me la entregaste tú, pero nació junto a la tuya.*

*Te devuelvo mis ganas a que llegara la próxima vez en que nos viéramos... ese encuentro que tanto anhelabas, ya que tantas ganas tenías de abrazarme.*

*Te devuelvo mis ilusiones de irte a esperar a la estación o al aeropuerto e irte a buscar y abrazarte. Te devuelvo ese "encuentro imaginario", que tanto deseabas y que no ha tenido lugar.*

*Me quedo para mí la primera vez que te vi. Un día en un lugar maravilloso, rodeados de flores, con un aroma bello como este sentimiento que nos unió.*

*Me quedo con esa larga despedida en el jardín del hotel de Paris, cuando mi abuela nos dejó y tuvimos que marchar de repente. Me quedo con una canción Aunque tengo varias que me suenan a nosotros, pero me quedo con la de siempre.*

*Te devuelvo tu último mail completo, con todas sus letras, tus dudas e inseguridades. Te devuelvo el sabor amargo que han dejado en mi alma.*

*María"*

*Querida María, Hace dos días que te he herido con mis palabras y te confeso que me siento muy muy mal. Quizás es coincidencia nos hemos peleado muy fuerte dos veces con Shui, la última fue esta noche. Son las once y media, tengo muchísimo sueño y ella está mirando la tele en la cama, yo en el ordenador escribiéndote. Nos falta espacio para respirar, para alejarnos, para que uno duerma mientras el otro trabaja o se divierte. Es culpa mía pero yo nunca quise trasladarme si ella no se calmaba un poco antes. No te digo para separarnos lo complicado que va a quedar esto...*

*Últimamente, con las numerosas luchas que tuvimos, vivir aquí fue más sobrevivir que otra cosa. Y yo por la mañana, tengo que estar disponible, optimista y fuerte para los ocho colegas de los que tengo a mi cargo. Estas semanas, estos meses que he estado viviendo en casa de mi compañero, y en el apartamento que alquilé fue un gran*

*descanso. Mi relación con Shui me ha enseñado mucho, me pareció muy interesante, y sigue siendolo de verdad interesante. Somos como dos enamorados "platónicos" "No necesitamos casi nada físico, solo nos gusta compartir placeres intelectuales o gustativos. Es algo muy fuerte, ha sido algo muy fuerte desde que nos conocimos, me parece que hasta más fuerte que nosotros porque cuantas veces hemos querido irnos y no lo hemos logrado, cuántas veces hemos querido olvidarnos y cada vez volvíamos hacia el otro casi llorando de alegría. Como lo escribió Alfred de Musset, es especialista francés del romanticismo: «lo bueno en las peleas es la reconciliación ». Sin embargo, estamos agotados los dos, no sé como voy a llegar al final del mes. Es terrible, no logramos ni ahora como compañeros de piso dejar de discutir, de ofenderme ella, de huirla yo. Eso para explicarte que estos días, realmente no me apetece ya más sentimiento, pasión, compromiso, distancia cultural, distancia a solas, preguntas, dilemas, nada. Y me parece que en este periodo, no puedo más que fatidiarlo todo porque nada me apetece más que cosas sencillas y descanso. Esto no quiere decir que quiero descanso para el resto de mi vida, y estoy de acuerdo que sería bien que nos reencontrásemos y nos viéramos en unos meses y veamos y decidamos cómo quedamos. Pero de momento: no. Que estoy hecho polvo, harto, gastado, no quiero nada ahora, no quiero sentir ni siento nada, no quiero pensar más. ¿Me entiendes? Así se verá todo mejor, más claro, más sano. Bueno, me hubiera gustado escribir mejor, más largo, más agradable, más dulce y bonito como tú eres y como tú te mereces. Seguro que este mensaje te parecerá muy raro. Imagínate que me voy a Bruselas esta noche, vuelvo el miércoles, ceno con colegas, y el jueves y viernes a correr detrás de los e-mails y otras tareas. Es que ahora, no puedo. No puedo, te quiero pero no puedo.*

*Un beso Antoine"*

No iba a decir que no le extrañé, a pesar de los kilómetros que nos separaban y la distancia que siempre hubo, porque no había un minuto en el que no se cruzase por mi cabeza.

No iba a decir que no le necesitaba, o sí, por supuesto que no le necesitaba, porque nunca lo necesité, ni a él ni a nadie. Pero le echaba mucho de menos. Aunque la realidad es que nunca estuvo.

No iba a decir que no quería llamarle. Por qué no respiraba cada vez que tenía el teléfono en mi mano y mis dedos intentaban solos marcar su número, o no iba a negar que se me congelaba la sangre al escuchar sonar mi teléfono, esos instantes hasta que miraba el número y veía que no era él.

Tal vez a muchos les funcione odiar para olvidar como me dijo una vez Adrián. Pero para mí el odio significaba una forma más de recordar. Así que intenté inventarme pasos de baile abrazada a troncos de almendros en flor, a los que me iba abrazando y me iban acariciando para calmar el dolor y la herida del corazón y sus flores me hacían de algodón que curaban mis heridas.

Es difícil desatarte cuándo estás atado a algo y eso que te ata resulta ser algo que amas con más fuerza de las que tienen tus piernas para caminar hacia adelante. No quería justificar ni dulcificar nada de aquello que estaba sucediendo, no quería pensar que sólo se colgó y se fijó en los detalles negativos y que no me dió oportunidad de demostrar que no eran tales. Excusas mías. Y me daba absolutamente igual que la siguiera queriendo a ella. Él ya había elegido. Lo que me dolía terriblemente era que me sacaba absolutamente de su vida, mi sensación era que yo no le importaba en absoluto, ni cómo me sentía. Estábamos en posiciones totalmente diferentes el uno al otro en nuestras vidas. Me sentía hasta humillada, desconcertada.

Lo desterré de mi mente, intenté sacarlo de mi corazón. Puse mi corazón de mudanza. Cogí una caja y allí metí los recuerdos y sentimientos de los últimos meses. Me sentía como una vagabunda durmiendo bajo el frío cielo a la intemperie. Huérfana y desprotegida. Sólo quería conseguir no sentir nada. Me propuse no tomarme en serio a casi nada, a no darle valor a cualquier cosa. Hay realmente pocas cosas que sean dignas del valor que les damos.

Me propuse aprender a tomar la vida como viene y seguir adelante sin dañarme, sin esperar nada ya de nadie.

Salía con la bicicleta a diario. Oía por las noches a mi vecino, a Fran. Un día que coincidimos de nuevo en el ascensor le pregunté:

—¿Sigues haciendo conciertos? avísame cuando hagas alguno, sin compromiso de ir contigo. Pero me gustaría ir a verte.

Y precisamente al viernes siguiente tenía uno al que fui con una compañera de trabajo con la que a veces había tomado café, Amelia. Una chica dulce y muy amable y trabajadora.

El concierto estuvo genial, poquita gente, en un café. Las dos quedamos hechizadas desde el primer momento con su música. Alternaba canciones de otros músicos con suyas propias, y sus canciones reflejaban sentimientos y vivencias que bajo esa música, parecían totalmente sinceras y sentidas: nostalgia, melancolía, esperanza... sentimientos que estaban envueltos en un delicado envoltorio musical, un envoltorio lleno de suaves notas y sobre el que flotaba un cierto aroma elegante y nostálgico en algunos casos. Precioso. Con una buena voz también.

Desde ese día repetí varias veces en varios conciertos de ellos, y algunas veces quedábamos para vernos y tomar un café. Era un chico amable, sencillo y sensible. Hablábamos de cine, de música.

Amelia me dijo un día de acompañarme en una de mis salidas con la bicicleta. Ella iba a correr a veces al Retiro, y también alguna vez salí con ella.

Empecé a plantearme volver a casa, a mi ciudad. No sabía qué hacer. Echaba muchísimo de menos a Inés, aunque nuestra relación se mantenía en la misma unión, pero echaba de menos su sentido del humor, negro, ácido, cómo me animaba cuando yo caía, aunque mi estado de ánimo era bastante equilibrado y sereno, pero quién no cae a veces?



Una de las tardes que quedamos Fran y yo para tomarnos un café, hablamos sobre nosotros, sobre nuestras vidas y situaciones.

—Parecía que se sabía fácil el final de vosotros dos, pero está claro que el destino te la ha jugado.

—Estoy pensando en llenar una maleta con mis objetos sentimentales, olvidar todo lo necesario, improvisar sobre la marcha, según vaya necesitando, y coger un tren hasta un pueblo perdido del interior.

Allí empezaría una nueva vida, confiando en que el contacto con la naturaleza me trajese algo importante, experiencias que me llenen este espacio que tengo por llenar. Pero por otro lado pienso si no seré demasiado cosmopolita para ello. Un lugar con mar, donde me pueda sentar a leer o simplemente hacer nada, en una roca, en la arena, ver la bravura de las olas, su espuma blanca, que me salpique en la cara, sin pensar en nada más... Me siento triste a veces, otra confundida, y otras simplemente vacía. Pienso que, si, la música llamó a mi puerta, aquella vez cuando nos conocimos, cuando nuestras vidas estaban aún por formarse, por dirigirse hacia algo más estructurado, edad, distancia... Luego la misma música volvió a llamar, y tampoco esta vez yo estaba para bailar. No estaba en casa.

—Es una historia desde luego como dices de casualidades, pero tanto buenas como fatales, ¿no te parece? Habéis tenido una segunda oportunidad, pero parece que de nuevo no era el momento preciso.

—No Fran, el no siente lo mismo, está claro. Antoine lo tenía en la mano y ha elegido otra cosa. En fin. No hay más.

Pasaron los días, y algunas semanas, y mi rutina se normalizó. El trabajo, el deporte, ir al cine o a cenar con Amelia, y asistir juntas de vez en cuando a ver actuar a Fran o al teatro llenaban mis días. Un par de fines de semana bajé a casa, a visitar a mis padres, ver a mis amigas y al entierro de Julia. Murió, con una sonrisa de paz en los

labios. A mi madre le afectó mucho, pero le reconfortó saber que no sufrió. Se acostó y ya nunca volvió a despertarse.

Una noticia importante me hizo muy feliz. Inés volvía a España, y se instalaba en Madrid, aunque seguía trabajando para la misma empresa francesa. Se instalaría en casa hasta encontrar un piso para ella. La empresa le pagaba el alojamiento y quería que ambas siguiéramos manteniendo la independencia a la que ya nos habíamos acostumbrado. Estábamos las dos muy ilusionadas con el proyecto de búsqueda de apartamento y su decoración, quería algo pequeñito, como donde vivía en París.

—Los pisos “buenos bonitos y baratos” tienen muchos pretendientes y seguramente, responsables, serios y solventes como tú. —Le decía Amelia a Inés, mientras tomábamos café en casa— Ahí es dónde apunto que negociar es complicado, porque el casero incluso entiende que te está haciendo un favor alquilándotelo a tí en lugar de al resto. Unos amigos, alquilaron el mes pasado en pleno centro de Madrid, desde su terraza se ve Callao, gran Vía, un trocito del teatro real, espectacular... ¿Sabes cuál fue el truco? fueron con la madre de uno de ellos.

—¿Con su madre? ¿Qué edad tienen?—preguntó Inés en tono burlón.

—Síiiii, su madre, funciona, créeme. Representa un apoyo fundamental a la hora de conseguir el piso. Da seriedad y empatiza con el propietario o más si es propietaria. Más aún, si son chicos. Tendrán tu edad más o menos. Hombre, tu hermana no va a ir con su madre, se la ve adulta, pero tú si es interesante que vayas quizás con tu hermana que es mayor. Reforzará tu imagen frente al casero, en serio. ¿En qué zona lo quieres?

—Yo lo quiero aquí, cerca de María. Espero tener suerte.

Y la tuvo, encontró lo que buscaba y tenía unas ideas muy claras sobre lo que quería hacer con él.

—Ya sé que un piso de 50 m<sup>2</sup> no es precisamente amplio, pero resulta más que suficiente para mi sola —me explicaba mientras comíamos— Mira María, mira lo positivo, a pesar de ser un primer piso, tiene amplios ventanales y espacio abierto frente a ellos, lo que hace que tenga abundante luz natural. Además, dispone de una distribución idónea que no exige casi obras

—¿¿Pero le vas a hacer obra?? Pero si sólo es de alquiler Inés.

—Todo corre a cuenta de mi empresa, me lo pagan ellos con tal de que sus empleados rindan porque están felices en sus vidas

—Estos franceses, siempre superándonos... dime, ¿qué más decías?

—Por ejemplo, la cocina era algo justa, y para que no resulte agobiante, en la pared que independiza el salón de la cocina, voy a poner dos espejos que agrandan visualmente el espacio hasta la zona de estar. Además, a mí me encanta organizar reuniones con mis amigos en casa, así puedo verles más mientras preparo la comida o la cena.

—Pero si no tienes amigos aquí en Madrid, Inés...dije burlona esta vez yo

—Pero tendré compañeros de trabajo, y estás tú y tus amigos, no? En el salón voy a crear dos ambientes.

—Inés, en 50mts que tiene el apartamento.

—Ya lo verás, el estar que pondré junto a las ventanas y la zona de comedor, y delimitaré la zona con una alfombra de bambú. Por cierto, le próximo fin de semana quiero empezar ya con algunas cosas, puedo contar con tu ayuda?

—Claro, por supuesto, no tengo nada pero aunque lo tuviera te ayudaría, claro. También le puedo decir a Amelia, y quizás a Fran.

Esa misma noche recibí un mail de Antoine. Llevaba varios meses sin saber nada de él, desde aquella petición de tiempo, y sus “ahora no” Me dio un cierto miedo mezclado con gran curiosidad abrirlo.

*“Quería María,*

*Había pensado llamarte pero después de cómo se desarrollaron los últimos acontecimientos he preferido amortiguar o suavizar el golpe escribiéndote y enviándote un mail primero.*

*Antes que nada de nuevo disculparme por mis formas de los dos últimos mails, y decirte que he pensado mucho en tí desde entonces, por la pavada que hice, por el daño que te he causado. Por mi ceguera. Por seguir aquí entrelazado en esta maraña de nuevo.*

*Me gustaría hablar contigo, saber cómo estás, simplemente hablar un rato y saber el uno del otro.*

*Un gran beso Antoine.”*

Pasados dos días lo llamé. Como si nada, sin rencor, como la amiga de tantos años que era suya. Sin esperar nada, con ilusión de contarte que Inés ya había encontrado piso en Madrid.

—Shui marcha una semana a Londres, por motivos de trabajo. Me quedo solo en casa. He estado dándole vueltas a la idea de que, quería invitarte a que vinieras ese fin de semana o algún día más si lo pudieras pedir en el trabajo y pasarlo aquí en París.

Atónita pero rápida respondí.

—¿Ir el finde próximo? y quedarme en tu casa? Vives con tu mujer Antoine, cómo voy a ir yo mientras ella está de viaje? Además, es imposible. Justo me he comprometido con Inés que va a realizar alguna obra y arreglos en el piso que ha alquilado, y hemos quedado en ayudarla con las compras que necesita.

— Te pagaría el billete María.

—No es cuestión del dinero Antoine, es que Inés me necesita, es cosa seria, si fuese otro fin de semana te diría que te vinieras tú aquí a casa, pero estaré muy muy ocupada. Además no es apropiado que vaya yo a vuestra casa. No viene tampoco a cuento de qué.

—Ya, tienes razón, tenía ganas de pasar el fin de semana con una buena amiga. Significa mucho tu amistad.

—Ya tendremos otro momento para vernos.

Inés decoró su apartamento precioso. Por lo pequeño y el estilo de la decoración me recordó a aquel primer apartamento donde vivía Eva cuando se independizó. Cuánto había llovido desde ese momento...Amelia y yo quedamos encantadas. En su dormitorio había un cabecero clásico, y lo cambió por un panel de madera que tapizó con un papel japonés con unos colores suaves exquisitos. Resolvió muy bien la falta de almacenaje colocando una cómoda extra y unas baldas bajo el lavabo, para no recargar mucho el cuarto de baño, y unos asientos que eran a la vez baúles.

—El blanco como color principal de la decoración, es cada vez más popular. Muchas personas pueden pensar que decorar toda una casa de este color puede hacer que el ambiente parezca aburrido, pero es totalmente lo contrario. —Nos comentaba entusiasmada Inés— Antes además, la gente identificaba la decoración en blanco con el estilo minimalista pero, ahora el blanco encaja en cualquier estilo.

—Además que yo creo que decorar en blanco te da la posibilidad de tener una casa diferente cada vez que quieras, ya que te permite combinar con cualquier color y textura y cambiando únicamente pequeños accesorios o detalles ya parece que tienes una casa nueva —le señaló Amelia

—Aparte de la luminosidad que te da, y la sensación de limpio y de serenidad, ¿verdad?

Las tres nos habíamos convertido en unas especialistas en decoración de repente.

Inés quedó muy contenta y yo de verla a ella contenta, también.

Había estado distraída ayudando a mi hermana y pasamos un fin de semana “de chicas” muy divertido, pero no por ello había dejado de pensar en algún momento de la extraña invitación de Antoine. No

extraña, pero sí un poco fuera de momento y lugar como le dije a él. Supongo que se sentía mal por el desenlace final nuestro. De todas formas no le di mucho más margen de existencia en mi pensamiento y seguí con mis rutinas, sin darle más importancia ni interés.

Inés se adaptó muy rápido y bien a sus oficinas en Madrid, y tal como dijo que le encantaba organizar reuniones y cenas con sus amigos o compañeros de trabajo, y así iba haciendo. A la de “bienvenida” fuimos Amelia y yo, y conocimos a Rafa, Amanda y Sandra.

¡Era una gran cocinillas Inés! Y yo no lo sabía.

Una cena con amigos puede ser simplemente una cena con amigos o bien una velada inolvidable donde podemos pasarlo realmente. E Inés se había convertido en una magnífica anfitriona. Me sorprendió con un básico, que no sé si todo el mundo tiene en cuenta o cuida cuando invita a cenar a un grupo de amigos, la música de fondo. Grabó un Cd teniendo los gustos musicales que por lo alto le había dado tiempo a conocer, con el que alegró el ambiente.

—Es importante no ponerla muy alta —me dijo con un guiño y una sonrisa— debemos poder hablar sin gritar y escucharnos cómodamente.

En cuanto a la mesa, sin duda la había preparado con cariño y con antelación

—Las servilletas de tela son mucho más elegantes y dan mejor imagen que las de papel, así que éstas mejor dejarlas para una fiesta infantil —me lo explicaba cuando aún no había llegado el resto de invitados, sólo Amelia y yo.

—Pero Inés, ala, cómo te has currado la mesa —le dijo Amelia—.

—Pues hay muchísimas cosas monas para hacer de decoración. Podemos hacerlos nosotras mismas, cualquiera, con frutas de temporada, con velas o con botes de cristal con un poco de agua y unas flores frescas. Deben ser bajos para que haya visión entre todos los invitados y así poder charlar cómodamente.

—Yo llevo mucho sin hacer una cena en casa. Anotado en mente, haré una para nosotras tres, y con Fran también. Ya le diremos si quiere venir. No sé qué haré de comer porque no soy muy de cocinar, pero me lo trabajaré jaja. —Pues Amelia, mira, un consejo, en cuanto a la comida, es importante decir que no se deben probar recetas nuevas. Si tienes algún plato que dominas y te sale de rechupete, es el momento de hacerlo. ¿Que como dices la cocina no es lo tuyo? Haz pruebas de la receta con anterioridad, mejor que no nos conviertas en tus conejillos de indias —le aconsejó Inés con un guiño—. Si la cena es algo elaborada, sirve unos aperitivos simples, en cambio sí es una cena sencilla, puedes poner unos aperitivos de lujo.

La velada transcurrió muy tranquila y bastante agradable.

Rafa era un aficionado al cine, amante del cine de ficción. Se sabía al dedillo escenas y conversaciones de la trilogía de la Guerra de las Galaxias. Entre bromas y risas y la confianza de compañeros de trabajo bien avenidos Amanda le llamaba friki. Fue un entretenido tema de conversación, ya que a todos en general nos gustaba el cine. Y así que quedamos en juntarnos de nuevo para ver algún interesante estreno.

Pasaban los días, pensaba que lo había olvidado, que lo nuestro solo fue algo que no pudo continuar pero no sabía qué me pasa que no podía dejar de pensar en él. No siempre, no cada día ni a cada rato, pero pensaba en el demasiado frecuentemente y me hacía daño, tenía tristeza, porque sentía que hasta el sentimiento de ternura y amistad había muerto. Me levantaba muchas mañanas pensando si ese será el día en que me despertase de ese sueño, que había sido una pesadilla. No sabía, pasados los días y las semanas si había hecho bien en rechazar la invitación a París, aunque en mi fuero interno supiese que había hecho al menos éticamente lo correcto. Si quiere algo y algo sincero vendrá, habrá otra tercera coincidencia y oportunidad “Si el amor debe ser inolvidable, las casualidades deben volar hacia él” ...Pero pasaba

otro día más en que me acostaba sin saber de Antoine, quería volver a verlo. ¿Qué sentía realmente por ti en esos momentos? Algo fuerte y real o sólo una ilusión que entraba cada noche en mis sueños y se iba con la luz del alba, quería saber por qué no podía continuar con mi vida mirando de frente al futuro y haciendo planes de forma alegre y sana y con ilusión, porque seguía pensando en él. La realidad era que aunque mi mente lo rechazase, quería levantarme cada día a su lado, sonreír cada mañana por verlo junto a mí, saber que cuando llegase de trabajar estaría ahí con sus besos y sus caricias pero sobre todo quería alejar de mi esa molesta sensación y la duda de si estaba enamorada o ya se había convertido solo es una ilusión, una imagen de estabilidad y un hogar pero no amor de verdad. Quería continuar...

Fran y Amelia habían quedado para comer juntos. Yo les dije que llegaría seguramente para el café porque comía ese día con Inés. Inés y yo comíamos juntas un par de veces a la semana o en su casa o en la mía, y luego según iban surgiendo planes o necesidades nos veíamos más o menos, que era frecuentemente. Tenía ganas de que conociese a Fran, con lo que la invité a venirse al café.

—Me pillas empezando a contarle a Fran sobre Jose el otro día cuando finalmente acepté su invitación a cenar. —Nos dijo Amelia mientras nos acomodábamos juntos a ellos en el café.

Jose era otro compañero de trabajo de ambas, que parecía que bebía los vientos por Amelia, sólo que nos parecía con ciertas dificultades para sociabilizarse con ella, quizás demasiado nervioso, o simplemente demasiado enamorado.

—Sí, ¿qué me decía exactamente? Algo así como “tengo la intuición de que con las personas que recién conoces, actúas de cierta manera, que no es en verdad la persona que eres en realidad, no te he visto mucho fuera del trabajo, la verdad, pero por las reuniones o comidas de trabajo, con cliente nuevos, con otros compañeros que conoces poco. Tus amigos más cercanos seguro que pueden



apreciar un poco quién eres en realidad... Pero lo que nadie conoce, es que dentro de ti hay una mujer, que nadie conoce, que tiene sueños y fantasías que nunca va a revelar a nadie, que por momentos puede ser traviesa, o sería pero que algo te hace no mostrarla al exterior” eso mientras bebíamos el vino, esperando que nos sirvieran. Yo estaba sorprendida, no sabía qué cara se me estaba quedando.

—¿Eso que te decía se puede adaptar a cualquier persona no? no significa que tenga una especial intuición psicológica o te conozca bien, no? —le contestó Fran.

—Sí, exacto, eso pensaba “A ver, ¿está hablando mucho pero lo típico no? sin decir nada” pensaba yo. Estaba un poco nervioso el chico.

—Hay gente que se pone nerviosa en una primera cita

—No era una cita —aclaró enérgica Amelia

—Quizás para tí no pero quizás para él si —dije burlona, quiñándole.

—Bueno, quiero decir, que se pone nerviosa cuando está con alguien que conoce poco fuera del ambiente de trabajo —dijo Inés.

—A mí lo que me agobia en esos casos es cuando hay tiempos muertos, cuando nadie dice nada y quedamos callados, ¿me explico?

—¿Qué haces en esa situación Fran? porque yo me pongo nerviosa y a veces hablo más de la cuenta con esos silencios —preguntó Amelia.

—lo que suelo hacer es decir cualquier comentario sobre cualquier cosa que nos rodee, el clima, algo que la otra persona lleve puesto, algo que yo lleve puesto en fin cualquier cosa que nos rodee. La última vez que me ocurrió fue con una chica que me gustaba mucho, pero hablaba poco, poquísimo. No la acababa de ver arrancar, ser ella como te dijo tu compañero el otro día y decidí provocarla, jugármela. En mitad de uno de esos silencios entre tema y tema le pregunté. “¿Qué es mejor hacer el amor de forma

imprevista en un lugar prohibido o una tarde sin prisa tranquilamente al lado del fuego de una chimenea?”

—¿¿Qué dices?? —pregunté atónita —¿¿qué bueno, y qué dijo ella?

—Me miró como si estuviese sentada junto a un salido loco, apuró rápida su cerveza y marchó. No ha vuelto a querer quedar conmigo a solas.

Todos reímos.

—Yo creo que simplemente ante uno de esos molestos silencios iniciaría tema con una pregunta sencilla. “¿Qué haces en tus ratos libres? “¿Ahí ya hay un amplio tema no? La otra persona te comentará sobre qué le agrada hacer, si leer, si ir al cine o ver pelis o series en casa, hacer deporte, oír música, y según a eso, en la actividad o hobby que tú te sientas más cómodo o seguro o dependiendo de en lo que yo invierta mi tiempo pues seguiré la conversación. Lo más natural y fácil, ¿no os parece?

Hacíamos una buena piña. Nos entendíamos, y teníamos gustos que un poco más o menos nos interesaban a todos, pero sobretodo nos teníamos mucho respeto y mucho cariño. Había sincero interés y empatía entre los cuatro, a pesar de que Inés estaba recién incorporada al grupo, pero es que seguramente cuando llegó ella, que era mi hermana, los otros 3 nos estábamos cociendo a fuego lento aún.

*“Estoy en Grenoble, acampado frente a un precioso lago lleno de patos. Está anocheciendo y el cielo se está poblando de estrellas. Pienso constantemente en tí María. Tenía que haber sido valiente y haberte pedido que me acompañases”*

Este sms a las 22h de la noche si me desestabilizó un poco. El corazón me dió un vuelvo y si no me hubiese sujetado el pecho yo creo que posiblemente se me podría haber salido por la boca.

No pensé en nada, sólo me centré en mi emoción, en lo que estaba sintiendo. Y me sentía desbordada. No contesté al sms aunque sin duda que quería. Estaba loca por llamarle, por decirle que ojalá me lo hubiese pedido porque esta vez y de esa forma seguramente hubiera dicho que sí, porque en el fondo de mi corazón seguía pensando en él y seguía creyendo en la corazonada de que... era él. Y empecé a llorar, sin saber realmente porqué, si de felicidad por que yo estaba en su corazón y en su mente. Me faltaba el aire, quizás de la impotencia de nuestra lejanía, de nuestra situación geográfica con tantos kilómetros por medio. Me tranquilicé y después de tomarme un té mirando por la ventana la gente pasar paseando, me acosté, disfrutando, deleitándome en el sentimiento y la felicidad, que tanto me estaba llenando el alma.

Al día siguiente me desperté con resaca de felicidad, con una sensación de luz en el pecho que iluminaba a mi paso. El dolor y la amargura que había sentido a veces al pensar en él se lo había llevado el aire, las horas, los días pasados. Lo había dejado todo sin duda aparcado en una nube.

Camino al trabajo fui pensando e imaginándome lo que quería, lo que necesitaba, que cada día fuera distinto al anterior sencillamente porque él estuviese conmigo, tener miradas cómplices, sonrisas, pequeños detalles que me hicieran sentirme viva y enamorada, y lo quería con él, junto a Antoine. Y de nuevo veía que si, que era real, que era posible. Que sólo había habido una caída en el camino.

Lo llamé a media tarde, sin haber pensado en qué decirle. Simplemente era tan grande las ganas de oír su voz que lo llamé.

—Estaré aquí un par de días más. Luego volveré a casa. Shui sigue allí. Pero he empezado los trámites con un abogado que me ha recomendado un colega. Aquí en Francia los trámites son diferentes, y van un poco más lentos que en España. Pero esta vez es definitiva. Tuve que tener el mismo coraje que tuviste tú y cuando la operaron haberla ayudado pero nada más. Pero dudé. Me enredé

a mí mismo. Y la verdad es que sólo pensaba en ti cada día. Pero sabes que estaba asustado.

—No te preocupes Antoine. No tienes que darme explicaciones de nada. Simplemente estoy aquí. Poco a poco a ver qué pasa ¿no?

—Me gustaría ir a verte si me lo permites. O venir tú, aunque aún tengo que decidir cómo va a quedar mi residencia, cómo voy a vivir definitivamente. Los trámites serán largos y ella no va a dejar nuestra casa, eso lo tengo claro. A mí no me importa ir a Madrid para verte, sino todo lo contrario. Te debo muchas explicaciones y muchas disculpas. Te quiero Maria.

En aquel momento me quedé suspendida en el océano de mis pensamientos y mil imágenes, suspendida en ese “te quiero”...

Vinieron a mi mente aquella noche en las Pirámides del Louvre, sus manos enredadas en mi pelo, el sonido del móvil de la floristería de mi madre cuando aquel jovencuelo volvió a entrar para pedirme mi dirección, aquel primer beso en mi mejilla, aquellos deliciosos chouquettes, su mano rozando la mía mientras paseábamos. El beso robado en el bateaux, bajo aquel puente, las cartas, la espera de sus cartas...

—¿No dices nada? Te quiero de verdad.

—Yo también te quiero Antoine. Sí, supongo que deberíamos vernos pronto. Si, es buena idea que vengas aquí a Madrid. Miramos fechas, mira aviones y cuando te venga bien. No hay problema por mi parte.

Después de hablar con él fui a casa de Inés. Tenía ganas de ponerla al día, me gustaba el entusiasmo que ponía a las cosas, y me gustaba su punto de vista de todo.

—... Y dices que va a venir. Se está divorciando? Cuando me despedí de él para venirme aquí a España lo encontré triste. Creo que se equivocó, y se dio cuenta de momento pero se sintió

presionado por él mismo y su sentido del deber. No sé, creo yo. Sus ojos estaban tristes, pensé que era porque nos estábamos despidiendo.

Al día siguiente, en el desayuno Amelia me comentó que había visto que una colección privada de la Baronesa Thyssen iba a quedar en depósito en el Museo Thyssen, en la que había cuadros de Vincent Van Gogh, del que sabía que yo era seguidora. Me encantaba Van Gogh.

—Tú sabías que no era francés? Porque me enteré ayer leyendo la noticia de que era de Holanda.

—Sí sí, si lo sabía, nació en Holanda, pero fue en París donde empezó a interesarse por el arte y la pintura. Pues gracias Amelia por avisarme. No lo sabía, si queréis quedamos el fin de semana y vamos a ver la exposición.

—Por mí bien.

21 febrero 2004

Es increíble cómo estaban las librerías. No sabía que ocurría, es cierto que en fin de semana, sábado en este caso, las tiendas suelen tener una afluencia mucho mayor que entre semana, pero al leer el periódico al día siguiente mientras esperaba a Inés para tomar el vermuth vi que es que justo había salido a la venta *Harry Potter y la Orden del Fénix*, el último capítulo de la saga creada por la británica Joanne Kathleen Rowling. El director de La Casa del Libro de Madrid, Fernando López, calificaba el hecho “como un fenómeno que no tiene explicación razonable”, ya que este libro, por el que sienten pasión mayores y niños, “es mágico y un fenómeno editorial y social”, que no se ha producido “ni siquiera con García Márquez”. Yo no había leído nada de Harry Potter, ni tenía intención de hacerlo pero sin duda era un fenómeno social lo que ocurría. En algunas pequeñas librerías las colas asomaban a la calle incluso.

—Voy a verte en 15 días María —Me decía Antoine cuando a la noche me llamó—. Tengo unos asuntos que resolver y luego he pedido libres 4 días para pasarlos juntos. ¿Te va bien la fecha?

—Sí, no tengo problema. Tengo muchas ganas de verte.

Es agradable la paz que embarga nuestra vida cuando uno se siente confiado y tranquilo y todo marcha bien. Cuando se han arrancado los lazos con los que nos obligamos y atamos muchas veces a nosotros mismos el corazón para no sentir, para no sufrir. Mientras que es sencillo cuando desatamos y dejamos fluir y podemos respirar.

El domingo a la tarde fuimos a la exposición del Museo Thyssen. Quedamos directamente allí ya que a las 19h cerraban. Y la visita fue apasionante, sobre todo para mí que me gustaba tanto Van Gogh y la pintura en general.

La aldea de Les Vessenots en Auvers quizás fue el que más me gustó. Me emocionó ver de forma tan cerca y tan real cada pincelada del pintor, que parecía recién realizada, que si tocaras te podrías manchar los dedos, que podría cobrar vida en cualquier momento. Colores fuertes, los verdes y amarillos vivos me acercaban al campo, y los azules tras las casas y el cielo acentuaban la lejanía. Las pinceladas describían el campo, las casas, las colinas, los árboles y nubes, pero además daban un increíble ritmo a la pintura. Se distinguía perfectamente las pinceladas verticales de los muros de las casas. La sombra de los árboles de la derecha, una extraña mancha azulada serpenteante, el rojo del tejado de una de las casas... precioso todo. Probablemente Vincent Van Gogh pintó este cuadro, según el folleto del museo, en una sola sesión, utilizando una tela de trama fina preparada con una base clara que se ve en algunas partes por no haber pintado sobre ella, sobre todo en el borde horizontal de la izquierda, o por haber dado una capa tan fina que no llegó a cubrir, como en las casas de la izquierda y del centro.

Esa noche toda una serie de imágenes de pinturas impresionistas decoraron mis sueños, El Desayuno de los remeros, de Renoir, La Clase de danza, de Degas fueron pasando uno a uno hasta que quedé dormida.

26 febrero 2004

—¿Os habéis enterado del tío que mataron ayer, un controlador aéreo danés? Fue acuchillado en el balcón de su casa— Comentaba Ramón en la oficina a media mañana— La policía suiza ha detenido hoy al presunto asesino

—Sí, yo he oído algo —le contestó el director de nuestra oficina. Parece que el sospechoso perdió a su mujer y sus dos hijos en el choque entre dos aviones en pleno vuelo que hace dos costó la vida a 71 personas, y pareció que el principal responsable fue este controlador aéreo. Parece que lo ha matado delante de su mujer que estaba en el apartamento también.

“Qué cosas pasan... qué fuerte la vida a veces, ¿no?” dije para mí misma quedándome pensativa...

Luego leí la noticia en el periódico:

El operario había estado a cargo de la vigilancia del espacio aéreo sobre el lago Constanza cuando un Boeing 757 del servicio de mensajería DHL, con dos tripulantes a bordo, y un Tupolev 154, de la aerolínea rusa Bashkirian Airlines, se estrellaron en las inmediaciones de la ciudad alemana de Überlingen. A bordo del Tupolev viajaban 12 tripulantes y 52 menores de edad (acompañados de otros cinco adultos) que iban a veranear a España.

“Aquella noche formaba parte de una red de seres humanos, ordenadores, dispositivos de vigilancia y transmisión y reglamentos. Esa red falló” había explicado el controlador en una carta hecha pública días después de la tragedia. Según investigaciones preliminares, su compañero de guardia se había tomado un descanso y no se encontraba presente en la sala de control de

Zúrich. Con pocos aparatos en el aire, no había demasiado que hacer.

El controlador se concentró en coordinar el aterrizaje de un tercer aparato en el aeropuerto alemán de Friedrichshafen y por ello no prestó mucha atención a los trayectos del Boeing 757 y del Tupolev 154. Desde Karlsruhe (Alemania), uno de sus colegas intentó avisarle del peligro, pero el sistema de teléfonos de Zúrich había sido desconectado por labores de mantenimiento.

Cuando el controlador asesinado se comunicó por primera vez con el Tupolev y le ordenó perder altura, ya sólo faltaban 44 segundos para el accidente.

No me daban miedo los aviones, había volado bastante desde niña y nunca me pasaba por la cabeza que pudiéramos tener un accidente. Pensaba que era un medio de transporte bastante seguro, pero cuando veía estas tragedias me estremecía. También me gustaba mucho viajar en tren. En coche era donde más inseguridad o algún pensamiento negativo se me podía pasar alguna vez previo a hacer un viaje largo de vacaciones, pero el tren sobre todo me encantaba. Mirar por las ventanas, deleitándome en el paisaje, dejando volar mis pensamientos sin obligación de tener que estar pendiente de la carretera, solo disfrutar de los kilómetros avanzados, mientras si te apetece puedes ir leyendo tranquilamente.

Quedaba muy poco para que Antoine viniera unos días a casa. Poder sincerarnos de nuevo acerca de nuestros sentimientos, retomar donde lo dejamos, limpiar el dolor y las heridas. Soñar de nuevo pero a la vez ir haciendo realidad esos sueños. En las últimas conversaciones por teléfono había habido un gran acercamiento. A pesar de la distancia, a través del teléfono podía sentir su mirada y la sinceridad de sus ojos. Sentía en los momentos de desánimo y añoranza su presencia dándome toda su fuerza y apoyo. “Ya queda menos María.” Solía decirme “Es lo que me digo a mí mismo cuando me vienen los arrebatos terribles de nostalgia de tu piel”



No creo que fueran muchas las personas terriblemente enamoradas capaces de soportar un largo período de tiempo alejadas la una de la otra, aún menos sin punto final o fecha de caducidad. Las dudas, la incertidumbre, incluso algún que otro destello de posesión o inseguridad podrían hacer el terreno del amor inestable cual arenas movedizas. Un mensaje como “te echo de menos” era suficiente para dar sentido a esa ansiedad que a veces inundaba nuestros corazones junto con la impotencia de no poder saltarnos esos kilómetros de distancia que nos separaban.

Para mí si pensaba a largo o medio plazo me oprimía el corazón. Nos podíamos comunicar de muchas formas, mails, sms y teléfono, pero aquello para mí ya no era suficiente. Era suficiente solo escuchar una voz por el teléfono? Suficiente recordar, soñar, una mirada, una caricia, un beso? Ya no era suficiente esperar a estar en los brazos de ese ser que tanto amaba

Estaba hecha de mis emociones, de emociones intensas, estaba repleta de sueños y anhelos, cada día en nuestra vida si miraba para delante se nos aparecía incierto, pero al tener un objetivo todo se convertía en posible. Pero yo necesitaba la presencia física de esa persona. Era cuestión de piel.

10 marzo 2004

Estoy esperando a que llegue Antoine. Llega en el vuelo de las 21.30 Mientras espero, ojeo un periódico y me tomo un capuccino. En portada del periódico aparece el anuncio del próximo estreno de la nueva película de Pedro Almodóvar, La mala educación, “sin voluntad de polémica” dice y advierte que, aunque en ella aborda los abusos sexuales en los colegios de curas durante la dictadura franquista, no ha querido hacer un filme anticlerical. “La Iglesia se desacredita sola cada día, cada día leemos cosas más atroces”, ha dicho.

Estoy nerviosa desde luego. Y cada minuto que va pasando en el día de hoy se me hace eterno a la vez que toma una velocidad de vértigo. Me fijo en las personas que deambulan por allí, algunas

esperando para recoger a sus seres queridos, otras tristes, llorando abrazados despidiéndose.

Antoine estaría cuatro días, los suficientes para amarnos y para poner en orden sentimientos ideas y espero que también planes de futuro, al menos a medio plazo.

Dicen que lo que fácil viene, fácil se va. Igual para otras personas fue fácil encontrar el amor, pero no tanto mantenerlo. Llevo tantos días sin tocar el amor que hasta perdí la cuenta. Solo sé que son más días aún de los que llevo sin besar. Y no, un teléfono no alivia la espera. No hay cura fácil para la distancia. No existen medicinas, ni remedios. No se sabe cuándo acabará. Ni siquiera se sabe cuánto duele, porque cada día duele más. Lo único que espero, es que esto acabe. Para nosotros, aunque el destino parece que nos tenía predestinados, aunque parece que todo estaba escrito casualidad tras casualidad durante tantos años, para nosotros no ha sido fácil. Y lo tengo clarísimo, que si te vuelves a ir...si te vas, a donde vayas, yo me voy contigo...

Ahí estaba él frente a mí, tejero azul, y camisa blanca, y su pelo dorado como el trigo, como cuando entró lluvias mil atrás en la floristería, pelo como trigo lacio y sus ojos azules. Corrí hacia él y me abrazó al vuelo, fundiéndonos en un beso que no sé si duró cien segundos, tres minutos o una hora, el tiempo se detuvo en ese mismo instante y el mundo giró debajo de nuestros pies, se volvió irreal el aeropuerto pero se materializó y se hizo real el mundo con el que soñaba despierta. Este mundo donde de repente era un lugar protegido donde éramos el uno del otro.

Venía con un precioso ramo de tulipanes.

Llegamos a casa. Y nos pusimos cómodos, y cenamos cualquier cosa que medio preparamos en ese momento. Al día siguiente yo trabajaba, y aún así teníamos tantas ganas el uno del otro y tantas cosas que hablar y decirnos que seguro nos darían las tantas.

En mis silencios, mientras cambiábamos de conversación lo descubría observándome, y no podía evitar preguntarme, ¿qué estará pensando? ¿Qué pensará mientras me mira? Sus manos

acariciaban mi piel mientras hablábamos, y yo y mi cuerpo nos envolvíamos en su mirada y en su sonrisa. Esa sonrisa que me mataba de amor, esa sonrisa que intentaría describir a sabiendas de que no puedo, porque era arrebatadoramente irresistible.

—Te he echado mucho de menos María. No quiero volver a separarme de ti, de ninguna forma. O vienes tú a vivir conmigo, o vengo yo. Me lo he planteado. Soy capaz de dejar mi vida allí en París por ti. Fue totalmente un error mi miedo, como he actuado en los últimos meses. Eres tú, siempre has sido tú y me falta la vida si no veo tu pelo cada amanecer. Son para ti mis te quiero, son para mí mis abrazos y mío tu aliento. Quiero amanecer abrazado a ti y quedarme dormido colgado del olor de tu cuello.

Y así, entre susurros y sus tiernos besos y sus brazos me quedé dormida.

11 marzo 2004

Había dormido perfectamente pero me levanté ajustadísima de hora. Muchas veces iba caminado al trabajo si me veía con tiempo, mientras otras si me había deleitado en el desayuno tenía que coger el tren en la estación de Atocha, y aunque hoy no había sido uno de esos días, sino que al contrario, me vestí rápidamente y sin tomar siquiera café salí corriendo al trabajo.

7.30 cuando subí al tren. Me senté junto a un chico joven, con unos cascos a un volumen tal que me hacía partícipe de su concierto.

Hacía frío, mucho frío. Desde niña me había gustado los colores de esos meses finales de invierno, o de otoño, me encantaba el otoño. Las hojas en el suelo, formando todas ellas una alfombra que parecían querer proteger los pasos de los viandantes. La música del viento, frío, que golpea la cara, las manos, el vientre. Ese mismo vientre que anoche se estremecía con la voz del amor, su voz...su

roce, su risa. Ese vientre mío que anoche sostenía su cabeza mientras hablaba.

“Por fin juntos María, y ya siempre juntos, mi amor”

La casualidad, siempre llena de encantos. Si el amor debe ser inolvidable, las casualidades deben volar hacia él desde el primer momento.

Nosotros ya estaríamos juntos para siempre.

Madrid, 11 de marzo de 2004, 7.37 horas.

Una bomba explota en un cercanías en la estación de Atocha. Apenas un minuto después se producen otras dos explosiones en el mismo tren. El caos y el desconcierto invaden los andenes y escaleras mecánicas de la terminal. Son las 7.38 cuando explotan otras dos bombas en un convoy en la estación de El Pozo y otra en Santa Eugenia. A las 7.39, cuatro explosiones más destrozan otro tren a 500 metros de Atocha. En apenas tres minutos, 10 bombas reescriben la Historia: Madrid acaba de sufrir el mayor atentado terrorista perpetrado jamás en España. 191 muertos y más de 1.500 heridos hacen imposible olvidarlo.

La capital y sus habitantes despiertan entre el caos, los gritos y sirenas que retransmiten las emisoras de radio y el horror de las primeras imágenes que dan las páginas de Internet y las cadenas de televisión. Quienes no estaban allí compartían el dolor y la tragedia de los cientos de estudiantes y trabajadores que ese día, en hora punta, como hacían casi a diario, habían tomado uno de esos cuatro trenes de enlace entre el Corredor del Henares y la capital.

Madrid moviliza sus equipos de emergencia; se improvisan hospitales de campaña para atender a víctimas y heridos en plena calle; RENFE suspende el tráfico en todas las líneas con origen o destino a Madrid; también se cortan algunas líneas de Metro; se activa la operación 'jaula'... El centro y los accesos y salidas de la capital están durante horas colapsados.

Los hospitales ponen en marcha el Plan de Emergencia ante catástrofes, mientras la impotencia, la tristeza y la solidaridad emanan de las colas de ciudadanos que acuden masivamente a donar su sangre. El aire se hace irrespirable en el pabellón 6 de Ifema, adonde se van trasladando los cuerpos sin vida de las víctimas para ser identificados por sus familiares. Imposible digerir tanta tragedia.

Faltan sólo tres días de las elecciones generales, y todos los partidos cancelan sus agendas y dan por finalizada la campaña. Por primera vez desde el 23-F, el Rey se dirige a la nación. Lo hace para

mostrar su solidaridad con las víctimas y pedir “unidad, firmeza y serenidad” en la lucha contra el terrorismo. Manifestaciones multitudinarias contra el terrorismo se suceden por todos los rincones del país.

(Nota de prensa de Diario El Mundo)

# Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mis padres y hermanos, Lourdes, Jose y Fran, porque son las fuertes raíces de este árbol que soy (os adoro, lo sabéis) árbol desde el que he podido dar los frutos sanos, lindos y sabrosos que son mis dos hijos, a los que cuido y mimo con todo mi ser, junto a mi compañero en esta travesía, mi amor, Javi (que no, que no??... por el orgullo y la vergüenza torera)

Gracias a todos los que forman mi familia, mis tíos, mis primos, que a pesar de la distancia me hacen llegar un beso, un saludo de buen domingo (te quiero prima Victoria), que a pesar de la distancia cada vez que “voy a casa” están ahí y me hacen llegar su sincero recuerdo y su calor.

Gracias y gran cariño a Jose Luis Santos (gran fotógrafo y mejor persona, mi cuñado) y a mis suegros y mi cuñada, y a toda mi familia política, con los que siempre puedo contar.

Gracias a “Mamans et petits Princes”, mi círculo de mujeres, madres, amigas, que acompañan mi día a día, donde nos apoyamos, aconsejamos, nos reímos, nos hacemos fuertes, y nos queremos mucho. Gracias Sandra D. porque me has acompañado en este proyecto cubriéndote con la ilusión que yo misma tenía.

Y finalmente gracias a todas y cada una de las amistades, aquí y allí, que hacéis que mi día a día sea el que es, con tanta ilusión y cariño por vuestra parte.

# Table of Contents

[Agradecimientos](#)